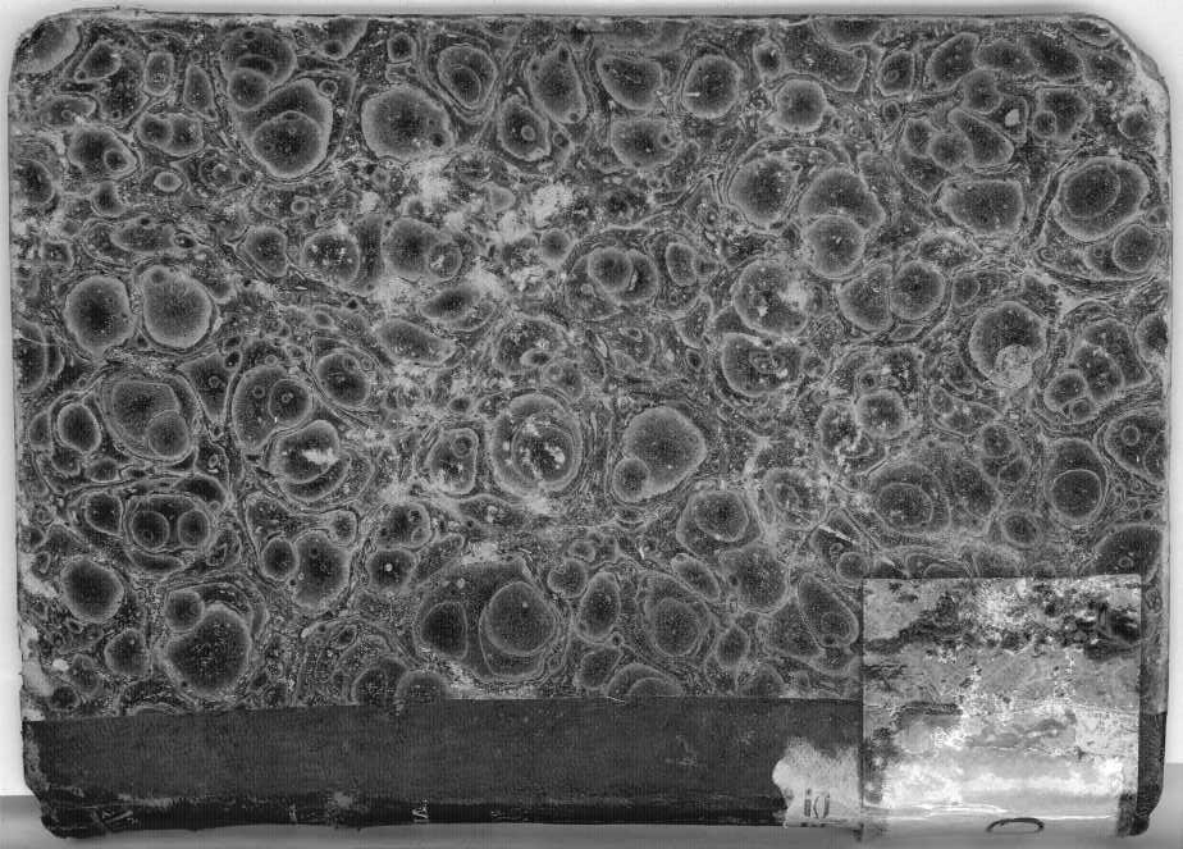

9300

K. 3750
A874-4
218896

BIOGRAFIA

CONTEMPORANEA UNIVERSAL

Y

COLECCION DE RETRATOS

DE TODOS

los Personajes Célebres de nuestros dias.

TOMO CUARTO.

Madrid:

BOIX, EDITOR.

Imprenta y librería calle de Carretas, núm. 8.

1844.

HOMBRES CÉLEBRES.

I y II.

HOMBRES CELEBRES.

I y II.

NICOLAS PAULOWISTCH,

EMPERADOR DE RUSIA.

Entre los grandes personajes que ocupan actualmente los tronos de las diferentes naciones europeas, descuella colosal y severa la personificacion del actual emperador de Rusia, tan sorprendente como el magnífico é imponente cuadro que presenta la inmensa y heterogénea extension de sus vastísimos dominios. Juzgado por cada uno de los partidos con la poca equidad y justicia que la prevencion admite al publicar sus fallos, el Czar Nicolás ha sido á la vez objeto de las mas encontradas opiniones y de los juicios mas inexactos, segun los colores del prisma con que le han observado los diferentes escritores que han tratado de

las acciones particulares de su vida, y de las públicas de su glorioso y felicísimo reinado. Dominados unos por la influencia y relaciones de los emigrados polacos, y calcando sus noticias por las que han suministrado aquellos, se le ha pintado como un horrible mónstruo de crueldad y tiranía, verdugo sin piedad de aquel pais vencido, al par que agente oficioso de los Boyardos de Rusia, á los cuales se le ha creido enteramente supeditado.

Esta opinion, que es la mas comun, especialmente en nuestra patria, ha hecho que se le mire siempre bajo un aspecto desfavorable y como verdadero tipo en que se halla personificado el despotismo en todo el rigor y extension de esta palabra.

La circunstancia de haber favorecido abiertamente la causa de don Cárlos ha hecho que el partido liberal le mire con encono, al paso que el absolutista, actualmente resentido por la persecucion con que aflige al catolicismo en la desgraciada Polonia, lejos de mostrársele agradecido le mira como un perseguidor de la Iglesia, y cual un vivo retrato de los Constantes y Julianos.

No han faltado sin embargo escritores bastantemente apasionados que, atendiendo á la prosperidad material y rápidamente progresista de que disfruta su imperio, y teniendo en cuenta el atraso de aquel pais, cuyo desarrollo y civilizacion es tan reciente, han ensalzado hasta las nu-

bes su política, que si bien es por lo comun sagaz y misteriosa, no faltan ocasiones en que ha podido ser reprendida de tortuosa y desleal.

La verdad es que, considerando el descrédito en que van cayendo no pocas utópias que se habian considerado como sistemas de gobierno, de pronta y general aplicacion, no puede menos de confesarse que, lo mismo en lo social y político, que en lo natural, el medicamento que salva de la muerte á una existencia puede acabar con otra que no esté dispuesta á recibirle.

Por lo demas, para que todo sea controvertido en este emperador, hasta la fecha de su nacimiento ha dado orígen á inexactitudes y contradicciones entre sus biógrafos. Unos señalan el dia 25 de junio, segun el cómputo griego de aquel pais; nuestra Guia de forasteros en el 2 de julio; y por fin, otros en los dias 6 y 7 del mismo mes. Creemos como mas exacta, segun los datos que tenemos á la vista, la que fija el nacimiento del emperador en 6 de julio de 1796, celebrándose su aniversario el dia 7 del mismo mes, que, segun el calendario ruso, corresponde al 6 del siglo pasado. Nicolás Paulowitsch era el tercer hijo del famoso emperador Pablo I, y de su segunda esposa Maria Federowna, llamada en otro tiempo Sofía Dorotea, duquesa de Wurtemberg.

La educacion del gran duque Nicolás fue prin-

cipalmente confiada al general Lamsdorf, persona digna por sus muchos conocimientos de semejante encargo; pero á pesar de eso, siempre ejerció el general su ministerio bajo la direccion inmediata de la emperatriz, madre del príncipe. Entre los demas profesores que completaron su educacion merecen hacerse mencion del consejero de estado Adelung, en materia de literatura moderna, y del baron de Storch en las ciencias económico-políticas. Sus progresos fueron rápidos, asi como su aplicacion al estudio, con especialidad de la estratégia y demas que tienen conexion con la ciencia militar, llegando á ser sumamente versado en lo concerniente á resguardo y fortificacion de plazas. No se limitaron sus conocimientos al estrecho círculo de las ciencias abstractas; mostró tambien la mejor disposicion para el estudio de las bellas artes, y un gusto delicado y esquisito respecto de la música; cualidad por cierto que no es indicio de un alma feroz y despiadada, y sí de un corazon magnánimo y sensible. Entre sus composiciones se cuentan varias marchas militares, algunas de las cuales han llegado á conseguir no poca celebridad.

Concluida la paz general de 1815 que afianzó sobre sus tronos á todos los soberanos de Europa, comenzó el príncipe sus viajes para completar su instruccion, en compañía del gran duque Miguel, su

hermano, recorriendo las mas notables ciudades de Alemania, Francia é Inglaterra. A su regreso visitó igualmente las principales provincias del imperio, deteniéndose en las grandes poblaciones para instruirse á fondo de su carácter y circunstancias, adquiriendo los mas exactos conocimientos sobre su estadística, y sobre las mejoras de que podria ser susceptible el territorio donde se hallaban situadas.

Acababa de cumplir los 21 años, cuando se desposó el dia 13 de julio de 1817 con la princesa Federica Luisa Carlota Wilhelmine, hija del rey de Prusia, que al subir al trono cambió su nombre en el de Alejandra Federowna. Cuéntase como cosa rara, que este matrimonio se debió mas bien al cariño de los contrayentes que á la mediacion de los intereses de política; habiendo el príncipe contribuido lo muy bastante para que su futura esposa dejase antes del enlace la comunion luterana, y abrazase el rito griego. Feliz en su matrimonio, el emperador Nicolás ha visto coronado su amor con una numerosa descendencia de cuatro hijos y tres hijas, todos vivos. Su primogénito y heredero presuntivo el gran duque Alejandro Cesarewitsch fue declarado mayor de edad en 1834.

Ajeno de todos los negocios políticos y gozando las dulzuras de la vida doméstica pasaba sus dias el gran duque Nicolas en su palacio de Amischkoff,

cuando recibió la inesperada noticia del fallecimiento de su hermano el emperador Alejandro.

Al morir el emperador Pablo I á manos de los nobles que se conjuraron contra su persona, dejó cuatro hijos, á saber: Alejandro, Constantino, Nicolas y Miguel, y habiendo fallecido Alejandro sin dejar sucesion, debiera haber recaido su corona en el príncipe Constantino, si este no hubiera contraido matrimonio con la princesa de Lowiez, por otro nombre Juana Grujinska, hija de un simple caballero polaco, y renunciado solemnemente sus derechos al imperio. Mas á pesar de eso el gran duque Nicolas mandó á las autoridades de San Petersburgo prestar el juramento de fidelidad á su hermano Constantino, mientras que el Senado sin hacer caso de esa disposicion procedia á la apertura de un pliego sellado que habia remitido poco antes de morir el emperador Alejandro, con órden de que no se abriese hasta que él hubiera fallecido. Contenia aquel documento el acta de abdicacion firmada por el príncipe Constantino, y una órden terminante del Emperador difunto nombrando por sucesor de todos sus dominios á su hermano el gran duque Nicolas, quien en vez de consentir que se llevase á efecto esta última disposicion, se obstinó en su primer propósito, esforzando cuanto pudo el derecho de su hermano mayor, que á la sazon se hallaba en Varsobia, y obligando á la guarnicion

y autoridades á prestarle el juramento de fidelidad.

Mientras esto acontecia en San Petersburgo, en la capital del reino de Polonia se proclamaba por emperador de todas las Rusias al gran duque Nicolas de órden de Constantino, que habia formado empeño en sostener su abdicacion, y colocar la corona imperial sobre las sienes de su hermano. ¡Lucha generosa y muestra nada equívoca de lealtad y nobleza entre dos augustos hermanos, y lucha de que ofrece la historia limitadísimos ejemplos! Sin embargo, esta delicadeza y desinterés estremado, mediando un trono con mas de 60 millones de súbditos, han sido atenuados por algunos escritores hasta el punto de atribuir tan delicados rasgos, unos al miedo ó desconfianza, otros á la pereza é indolencia. ¡Almas menguadas que nada alcanzan á ver mas allá del estrecho horizonte donde se estrellan sus ideas pobres y mezquinas!

Despues de algunas contestaciones entre ambos hermanos sobre este particular, convencido al fin Nicolas de la ninguna ambicion de su hermano mayor, se decidió á subir al trono, á cuyo efecto publicó el 24 de diciembre un manifiesto auténtico acerca del derecho que le concedia la abdicacion de su ermano Constantino, y de las reiteradas protestas que habia hecho, tanto á él como á su hermana y al gran duque de la sinceridad de esa acta, mandan-

do en seguida á todas las autoridades, tanto civiles como militares, prestar el correspondiente juramento el dia 26 de diciembre, y que se contase la fecha de su imperio desde 1.° del mismo mes del año 1825 en que falleció su hermano Alejandro.

Antes de poner el pie en el trono, en la misma tarde del 26, cuando el nuevo Czar abrigaba la dulce esperanza de inaugurar su mando entre los aplausos de una multitud obsequiosa, hallóse de súbito frente á frente con una revolucion que amenazaba su vida, y pretendia arrastrar á vueltas de ella el trastorno y dislocacion de aquel imperio.

Esa conjuracion que aun no es muy conocida, y cuyas raices eran tan hondas y profundas, como vastas y complicadas sus ramificaciones, no fue una conspiracion cualquiera, parto del acaloramiento y de las circunstancias del momento, fue sí un plan detallado y minucioso, hijo de largos años de sorda maquinacion y de medidas combinadas.

Databa el orígen de esta trama desde el año 1813, en el cual á resultas del roce con los ejércitos estranjeros, y á imitacion de lo que habian observado en los paises por donde habian transitado para la invasion de la Francia, determinaron algunos oficiales jóvenes y entusiastas formar sociedades secretas. En 1817 tomaron mayor consistencia estos proyectos, tanto que el coronel Pestel redactó los estatutos de la que llamaban de la *Union* ó *de verda-*

deros hijos de la patria. Su principal objeto, y sobre el que todas estas asociaciones convenian, era el de cambiar las instituciones con que hasta entonces se habia gobernado la Rusia; pero discordaban en las que debian sustituírseles. Al fin se decidieron por las formas republicanas, proponiéndose como necesario medio para el logro de ese fin el asesinato del emperador Alejandro, á pesar de ser generalmente amado por su bondad y dulzura. Esto por una parte, y el gran número de afiliados que hacia casi imposible la conservacion del secreto, hicieron que se disolviese la *Union* en apariencia, pues tan solo se descartaron algunos dudosos, quedando reducida á los mas decididos y acalorados. Temerosos estos de las ambiciosas miras de Pestel pusieron al frente de la sociedad á Mouraviet, quien preparó una insurreccion militar, con el fin de asesinar al Emperador y su familia en el acto de una revista. Frustróse el plan por no haber tenido esta lugar, y aplazaron para otra ocasion sus negros propósitos.

Sobrevino entretanto la muerte de Alejandro y la honrosa lucha entre los dos hermanos, de la que hemos hablado anteriormente. Los conjurados vacilaron al pronto sobre la conducta que deberian observar; mas al ver el manifiesto del nuevo Czar, en que mandaba se realizase su proclamacion el 26 de diciembre, determinaron dar el golpe decisivo, antes que el ejército prestase el juramento de fideli-

dad. Dióse el oportuno aviso á los generales y jefes conjurados, y á los oficiales de las tropas con que se contaba; se mandó á otros que esparcieran entre los soldados no comprometidos el rumor de que era supuesta la abdicacion del gran duque Constantino, y que solo se trataba de sostener la sucesion legítima, y por último se repartieron armas á varios paisanos, los cuales debian mezclarse con las tropas para representar al pueblo y entusiasmar á los soldados, presentándoles aquel acto como una insurreccion legítima que merecia el asentimiento unánime y general de todas las clases.

Con efecto, en la misma mañana del 26 se amotinó un regimiento de marina, y saliendo de sus cuarteles marchó á reunirse con los demas conjurados. A poco tiempo se habia sublevado igualmente el regimiento de Moscou, y despues de atropellar á los generales encargados de exigirle el juramento de fidelidad, y de apoderarse de la bandera, se dirigió en masa á la plaza del Senado; siguieron este ejemplo los granaderos y algunos regimientos de la guardia imperial, y la insurreccion llegó á presentar un aspecto grave y amenazador. En tan terrible crísis el nuevo emperador en vez de abatirse determinó proceder con energía, iniciando su reinado con una severa leccion que escarmentára por mucho tiempo á los promovedores de asonadas, pues un solo momento de indecision y temor en tan

críticas circunstancias hubiera sido bastante para trastornar enteramente la faz de aquella inmensa monarquía.

Puesto á la cabeza de los regimientos de la guardia que permanecian fieles, atacó valerosamente á los amotinados, presentándose en los puntos en que era mas sangriento el combate, con una serenidad y valor nada comunes. En aquel memorable dia el emperador Nicolas dió pruebas no solamente de buen general, sino del mas valiente soldado, hasta el punto de que no habiéndose encontrado desde entonces en ningun hecho de armas, nadie le ha negado la nota de valiente. Acometidos por todos lados los rebeldes, cedieron bien pronto el campo á los soldados de la guardia, no sin pérdida considerable de ambas partes; únicamente algunos paisanos y bastantes soldados alargaron su defensa hasta cerca de anochecer, pagando bien cara su temeridad y osadía. Los jefes principales del motin, los ardientes republicanos de la *nueva Rusia* que seis años hacia meditaban un grande asesinato, y una revolucion completa, al ver desplegar tan inesperada energía huyeron cobardemente, y hasta el gran dictador príncipe de Troubetzchoi vino á incorporarse al estado mayor del Czar y á prestarle su obediencia.

Pestel, autor de la constitucion de Rusia fue preso, y no obstante sus patrióticas peroratas de-

lató vilmente á los otros conjurados, quienes en su mayor parte sucumbieron al rigor de la justicia, mitigando el emperador la dureza de las sentencias en gracia de algunos de los rebeldes, que sufren aun su condena en los helados páramos de la Siberia.

Se acusa por algunos al emperador Nicolás de no haber satisfecho las exigencias del pueblo, escuchando sus clamores y subiendo al poder sobre los cadáveres de sus vasallos. ¿Pero debió ceder á una revolucion que trataba de derrocar un trono, sobre cuyas gradas acababa de fijar su planta? ¿Deben llamarse vasallos, ó mas bien rebeldes, los que con espada en mano le negaban el juramento de fidelidad?

Deseoso con todo el nuevo emperador de evitar todo motivo de trastorno y de satisfacer las necesidades de sus pueblos, luego que hubo consolidado su gobierno y cicatrizado las heridas causadas por la revolucion y por las guerras se dedicó á la formacion de un nuevo código completo, redactado bajo su inmediata inspeccion, que llegó al fin á publicarse por el año 1833. En él, á la par de algunas sabias disposiciones, cuya originalidad se atribuye al mismo emperador, se hallan otras que parecen tomadas de la Constitucion misma de Pestel. ¡Cosa rara y que desmiente en un todo las ideas de intolerancia que vulgarmente se

atribuyen al gobierno del autócrata! No se ha mostrado menos celoso en establecer la administracion bajo el pie mas brillante y ventajoso, estableciendo economías, y cortando con mano fuerte cuantos abusos han llegado á su noticia, siendo en esta y en las demas medidas su máxima favorita, que debiendo él ser el autor de toda mejora que se haga en beneficio de sus súbditos, estará siempre dispuesto á ejecutarla, siempre que no se le exija de una manera insolente.

La agricultura y la industria han llamado igualmente su atencion; en sus viajes periódicos á las mas interesantes provincias del imperio se ha informado minuciosamente de su estado, y de los medios de riqueza y prosperidad de que pueden ser susceptibles, proveyendo en seguida las oportunas disposiciones para la realizacion de esos fines, y asi como por encanto han aparecido en poco tiempo hermosos canales, caminos de hierro, líneas de vapores, y otra porcion de reformas y mejoras al nivel de lo que exigen los adelantos del siglo. La instruccion pública, dirigida conforme á las ideas del gobierno, ha recibido cierta uniformidad de que antes carecia, y las universidades y colegios, cuyas rentas ha aumentado la munificencia imperial, son ya un hermoso plantel de futuros profesores que en nada cederán á los que tanta fama han adquirido en otras naciones europeas. Una de las obras principales

ejecutada en beneficio de las ciencias ha sido el nuevo observatorio astronómico, que ha llegado á ser uno de los mejores que se conocen en el mundo.

Como es de conocer, todas estas ventajas han sido obtenidas á costa de grandes sacrificios y desvelos, y luchando en contínuas y porfiadas guerras exteriores que no han faltado al autócrata desde su advenimiento al trono. El bondadoso genio de su antecesor Alejandro se habia dejado sentir en su política, y prevalidos de esta circunstancia sus vecinos se habian llenado de orgullo y mostrado excesivamente altaneros. La Puerta sostenia contra la Grecia una lucha mortal y encarnizada. El Schah de Persia ansiaba el momento de ver maniobrar sus tropas, nuevamente organizadas á la manera europea, en su concepto invencibles; y mientras el emperador conseguia por medio de sus agentes indisponer algunos gabinetes con la Puerta, y contestaba con energía á las amenazas de la Pérsia, anticipábase ésta al ataque, invadiendo la Georgia y arrollando al ejército ruso á la parte allá del Cáucaso; pero sobreviniendo repentinamente el general Paskevitch con numerosos refuerzos, derrotó en pocos dias las principales divisiones del ejército invasor, logrando con esto no solo contener, sino tambien aterrar á los persas, que abandonaron con inmensa pérdida el territorio conquistado.

Al año siguiente el mismo Paskevitch invadió á su vez el territorio enemigo, destruyendo sus ejércitos, apoderándose de las grandes capitales y hasta de las fortalezas, reputadas por inexpugnables. Aterrado con tales pérdidas el Schah Abbas Mirza, y deseoso de ganar tiempo, entró en negociaciones con la idea de acechar el momento en que la Rusia se comprometiese con la guerra de Turquía. No se ocultó por mucho tiempo al emperador el verdadero objeto de semejante dilacion, y á pesar de los frios mandó avanzar sus tropas á principios de enero de 1828. Paskevitch atravesó sin obstáculo las montañas de Kouflaukon, y arrollando cuanto se le oponia marchaba ya sobre Teheran, residencia del Schah, cuando éste, no hallando otro medio de salvacion, mandó sus plenipotenciarios para aceptar la paz bajo las condiciones que gustase dictar el vencedor. Segun las costumbres orientales aquellos embajadores iban cargados de presentes, y entre ellos se encontraba un diamante para el mismo emperador, reputado por el mas grande y precioso del mundo. El tratado firmado en Tourkmantechai el 24 de febrero de 1828, aumentó la Rusia con dos grandes provincias y sus respectivas capitales, una línea fortificada y mas de 300 millones de reales para los gastos de la expedicion.

Corriendo el mismo año se declaró guerra á

Turquía. En el manifiesto que dió el emperador fecha 14 de abril, declaraba extensamente las razones que le asistian para tomar la ofensiva, desentendiéndose de la tolerante conducta de su antecesor, cuya bondad, lejos de ser apreciada por la Puerta, solo habia servido de estímulo para continuar en sus atropellos. El mismo dia que se publicó este documento, las tropas rusas atravesaron el Pruth, y pusieron cerco á la plaza de Brailof, cuyos trabajos dirigió el gran duque Miguel hasta su rendicion.

El emperador se presentó al frente de su ejército, y dirigiendo en persona el paso de sus tropas al otro lado del Danubio, despues de varios ataques obligó á los turcos á refugiarse á sus atrincheramientos. La toma de Barna colocó á los rusos en posicion mas desahogada para esperar allí los refuerzos que habian de maniobrar en la segunda campaña. Entretanto Paskevitch atacaba con otro ejército por la parte de Asia las provincias meridionales de Turquía, distrayendo asi sus fuerzas y debilitando sus recursos.

A principios de abril volvieron los ejércitos á ponerse en movimiento: el de los turcos, fuerte de unos cien mil hombres, estaba mandado por Reschid-Pachá: el ruso, inferior en número, se hallaba á las órdenes del general Diebitsch. Despues de algunas reñidas acciones los rusos se hicie-

ron dueños de la Silistria, y ocuparon á Andrinópolis, amenazando á la misma Constantinopla. Entretanto Paskievitch, despues de haber derrotado en el Asia varios ejércitos turcos, y de haberse apoderado de un sinnúmero de fortalezas, avanzaba rápidamente hácia Trebisonda. Aterrado el Sultan, pidió un armisticio, que le fue concedido, y bajo la mediacion de los embajadores de varias potencias se firmó por ambas partes el tratado de Andrinópolis el 14 de setiembre de 1829. Las ventajas obtenidas en su virtud por el emperador de Rusia fueron moderadas respecto de lo mucho que pudiera haber exigido. Con todo, se hizo dueño de la embocadura del Danubio; y aunque renunció á las conquistas hechas en Europa, conservó la mayor parte de las que Paskievitch habia hecho en el Asia, dejando aisladas las montañas del Cáucaso para facilitar la sujecion de sus tribus; logrando ademas la navegacion exclusiva por entre los Dardanelos, y diez millones de ducados de Holanda por via de indemnizacion. Tan pronto como estos fueron abonados por la Puerta mandó el Emperador evacuar la Silistria, que conservó en rehenes hasta hacer efectivo el pago estipulado. Esta moderacion y lealtad de Nicolás, y el socorro que prestó al sultan Mahamoud contra el bajá de Egipto, le valieron la amistad y confianza de aquel príncipe en términos de realizarse entre ambas potencias el

tratado de Unkiar-Schelessi, que afirmó para siempre su alianza, y concedió nuevas ventajas al emperador de Rusia; ventajas que pueden reputarse como el complemento de las adquiridas en los convenios de Andrinópolis.

La fortuna del emperador no podia ser mas brillante. Acababa de salir victorioso en dos guerras considerables y á cual mas temibles, extendiendo sus fronteras y fortificándolas al propio tiempo. Por otra parte se habia deshecho honrosamente de los viejos soldados de Alejandro, cuyas tendencias eran temibles, mucho mas desde el motin de 1824. Preparábase ya á cicatrizar las hondas heridas que ambas campañas habian abierto á la administracion pública, y á poner todos sus ramos en armonía con la marcha del gobierno, cuando en ocasion que menos lo esperaba resonó en Francia el grito de la revolucion de julio, cuyo eco hizo estremecer sobre sus tronos á todos los monarcas europeos. No fue el del autócrata el que menos se resintió de aquel sacudimiento, y sus consecuencias se manifestaron bien pronto. Disponia sus tropas, no solo para ponerse en guardia contra la revolucion, sino tambien para atacarla en su natural recinto, cuando oyó dentro de sus dominios el eco de la afligida Polonia, respondiendo al grito de libertad lanzado desde las calles de la capital de Francia.

No era éste un motin vulgar, hijo de un entu-

siasmo pasajero. Hacia mas de doce años que existia una sociedad secreta con muy vastas ramificaciones, titulada *Los Eslavos reunidos*, cuyo objeto era enlazar bajo un sistema federal á la Rusia, Polonia, Bohemia, Moravia, Dalmacia, Servia, Moldavia y Valaquia, cuyos nombres se hallaban escritos en los lados de un octógono que formaba su particular sello. Aunque íntimamente aliados con las sociedades de la *Union* y *Nueva Rusia*, los Eslavos habian sabido conservar mejor su existencia, á pesar del revés sufrido en 1826. En Polonia era donde contaba aquella reunion mayor número de prosélitos por efecto del descontento general y gloriosos recuerdos de independencia que nunca podian faltar en un pueblo que tanto habia figurado en la historia de las naciones. Algunos años antes de la revolucion, hallándose Nicolás en Varsobia, se tramó por algunos acalorados una conspiracion para prenderle y fusilarle, que no fue llevada á cabo por el temor y las dificultades que ofrecia la incertidumbre del éxito. Pero el ejemplo de la Francia, y el justo recelo de que la policía se apoderase de la trama, mediante algunas prisiones que ya estaban realizadas, fueron la causa que obligó á los conjurados á precipitar su plan.

Al anochecer del 29 de noviembre de 1830 algunos batallones polacos se apoderaron de los puntos mas interesantes de Varsobia, con especialidad

del arsenal, y reunidos en seguida con una turba de estudiantes y paisanos armados, atacaron el palacio donde habitaba el gran duque Constantino. Al estruendo del combate despertó éste, sin tener apenas tiempo de tomar una bata y escapar por los jardines, logrando ocultarse en una choza. Los batallones rusos, atacados por todas partes, tuvieron que retirarse y acampar fuera de la ciudad. En vano los generales del gran Duque exortaron á éste á sitiar la capital con aquellos cuerpos todavía considerables para poder sofocar la insurreccion en su orígen. Bien fuese por temor del resultado, ó por desconfiar de la lealtad de los batallones polacos que aun permanecian adictos, creyó mas oportuno retirarse á Moscow. Sus recelos se verificaron, contribuyendo para ello su apatía, y bien pronto aquellas tropas marcharon á reunirse con sus hermanos, logrando Constantino como un favor poder llegar á la frontera con sus batallones rusos.

El triunfo de Polonia no fue duradero. Al dia siguiente de la lucha se hallaban los vencedores divididos. La aristocrácia deseaba la paz con Rusia; los sensatos y de buena fe pedian constitucion, y los agitadores y ambiciosos república. Los decantados socorros extranjeros se iban reduciendo á buenos deseos y grandes peroratas, mientras que el emperador de Rusia negociaba con los gabi-

netes, y mandaba avanzar sus ejércitos cercando á la Polonia con una red de hierro. En vano se quiso entrar en negociaciones con el irritado autócrata; una transaccion pudiera haberle sido muy funesta en sus fronteras y últimas conquistas. El emperador exigia una obediencia sin límites ni condicion alguna: la Polonia entera rechazó con enérgico valor tal exigencia.

Irritados los polacos, negaron públicamente obediencia y sumision al emperador y le declararon destronado. Seis dias despues los cosacos habian atravesado el Bug. Los límites de una biografía no permiten estendernos sobre los detalles de aquella guerra mortífera al par que desgraciada, en la que 140,000 rusos provistos de todos los recursos eran combatidos por solo 80,000 polacos, en su mayor parte voluntarios y reclutas, sin instruccion, y faltos muchas veces de los objetos mas precisos. Al vencedor de Balkau (Diebistch), cuya poca actividad escitó las sospechas de la Rusia, sucedió el conde de Eribau (Paskiewitch), que, acorralando á los insurgentes sobre Varsobia, les obligó á capitular antes que se destrozáran entre sí.

Desde este tiempo puede decirse que la Rusia es definitivamente señora de la Polonia; casi todos los que habian combatido por la independencia de aquel infortunado pais tuvieron que emi-

grar á Francia, Alemania ó Inglaterra, donde fueron y son objeto de la simpatía de los pueblos, despues de haber sido abandonados por los gobiernos; y los restos que quedaron del ejército polaco, fueron al punto incorporados en el ejército ruso y empleados los mas de ellos en sujetar á las hordas salvajes del Cáucaso. Desde entonces el Emperador ha dirigido sus constantes miras á estinguir en lo posible la nacionalidad polaca, alejando de su vista los gloriosos recuerdos de su época primitiva. Universidades, colegios, museos, bibliotecas, todo ha sido suprimido, y la instruccion pública de Polonia es completamente igual á la de Rusia. Hasta en el principio religioso se ha querido avasallar á aquel reino, queriendo el Czar ser reconocido por su mayoría, que es católica apostólica romana, como soberano espiritual de su culto y de sus conciencias, y en sus arrebatos se le ha oido decir que dejará á aquellos paises *sin Polonia* y *sin Dominus vobiscum*; esto es, sin catolicismo y sin Polonia. En 1840 los obispos de Lituania hubieron de aceptar el rito griego, y la deportacion á la Siberia amenaza á los polacos que directa ó indirectamente conserven relaciones con la cabeza de su culto.

Algunos amagos de sublevacion han servido solo para remachar mas y mas los hierros de aquella desventurada nacion, de donde han salido los So-

bieskis y Koziuskos. Una ciudadela levantada en medio de Varsovia, cuyas fortificaciones han sido en gran parte dirigidas por el Czar mismo, amenaza con cien bocas de fuego destruir hasta los cimientos de aquel pueblo, y castigar hasta el solo pensamiento de su perdida libertad.

Con todo, trascurridos algunos años se puede formar ya un juicio mas imparcial sobre los vencedores y vencidos, y se encuentra que de una y otra parte ambos pueblos rivales han conservado su carácter histórico. Los rusos, tales como se les ha visto en las grandes luchas que han tenido que sostener, se han mostrado valientes, sufridos y disciplinados. Los polacos tampoco han desmentido su antiguo renombre y su valor caballeresco; pero mezclado con un amor propio excesivo, y con una anarquía completa en las ideas, cualidades que han sobresalido siempre en todas sus guerras intestinas. Bajo el punto de vista político la insurreccion de Polonia era para el emperador Nicolás una cuestion de vida ó muerte. Si aquella hubiera triunfado, la Rusia perdiendo sus bases políticas y comerciales sobre el Báltico y el Euxino, y ceñida por la Suecia y la Turquía, no seria mas que una potencia Asiática, sin influencia ni poder en los destinos europeos. Venciendo el emperador, su gloria era cada vez mas grande, y sus recursos infinitos; y sobre todo aseguraba de una vez la tranquilidad y el

sosiego, tanto en Polonia como en las provincias limítrofes. Su orgullo ademas estaba resentido; ¡y quién en su caso no hubiera obrado lo mismo! Los polacos, es menester confesarlo, cometieron una grave falta en proclamar la destitucion de Nicolas. Este acto de impudencia agravó su posicion, animando contra ellos el sentimiento nacional de los rusos, y paralizando las intenciones conciliadoras del Emperador; y cuanto mas han confiado los polacos en la guerra de principios que se esperaba estallase en Occidente, tanto mas la policía rusa ha debido mostrarse con ellos vigilante y suspicaz. El gabinete del autócrata ha seguido con ansiedad la marcha de los sucesos políticos del mediodia de la Europa, y sobre todo los de la Península, para estar siempre al lado de los principios absolutistas é impedir una lucha europea; por eso la Rusia se ha unido en un todo á las resoluciones de la conferencia de Londres y al sistema conservador de las naciones del Norte, tanto mas cuanto que la Francia, Inglaterra, España y Portugal, estan mútuamente aliadas para la defensa de las instituciones liberales. El emperador Nicolas es el alma, por decirlo así, de la política de su gabinete. Sus frecuentes viajes á Alemania y á Prusia no han tenido otro objeto que estrechar mas cordialmente los vínculos que unen á estas tres naciones.

La Turquía está enteramente supeditada á las

miras de la Rusia, que puede sin obstáculo alguno penetrar cuando le plazca hasta las entrañas mismas del imperio otomano, mediante el protectorado que ejerce en los principados de Moldavia y Valaquia, protectorado que ha sustraido á la Puerta toda su influencia en aquel vasto territorio á costa de los continuos auxilios que el Czar ha prestado á Mahamud. Cuando la terrible lucha que aquel hubo de sostener contra el bajá de Egipto, despues de la desgraciada batalla de Koniah, el emperador Nicolas hizo ver al Sultan que de nadie sino de él podia esperar recursos; se los proporcionó en efecto, y sacó á Mahamud del terrible conflicto en que le habian colocado el poderío y desmedida ambicion de un súbdito rebelde. Mientras la influencia francesa luchaba con la inglesa sobre este negocio importantísimo, el gabinete de San Petersburgo detuvo en su carrera al orgulloso Pachá con fuerzas considerables de mar y tierra, y le obligó á retroceder á pesar de sus victorias.

Por la parte de Oriente la dominacion de los rusos es cada vez mas sólida, merced á las emigraciones que han tenido lugar en el territorio Armenio, que está bajo su dominacion. Mas de diez mil familias se han trasladado á aquel punto, y hasta el patriarcado de la Iglesia Armenia que tenia su silla en el monasterio de Etchmiazdin se ha mudado á Eribau, consiguiendo de ese modo la

decadencia de Erzeroun, capital de la Armenia persa.

La cesion de la Georgia ha dejado franca á los rusos la vertiente meridional del Cáucaso. Los habitantes de estas montañas presentan una variedad casi infinita de razas, sectas é instituciones, siendo casi imposible valuar de una manera exacta el número de sus habitantes. En el intervalo que separa las líneas del Terek de las de Kouban, la Rusia no posee sino estaciones militares, pues lo escabroso del pais y el odio que profesan sus habitantes á los rusos impide á estos una completa ocupacion. La sujecion de estos nuevos vasallos es el único escollo que hasta el presente ha encontrado en su carrera el emperador Nicolás. Por espacio de veinte años todo el poder de la Rusia no ha podido sofocar el gérmen de independencia que se alimenta en la escabrosidad de aquellas montañas; y si bien no es de temer por parte de los rebeldes una invasion al interior del imperio, su porfiada resistencia obliga á sostener en aquel punto un número considerable de tropas, y una lucha interminable y desastrosa.

El año 1836 el emperador ha introducido algunos cambios en la administracion de los cosacos del Don. Un régimen nuevo ha reemplazado á sus antiguas costumbres y á su legislacion incierta, y de ese modo con la extincion de sus antiguos privile-

gios se ha agregado este pueblo inquieto y de suyo belicoso al sistema de absoluta dependencia que rige en todos los puntos del imperio.

Al ver á la Rusia tan poderosa como lo es hoy dia; al ver la prosperidad interior de que disfruta y su omnímoda influencia y suprema preponderancia en los gabinetes de Europa, se cometeria una gravísima injusticia en no reconocer el incontestable mérito del Príncipe, que con su habilidad y energía ha colocado á esa nacion en rango tan eminente. El emperador Nicolás comprende su siglo y el carácter de los pueblos que gobierna. Lejos de permitirles que se ocupen en desembrollar el oscuro significado de brillantes teorías é innovaciones halagüeñas, cuyo ensayo ha costado tanta sangre y sacrificios, los contiene en una sabia obediencia, concediéndoles únicamente las mejoras y libertades que en su estado actual pueden gozar sin grave riesgo. Con todo, no deja de encontrar en el cumplimiento de esas miras espíritus inquietos y díscolos, que si quedasen abandonados á su insensato impulso comprometerian una obra comenzada por Pedro el Grande, y continuada con esmero por sus dignos sucesores, exponiendo aquella vasta monarquia á su completa ruina y destruccion.

La influencia irresistible que el emperador Nicolás ejerce sobre la muchedumbre es debida, mas que á la fuerza, á la autoridad del ejemplo de suyo

tan poderosa. Su casa es un modelo de todas las virtudes domésticas; y tiene, por cierto, derecho á recomendar el órden, la economía y la rigidez de costumbres, un Príncipe que no despliega magnificencia sino cuando recompensa servicios ó emprende alguna institucion benéfica. Su severidad, es cierto, ha ido algunas veces mas allá de los límites ordinarios; pero para juzgar á un soberano es indispensable tener en cuenta las exigencias y particulares circunstancias de la posicion en que se halla, y quizá la mas imperiosa de todas, es cierta especie de reaccion que en los estados despóticos indica casi siempre al nuevo monarca una senda contraria á la seguida por su predecesor; y por otro lado, cuando una persona de carácter fuerte llega á ser dueño y absoluto regulador de mas de sesenta millones de almas, es muy difícil contenerse al encontrar una vana y terca resistencia. El emperador Nicolás ha podido en ciertas ocasiones errar en los medios, y ha errado en efecto; pero á los ojos de su pueblo la realizacion de los grandiosos fines que tanto le han elevado le absuelve de toda culpa. El autócrata con su deber, ¿por qué la Europa que tanto le censura no cumple con el suyo?

D. MANUEL DE BORIA.

Creemos del mayor interés dar lugar en esta obra á la Biografía del malogrado jóven Boria, harto célebre por la presencia de ánimo y el arrojo que á pesar de su corta edad demostró siempre en los combates; y por la catástrofe de octubre, de que fue una de las mas generosas y lamentables víctimas.

Nació D. Manuel de Boria en la ciudad de Valencia el 8 de diciembre de 1818, hijo tercero de una familia de mediana fortuna, y que sufrió pérdidas considerables en las diferentes vicisitudes y revueltas políticas que han afligido á nuestro pais desde el año de 1808. Su educacion fue esmerada,

atendidas las escasas riquezas y las circunstancias accidentales de su casa. Principió sus estudios en el Seminario de Nobles de aquella ciudad, y los aprovechó con aplicacion y constancia, mereciendo premios, amistosa benevolencia y cariño de parte de sus compañeros y preceptores. Su imaginacion viva y perspicaz, y su claro entendimiento le hicieron adelantar y distinguirse mas de lo que podia esperarse de edad tan temprana como la que tenia Boria durante su permanencia en el Seminario.

Precisada su familia el año de 1830 á trasladarse á Madrid, y no teniendo sus padres favor ni medios para darle una carrera distinguida y brillante, como hubieran deseado, espiaron sus inclinaciones y sus deseos sobre este punto, para satisfacerlos en cuanto no estuviesen en contradiccion con las dificultades invencibles que se les oponian. Vieron, pues, su aficion y sus adelantos en el dibujo, y le dedicaron al grabado, profesion en que hacia notables progresos á pesar de sus cortos años, cuando el ruido de las armas y de las contiendas civiles vino á tronar hasta la misma capital de la monarquía, desde las provincias montuosas que se habian declarado en insurreccion contra el reinado de la heredera del último monarca.

Sabido es que en 1835 se dió una real órden estimulando á la juventud española á tomar las armas;

sabido es tambien el entusiasmo que se difundia por todas partes en favor de la inocente Isabel, á impulsos de la gratitud que entonces desarrollaba los generosos y benéficos decretos de la Reina Gobernadora. Un corazon noble y entusiasta, como despues se ha acreditado ser el de Boria, no podia cerrarse á tan sagradas impresiones, no podia desoir el grito de su patria, ni dejar de darla su apoyo en medio del peligro que, aunque lejano, amenazaban correr objetos tan caros y preciosos como los que se encomendaron entonces á la defensa de sus hijos. Asi vimos que sin vacilar un momento fue Boria uno de los primeros que se presentaron á inscribirse, teniendo que ocultar su verdadera fé de bautismo, para añadir á su corta edad los años que eran indispensables hasta el completo de la que nuestras leyes exigen para el servicio de las armas. Júzguese por este acto, la fé sincera y el ardor generoso que animaban desde luego á un niño que apenas tenia entonces las fuerzas físicas necesarias para sustentar sobre sus hombros el peso de los arreos militares.

Por mas esfuerzos que hizo en esta ocasion su padre para conseguir que Boria entrase al servicio de cadete, como se habia verificado siempre entre los individuos de su familia; no le fue posible, consultando sus intereses, señalarle la asignacion que se le habia de exigir para los alimentos corres-

pondientes á su clase, y tuvo que resignarse á verle de soldado distinguido; aunque con el disgusto de que un niño como era aun, de pequeño cuerpo y débil constitucion, fuese armado con el fusil y arreos de la tropa, que amenazaban aniquilarle tan luego como empezasen á descargar sobre él las fatigas y penalidades de la guerra. Pero el vigor de espíritu y la entereza varonil de que Boria dió pruebas desde sus primeros años, suplian por la robustez y las fuerzas físicas que le habia negado la naturaleza, y le hacian capaz de soportar los mayores padecimientos y contrariedades; y esta consideracion, unida á que de varios puntos de la Península y aun de las Américas, venian entonces á alistarse de soldados voluntarios, jóvenes de mérito, algunos hijos de familias autorizadas y opulentas, amenguaba la pesadumbre de sus padres, permitiéndoles ver algun tanto mas tranquilos la nueva profesion por donde la suerte encaminaba á uno de sus mas queridos hijos.

Boria, festivo, bullicioso, con su natural jovialidad y alegría, anhelaba el momento de empuñar las armas en defensa de su Reina y de la libertad que entonces no se habia convertido en licencia, y era el ídolo de sus sinceros y patrióticos deseos. Alistóse, pues, de soldado distinguido el año de 1835, y pasó á servir al regimiento de San Fernando. En este cuerpo hízosele desde

luego cabo distinguido, y se le destinó á la instruccion de reclutas, en la cual acertó á distinguirse, estudiando al mismo tiempo con el mayor anhelo la táctica y los deberes todos de la milicia, de que se proponia ser fiel intérprete y observador en lo sucesivo.

En aquel mismo año concurrió con el ejército del centro á las acciones de Fortanete, Villarluengo y Valderobles, y supo ya acreditar, mientras estuvo en el regimiento de San Fernando, su modestia, su pundonor, su natural despejo, su energía é invencible arrojo á los ojos de sus superiores. Aquel niño con la frescura y lozanía de sus primeros años en el semblante que revelaban la pureza y la sinceridad de su alma, anhelaba todas las ocasiones de distinguirse con gloria en cuantas empresas se ofrecian á su vista, por peligrosas y arrojadas que fueran. Este valor instintivo, esta entereza de ánimo inalterable que casi raya en lo inverosímil, atendidos sus cortos años y la educacion sosegada y modesta que habia recibido de sus cariñosos padres, no podia menos de hacerle notable en su cuerpo á los ojos de todos, mucho mas cuando tan hermosas cualidades iban realzadas con la jovialidad y franqueza de su trato, con el atractivo y finura de su porte, y con el poco aprecio que hacia constantemente de sus distinguidos méritos individuales, como prueba del sereno y

nada jactancioso valor que le adornaba. Su carácter independiente le impedia aprovechar, y hasta le hacia esquivar á veces con dignidad, y siempre con respeto, los miramientos y favores de varios de sus jefes, que habian tenido ocasion de observar atentamente sus cualidades, aficionándose á él desde el principio de su carrera. Como quiera, fiel observador de la disciplina y de sus deberes, vió al fin coronados sus servicios y estimulado su denuedo, al recibir en 27 de setiembre de 1836 el empleo de subteniente de infantería con destino al regimiento de la Princesa.

Pasó de consiguiente y se incorporó á este cuerpo, que se hallaba en el ejército del Norte; comenzando á prestar sus servicios en él desde primeros de diciembre del mismo año. A mediados del mes de marzo siguiente se halló en la accion de Amezañaga, dando sublime ejemplo de valor á sus soldados, que algun tanto reacios y guarecidos de un parapeto, esquivaban á veces el horroroso fuego de los enemigos. Con su natural presencia de ánimo buscó en lo mas empeñado de la pelea la ocasion que se le presentaba de distinguirse y de reanimar á la tropa, comunicándola el valor y la energía que le acompañaron siempre en medio de los mas azarosos é inminentes riesgos; y colocándose solo y descubierto, con ánimo de dar ejemplo y alentar á sus soldados, entre los fuegos de estos y los del enemigo,

recibió una bala de fusil que le dejó tendido en el suelo atravesado el cuerpo de vientre á espalda con herida de la mayor gravedad, sin que en mucho tiempo se atreviesen á salir á recogerle. Diósele por este hecho de armas la cruz de San Fernando de primera clase; y pasó con pocas esperanzas de vida á la sala de oficiales del hospital de San Sebastian, donde permaneció; primero medio exánime, y despues restableciéndose y recobrándose en lo posible de la herida que los facultativos habian calificado de mortal. Al poco tiempo de su llegada hizo una visita á los enfermos el general Seoane, que se hallaba entonces de comision regia en las provincias, y al llegar frente á la cama de Boria, y al ver sepultada entre las almohadas su cabecita lívida é inmóvil, donde solo se revolvian medio apagados sus ojos naturalmente vivaces y espresivos; preguntó maravillado á los que le acompañaban. «Y ese niño ¿qué hace aqui»? A lo cual picada algun tanto la susceptibilidad de los primeros años del moribundo jóven, é incorporándose con ayuda de su asistente, replicó con desenfado: «Mi general, yo no soy un niño, soy un oficial de la Princesa que tengo el cuerpo atravesado de una herida mortal que he recibido en el campo de batalla.» La viveza de su carácter y la sencillez de su alma le hacian considerar como una de las mas amargas calificaciones que podian darse á

un oficial, la que entonces oia, y varias veces, á pesar del varonil aliento que le animaba, habia merecido de sus compañeros á causa de la pequeña talla, corta edad y delicada y fina constitucion de su persona.

Pero su curacion se manifestaba larga é incierta, y le fué preciso pedir una real órden que se le concedió seguidamente, á fin de trasladarse á Madrid al lado de sus padres; donde con sus continuos desvelos é incesante solicitud, pudo restablecerse al cabo lentamente, no sin sufrir antes largos padecimientos y agudísimos dolores. El carácter y las ideas de Boria, con año y medio que llevaba por esta época de servicio, se habian reformado algun tanto; los sufrimientos inherentes á la profesion de las armas en tiempo de guerra, el conocimiento de los sagrados deberes que estudiaba con anhelo y habia aceptado gustoso, y la práctica constante de la obediencia pasiva que coarta y enfrena la voluntad propia, eslabonándola de inferior á superior en cada una de las graduaciones militares, desviaban dia tras dia su pensamiento de la política, conforme alimentaba cada vez con mayor culto en su corazon el deseo de distinguirse y de adquirir gloria en los combates, siendo antes que todo fiel observador de la disciplina, que su claro talento le hacia considerar como base de la organizacion y de la consistencia de los ejércitos.

Asi es que á pesar del ardor con que habia aceptado desde su niñez teorías harto brillantes y seductoras con respecto al órden social, se despejaban en parte de la mágia con que aparecieron á sus ojos, al verlas en abierta contradiccion con los principios de utilidad general que los subordinados reconocen como necesarios á su propia conveniencia, al mismo tiempo que á la armonía que debe reinar en la milicia. Cuidábase, pues, poco y mucho menos que antes, á pesar de ser en el fondo sumamente adicto á las ideas liberales, de los vaivenes y de las victorias de los partidos, y solo cifraba sus conatos en su pronta curacion, para volver sin demora á su regimiento, y combatir junto con él á los enemigos armados de su inocente Reina.

Aunque débil y no del todo restablecido, salió al fin de la corte y se incorporó de nuevo á la Princesa en 19 de octubre de 1838. Su coronel don Manuel de la Concha no pudo menos de aficionarse al poco tiempo, como todos sus demas jefes, compañeros y subordinados, al mérito y distinguidas cualidades que le adornaban; y observando el estado de su salud quebrantada, y sabiendo los agudos dolores que le hacia su antigua herida: á mas de agregarle desde luego á la segunda compañía de cazadores que tenia completo el número de sus oficiales, le facultó para que fuese á caballo en las marchas y acciones, y para que usase capote sin

embargo de estarles prohibido á todos sus compañeros, dispensándole ademas de que asistiese al toque de diana personalmente en las estaciones frias. Pero el pundonoroso Boria á pesar de las circunstancias escepcionales en que se hallaba á causa de sus dolencias, no se aprovechó de estos favores ni una sola vez, por no querer ofrecer á los ojos de su cuerpo el ejemplo de una distincion que, aunque estaba harto motivada y era bien merecida, podia rebajar en lo sucesivo la importancia y los quilates de sus méritos, si los tenia y eran premiados, presentando como debido al influjo y al favoritismo lo que realmente pudiesen valer sus virtudes y personales merecimientos.

En el año inmediato, ascendido ya á teniente, asistió con su compañía de cazadores al levantamiento del sitio de Labraza, al reconocimiento del rio Ega sobre Villatuerta, Morenti, Alvecin y puente Muniain; á la accion de Oteiza y á las escaramuzas de Allo y los Arcos; cubriendo siempre su puesto con el mayor valor y deseando distinguirse y conducir en todas ocasiones las guerrillas mas avanzadas. Su serenidad en presencia del enemigo y su imponderable arrojo, contrastaban singularmente con su modestia y con los rasgos de su carácter desprendido y benéfico. Varias veces se le encontraba, y una de ellas le sorprendió don Manuel de la Concha, repartiendo los ahorros de

su escasa paga entre los heridos de su compañía; y de este hecho harto laudable y público, se desprenden otros, muchas veces repetidos por Boria. Amaba sinceramente á sus soldados; recordaba con gozo que habia pertenecido á su clase, y decia que su valor nace del corazon ó de la disciplina, sin que tome en lo general parte alguna la ambicion que, mas ó menos noble, suele ser á veces en las personas notables el móvil de las grandes acciones con que se ilustran. Si encontraba algun mutilado lamentábase de su suerte; y solia darle el dinero que llevaba consigo, diciendo: que el valor y la desgracia eran dignos de mayor recompensa. Estimado de sus jefes, querido de sus iguales, admirado de todos, seguia el jóven Boria, entre constantes peligros, su carrera; siempre desdeñoso al favor y á la lisonja, y procurando dar suelta á su carácter franco y risueño en los alojamientos y en las fiestas de las poblaciones, cuando le concedian alguna tregua las marchas y el continuo pelear de aquellos tiempos.

Posteriormente y en todo el mismo año de 1839, concurrió á las acciones de Arroniz, Barbarin, la Berrueza y la Solana; á la de Allo y toma de Dicastillo; á la de Cirauqui y Mañeru; á la de los puertos de Belate, Maya y Urdax; y á las de Luco y Bordon.

Emprendidas el año de 1840 las operaciones so-

bre Segura, se halló desde el 23 al 27 de febrero en el sitio y toma del fuerte; concurriendo tambien los dias 22, 23, 24, 25 y 26 del inmediato marzo á la de Castellote. En este último punto fue al asalto con los cazadores que se presentaron voluntarios, y acometió la bizarra empresa de saltar una tapia, y de ser el primero entre todo el ejército que entrara en la poblacion. ¡Heróica hazaña que bien merecia el grado de capitan con que le recompensó seguidamente el gobierno!

Proseguidas las importantes operaciones de aquella primavera, se halló, aunque enfermo, desde el 20 al 30 de mayo, en el sitio y rendicion de Morella; y mas tarde, en 4 de julio, en la toma de Berga; continuando el resto del año en marchas y guarniciones, y siendo condecorado con las cruces correspondientes á varias de las acciones de guerra ya citadas.

Despues de dos años cumplidos de ausencia, de penalidades y de peligros constantes pudo volver á Madrid á disfrutar gozoso del cariño y de la ternura de su familia; su padre anhelaba con la mas viva curiosidad oir de su misma voz y entre sus brazos los señalados hechos de armas que le habian sido referidos de su hijo por sus propios compañeros, y aun varias veces por los jefes mismos de su regimiento. Durante su correspondencia jamas habia podido conseguir de él noticias in-

dividuales acerca de las acciones y riesgos continuos en que tanto peligró en aquella guerra su preciosa vida, y solamente algunas nuevas desparramadas acá y allá de tiempo en tiempo, le habian hecho formar una idea exacta de los méritos y relevantes cualidades que adornaban á aquel mozo valiente, niño no ha mucho, y objeto incesante de sus vivas y cariñosas inquietudes. Ahora, teniéndole á su lado, en vano era preguntar, inquirir fechas, recorrer lugares, recordar peligros; el pundonoroso jóven, á pesar de la tierna solicitud de su padre, esquivaba siempre con afabilidad y risueño semblante la relacion de sus propios méritos, que ni él mismo conocia ni apreciaba. Jovial y festivo como antes y familiarizado en los peligros, daba poca importancia á los azares y vicisitudes de la guerra pasada, y ceñido estrictamente al desempeño de sus obligaciones, habia apagado del todo el ardor de las ilusiones políticas de sus primeros años, bien por hallarse modificadas con la esperiencia, bien porque quisiese renunciar á ellas en provecho de la severa observancia de los deberes de subordinacion y disciplina que le imponia su empleo en la milicia. Asi es que cuando se le hablaba sobre este punto, solia guardar silencio las mas veces, y solo algunas decir que él era un oficial que habia aprendido en los libros y en los desengaños de la espe-

riencia, á no recibir inspiraciones ni mandatos mas que de sus jefes y superiores, para tener derecho á exigir obediencia de sus subordinados. Efectivamente, Boria habia sido un oficial estudioso, recto y distinguido siempre de todos, en lo que era dable el grado militar que desempeñaba, sin que lo impetuoso y vehemente de su juventud, ni la ligereza y agitacion contínua de su carácter, diesen lugar una vez tan sola á la queja ó insinuacion mas leve que pudiese enturbiar ni aun con ligeras sombras la irreprochable conducta de su vida pública y privada.

Pero aquel niño, aquel jóven de valor sereno y frente sin mancilla, que habia desafiado tantas veces el plomo y la metralla de los enemigos de su Reina, estaba destinado á ser víctima sangrienta de las rencillas y miserias políticas de que huia desdeñoso, escudándose con la observancia de sus deberes de la escasa responsabilidad moral que pudiera tener, como subalterno, cualquiera que fuese el éxito de los partidos que alternativamente se disputaban el mando de su patria. Sabido es que al estallar los sucesos de octubre del año de 1841 se hallaba en Madrid el regimiento de la Princesa, á que pertenecia Boria. Cualquiera que fuese el conocimiento anterior que tuviese de ellos, es probable que no se comprometió personalmente hasta que en la noche del 7 oyó dentro de su

cuartel la voz de «¡*A las armas, Princesa!!*» dada por su antiguo coronel D. Manuel de la Concha. Uníanle á este jefe deberes sagrados, deberes de gratitud, que solo reconocen las almas susceptibles de tanta hidalguía y delicadeza como la de Boria. Aquel jóven franco é independiente, que en medio de la modestia y sencillez de su carácter, sabia armarse en ocasiones de una noble altivez que le hacia incapaz de rendir culto á la simulacion y á la lisonja; aquel jóven de corazon entero, que escudado en la línea estricta de sus deberes militares, y enteramente desdeñoso de los intereses materiales de la vida, nada para él en comparacion de su buen nombre y de su gloria, habia adquirido un dominio absoluto, solo reservado generalmente á la edad madura, sobre su voluntad, poniéndola fuera del alcance de las pasiones y de las intrigas políticas, no pudo menos de entregar su libre albedrío y de ligarse con compromisos de honor á la causa que se proclamaba, al recordar las pruebas de distincion, cariño y confianza que habia merecido en la pasada guerra del jefe que veia á la cabeza de su regimiento. Mostró el general Concha particular afecto al malogrado Boria, tan luego como al tomar el mando de la Princesa el año de 1838 llegó á comprender las brillantes cualidades que le adornaban; viendo el mal estado de su salud de resultas de la herida

mortal que recibió en Amezañaga, y sabiendo su proceder generoso con sus compañeros heridos en medio de la escasez que aquejaba generalmente al ejército por aquellos tiempos, le dispensó, como hemos visto, de algunas de las obligaciones del servicio correspondiente á su graduacion, y tuvo particular empeño en que fuese á tomar los baños de Arnedillo, auxiliándole para ello con dos pagas. Daba ademas este jefe, de tiempo en tiempo, noticias al anciano padre de Boria del honroso y distinguido comportamiento de su hijo, y esta circunstancia, mas que otra alguna, cuando llegó á traslucirse por el bizarro jóven al volver á la casa paterna, cautivó de todo punto su corazon, halagando sus generosos instintos la idea del alto aprecio que habia acertado á merecer, y de las atenciones que con tanta reserva, delicadeza y miramiento se le habian dispensado. No se estrañará, pues, con estos antecedentes, que al oir dentro de su cuartel aquella noche la voz que tantas veces le habia guiado á los combates, palpitase de nuevo de gozo y entusiasmo el corazon de Boria, decidiéndose gustoso á sacrificarse por una causa que secretamente no podia menos de tener sus simpatías. Asi fue que sin vacilar un punto se colocó instantáneamente al lado del general Concha, suplicándole varias veces en medio de la confusion de los primeros momentos, y con el mas

vivo interés, que no se separase de su compañía, precaviéndose de esta manera de los miserables que pudieran hacerle traicion convirtiéndose en asesinos pagados de su persona.

Salió del cuartel precedido del general Concha y de los jefes de su cuerpo, y entró en palacio mandando la segunda de cazadores, y yendo destinado á apoderarse de la escalera de dicho edificio. Resuelto á verificarlo se encontró al subir al jefe que mandaba la guardia de Alabarderos, quien quiso detenerle, mediando algunas contestaciones entre los dos, de cuyas resultas se rompió el fuego por ambas partes. Hasta las doce de la noche permaneció en aquel puesto Boria con su compañía, sufriendo con su natural valor las descargas de los guardias parapetados, y sosteniendo el fuego por órden de sus jefes. En tal estado, despues de empeñar con el mayor arrojo varios ataques que se repitieron y secundaron por otras compañías de su regimiento, bajó con la suya al patio de palacio, y se retiró con parte de ella en la madrugada del dia 8 por el campo del Moro, siguiendo sin obstáculo hasta la puerta de San Vicente, en la que algunos de sus jefes con caballería rompieron por medio del destacamento, que les impedia el paso, franqueándole para todas las tropas comprometidas en el frustrado levantamiento, que venian á retaguardia. Continuó su marcha Bo-

ria, y al llegar á la fuente llamada de los Once Caños, viendo á su tropa cansada y próxima á ser envuelta por la caballería que seguia su pista desde Madrid, y despues de oir la voz *¡A formar cuartas!* dada por un jefe, se retiró con parte de la fuerza hácia el rio, procurando reanimarla y aun reunir los mas dispersos que fuera posible; pero presentáronse varios soldados que con palabras de desaliento introdujeron el desórden entre sus subordinados, y hubo de quedar solo desde el momento, siguiendo por el camino orilla del rio sin direccion fija. Empezaba á amanecer, y encontróse con el cabo de su propia compañía Pedro Fernandez, con el cual continuó su marcha sin interrupcion hasta las diez ú once de la mañana, en que tuvieron que entregarse á unos nacionales que les salieron al paso, siendo seguidamente conducidos por ellos ante el alcalde constitucional de la cercana poblacion del Pardo, de la cual eran vecinos. Esta autoridad los envió en el momento á Madrid con escolta, oficiando á la capitanía general, y en el mismo dia fueron entregados al consejo de guerra que se instaló de resultas de aquellos lamentables sucesos.

Asegurada la persona de Boria en el cuartel de Guardias de Córps, siguiéronse los trámites de su proceso con la mayor precipitacion, como todos los de sus demas compañeros de infortunio. En

las largas horas de soledad que pasó los primeros dias en su calabozo entreteníase en rayar versos, á que era muy aficionado, en las paredes, y principalmente al rededor de la cama en que dormia, ensalzando en ellos á la reina doña María Cristina de Borbon, y vituperando la ingratitud de algunos españoles. Puesto en comunicacion, reconviniéronle algunos amigos por ello, y le rogaron que los borrase, porque en su crítico estado podria acarrearle una nueva y muy séria acusacion tal imprudencia; pero Boria contestaba: «Los veo escritos; me gustan sus verdades, que me complazco en leer, y no quiero que desaparezcan de mis ojos.» Aquel jóven, sin embargo de no tener aun 23 años, habia aprendido á conocer lo que son las pasiones políticas, y sabia lo que le quedaba que esperar de los jueces que la desgracia le habia deparado. Así es que desde el primer instante adquirió un profundo convencimiento de lo terrible de su situacion, y resignándose se revistió de una tranquilidad inalterable al desechar de todo punto la esperanza de salvar la vida. El noble orgullo que la profesion de las armas, en medio de los hábitos de la guerra, desarrolla en almas fuertes como la de Boria, le hacian sobreponerse con facilidad á la desgracia y dominar su pensamiento hasta el término de separarle de las imágenes melancólicas y lúgubres que se apoderan

de los ánimos naturalmente en medio de crisis tan espantosas como la que estaba atravesando. Jovial, risueño como antes, con el entendimiento despejado, entretenia en su prision á la numerosa concurrencia que acudia contristada á estrecharle entre sus brazos con la voz balbuciente y los párpados anegados en lágrimas. Un dia y otro, á todas horas, se le encontraba con la frente tranquila, con la vista perspicaz y alegre, con la sonrisa en los labios, recordando los sucesos mas halagüeños de su vida, dando ánimo á las señoras que concurrian á visitarle, y aun procurando comunicar su fortaleza á varios de sus amigos, compañeros de campaña, valientes como él, que no acertaban á contener el llanto en su presencia. Jamás permitia que se le hablase de su causa: cuando los que por él se interesaban le decian el buen estado en que parecia estar su proceso, y lo que aun podia esperarse, contestaba interrumpiendo: «Basta, no hablen vds. de tal asunto ni se formen ilusiones, porque si vds. se persuaden de algun bien, recibirán mayor pesar cuando quede desvanecida su esperanza.» En vano era que le dijeran sus amigos que, como subalterno, apenas tenia responsabilidad, por haber sido impulsado en todos sus actos en fuerza del mandato de sus superiores, y que por consiguiente no era posible se le condenase á la pena de muerte; Boria esta-

ba persuadido de su verdadera situacion, conocia la poca generosidad de sus enemigos, y replicaba con su natural desenfado: «Tengo certeza de que seré pasado por las armas; pero no hablemos mas de esto.» Y variaba naturalmente la conversacion dirigiéndola siempre á objetos halagüeños, y comunicando eléctricamente su serenidad á las personas que le rodeaban.

Solo un dia se descubrieron rasgos de tristeza en su semblante de resultas de haber sabido una de las declaraciones que se dieron en la causa del general Leon referente á él; y preguntándole la causa del disgusto que manifestaba: «Señores, dijo, desde que me hallo en este calabozo me han visto vds. sereno, y se habrán persuadido del convencimiento profundo que tengo de ser en breve pasado por las armas. Hace muchos años que he consagrado mi vida á mi patria y á mi reina, y bien sea por el hábito que en este tiempo he contraido de arrostrar los peligros, ó por la naturaleza misma de mi genio, la muerte no me impone, como no me impuso nunca. Pero no puedo sufrir que se me calumnie hallándome preso y en vísperas de sufrir el martirio que me preparan mis enemigos. A mí nadie me ha puesto la espada al pecho, como se quiere hacer creer. Me es insoportable á que se pretenda adquirir gloria á costa de quien no puede hablar. Mas confio en

los que se salven escribirán la verdad despues de mi muerte, y me harán justicia; sí, mis jefes lo dirán; y si aquella noche no los hubiera tenido, el mismo que con tan poca exactitud refiere los hechos, tal vez podria contarse entre mis prisioneros. Cuantos me vieron en palacio pueden atestiguar que yo llevaba dos charreteras, y conocerán lo poco acertado que anduvo el declarante al señalarme, si antes no me conocia, como un oficial de la clase de tenientes, puesto que representaba con mis insignias la de capitan á los ojos de los que no supieran mi verdadera graduacion. Tampoco es cierto, y atestiguo con cuantos me conocen, el error que arguye el suponer que yo me presenté aquella noche en palacio con bigote.» Y era asi, porque la naturaleza se le habia negado todavía, y aunque en su prision se le dejó crecer, no podia llamarse tal el ligero vello con que se le retrató despues de hallarse sentenciado á muerte.

Pudo evadirse, con mucha probabilidad de buen éxito, de su prision por dos veces; pero lo rehusó. A los ruegos que con este objeto se le dirigian, contestaba: «Cumplí con mi último deber: solo me falta morir por él, y moriré tranquilo sin comprometer á nadie.»

Seguidos los trámites de su proceso, se dió en 21 de octubre la conclusion fiscal por el teniente

coronel don Juan Rodriguez, pidiendo la pena extraordinaria de privacion de empleo y diez años de castillo. Señalado el d a 24 para la vista, Boria se negaba y se resistia en su prision á defenderse, y costó mucha dificultad el disuadirle de su propósito; pero por último, las vivas instancias, las cariñosas súplicas de los que esperaban que á lo menos seria sentenciado conforme al parecer fiscal, consiguieron el que empeñase su palabra de responder procurando su defensa.

Presente su defensor don Antonio Tomé y Ondarreta ante el consejo, hizo ver que en todo el proceso de Boria no aparecia ninguna accion que debiera calificarse de criminal, por no haber habido premeditacion, deliberacion, espontaneidad ni perversidad de ánimo al cometerla. Presentó su principal descargo en la ciega obediencia, base de la milicia, que deben los subordinados á sus jefes reconocidos. Hizo ver lo vago, inconexo y contradictorio de los testigos en sus declaraciones respecto del acusado. Apoyó su inocencia en que todas sus operaciones fueron dictadas por los jefes de la Princesa, á quienes estaba obligado á obedecer. Enumeró alguna de las hazañas que le llenaron de gloria en la pasada guerra, y las penalidades, dolencias y heridas que recibió en el campo del honor, defendiendo el trono legítimo y las libertades de su patria; concluyendo de

esta manera: «En atencion á tan distinguidos servicios, y á que de los autos no resulta prueba alguna meritoria para la imposicion de la pena aflictiva de privacion de empleo y diez años de castillo que se proponen, ni otra alguna; á V. E. suplica se digne absolver á don Manuel Boria de una responsabilidad que otros han contraido, y de un castigo tan horrendo que equivale á una muerte civil.»

Siguióse el interrogatorio, á que asistió Boria con notable serenidad y despejo, dando sus descargos con precision y claridad, y sufriendo el careo con el sargento 2.° José Luis, que aseguró al verle ser el teniente que mandaba el fuego en la escalera de palacio la noche del 7, acabado el cual se retiró haciendo un profundo saludo al consejo.

Al parecer no debia en tal estado inspirar temor la vida del malogrado Boria. Como subordinado habia obedecido las órdenes de sus jefes; la práctica introducida era la de que en tales causas no se agravase la conclusion fiscal: los testigos que depusieron contra él no habian presentado en su acusacion la prueba clara como la luz que las leyes exigen para imponer la pena de muerte. Por otra parte, los recientes ejemplos de cómo se juzgan los delitos políticos en la culta Europa, y la juventud y méritos del acusado, eran otras tantas garantías de que no se habian de cerrar á la

clemencia los pechos de sus jueces, ó de que en todo caso se opondrian obstáculos á la sentencia en el tribunal supremo de Guerra y Marina, resto de aquel consejo antiguo y respetable que ajeno en lo posible á las pasiones humanas, y escudado en su rectitud y en su prestigio, oponia con entereza en otros tiempos un dique á las injusticias de los mismos soberanos. Pero la España estaba atravesando en aquellos dias uno de los períodos de conflicto que devoran de tiempo en tiempo á las naciones, precipitándolas por el camino de su degradacion y de su ruina. Las personas que entonces tenian el mando de nuestra patria no se supieron hacer superiores al agravio que recibian con la provocacion de octubre, y vieron impasibles la sangre jóven, ilustre y vencedora que corria abundante á impulso de su crueldad y de su venganza. El mismo hombre que debia su elevacion á la regencia del reino á una intriga apoyada en él, abusó de la fuerza militar, no acertó á desplegar en aquella ocasion una de las cualidades mas generosas que concede al hombre la Providencia; no acertó á rasgar la sentencia de muerte del jóven Boria, y estampó en ella su firma señalando una víctima mas á su ojeriza, una víctima destinada á ganar mas profundamente en los corazones españoles las muestras de su pasada ingratitud y de su barbarie presente.

El dia 26 de octubre agravó el consejo de guerra la pena pedida por el fiscal para Boria, condenando á éste á ser pasado por las armas, y á aquel á dos meses de arresto en el cuartel de Veteranos de la córte, *por haber disminuido por suavidad la fuerza de las leyes militares*. Boria tuvo conocimiento de todo en el momento; su elevado temple de alma le hizo superior desde un principio á los halagos de la esperanza, preservándole de este modo de las vacilaciones é inquietudes consiguientes á su situacion, que pudieran haber hecho enfermar su cerebro ó debilitado la natural fortaleza de su ánimo. «Bien, ya estoy sentenciado á muerte», esclamó sin perder su serenidad, sin alterarse su voz, y sin que su ademan reposado y tranquilo diese la menor muestra de desasosiego ó de disgusto. El mismo dia escribió dos cartas, una á su padre y otra á una amiga de su familia. La primera decia asi:

«Mi muy amado padre: Yo me hallo tranqui»lo; mi alma, acostumbrada á padecer, es ya in»capaz de ninguna sensacion. El primer dia que »estuve aqui deseaba ver á vd.; mas despues no, »porque supe el estado de abatimiento en que vd. »se encontraba: lo extrañé verdaderamente, por»que creí que estaba vd. dotado de un temple de »alma mas fuerte. Yo suplico á vd., querido pa»dre mio, procure hacerse superior á sí mismo,

»y se resigne para todo: lo último es morir; mas »vd. bien sabe que su hijo nunca ha sido cobar»de, y que por consiguiente su muerte será co»mo su vida.

»Por otra parte, el fin del hombre nunca es »cierto. Ademas, ¿podrá vd. persuadirse de que »quien mil veces despreció su vida pueda temer »perderla una? Vd., padre mio, que me distin»gue, puede conocer que no.

»Lo único que me afecta, vd., padre mio, lo »puede evitar: su tranquilidad de vd. Sepa yo que »vd. no se abate, y marcharé á la muerte como »marché á la gloria en las batallas; de lo con»trario mi afliccion me debilitará, y moriré como »un cobarde, como un reo, y yo no soy reo: »las páginas de mi vida militar y política no tie»nen ninguna mancha que empañe el brillo de »mi carrera y de mi deber, que he cumplido.

»Adios, padre mio querido; reencargo á vd. »grandeza de alma, pues su sentimiento de vd. »podria abatir el ánimo de su hijo.»

«MANUEL DE BORIA.»

La segunda carta era una cita de amor; nosotros lo traslucimos de los breves apuntes que hemos podido haber de aquel documento. Boria se habia enamorado de una jóven con toda la pasion de que era susceptible su alma ardiente, confia-

da y sincera, y queria en aquellos momentos solemnes rendir culto á su amor, verla á su lado, hablarla por la última vez. Al escribirla lo hacia riéndose de su propio infortunio, mofándose de la angustiosa situacion que con tanta fortaleza sobrellevaba.... «Este es el castigo, decia, que »impongo á vd. por no haberme favorecido con »su hechicera sociedad; mas si mis peticiones pa»recen á vd. exageradas, tome vd. el ejemplo de »los vocales de mi consejo, que bajan ó suben »que es una maravilla.»

Llegada la aprobacion de Espartero, se notificó el dia 8 de noviembre á Boria y al subteniente de su mismo cuerpo don José Gobernado, la sentencia de ser pasados por las armas á las dos de la tarde del dia inmediato. Boria en el momento mandó disponer una comida, á la cual convidó á varios amigos, á su compañero Gobernado y á los dos sacerdotes que les habian de asistir hasta su última hora. Cualquiera que hubiese presenciado aquel espléndido banquete, seguramente que no podria persuadirse de que Boria, el que con admirable estoicismo repartia finezas é improvisaba versos y chistes, como si se hallára en un convite de boda; el que tanta sangre habia derramado y tanto habia contribuido al engrandecimiento de sus verdugos, iba á dejar de existir al dia siguiente. En su rostro sereno y

animoso se leia su energía, la tranquilidad de su alma y la conviccion de su inocencia. Entró á visitarle un capitan de la Princesa, y le dijo: «Vd. marcha á unirse á nuestro cuerpo; pues bien, diga vd. en mi nombre á mis compañeros que me hallo muy tranquilo; que mi conciencia de nada me remuerde; que mi honor se halla puro, y que mañana moriré digno del regimiento á que pertenecia, con valor.» De los postres mandó algunos á su familia y á varios de sus amigos.

Despues que marcharon sus convidados quedó hablando, sin que decayera la habitual entereza de su ánimo, con su sacerdote y con dos amigos que no se separaron de él hasta el fatal momento. A la hora que tenia de costumbre se acostó, quedándose dormido hasta las dos en que pidió un cigarro; despues de fumarle recobró de nuevo el sueño, hasta que á las siete le despertó el sacerdote para confesarle. Su frente estaba tranquila, su vista despejada, apacible su semblante. Recordó á su familia con el mas vivo interés al pensar en la amargura en que estaria sumida en aquellos momentos, y mostró abrigar algun recelo de que sufriera persecuciones por su causa. Alzó la vista y púsose á observar un momento la claridad del cielo, sin que se apoderase de su espíritu ó al menos vertiese ninguna idea melancólica y lúgubre, como acontece á

los hombres de imaginacion cual Boria, sentenciados á muerte, al contemplar en su último dia la luz del sol que los ha de alumbrar hasta el suplicio. Pidió su ropa y se vistió por la última vez, ordenando las cruces de la casaca, y no sin mostrar algun descontento porque el pantalon que le habian dado quedaba con algunas arrugas. Despues dijo unos versos muy cadenciosos y sentidos que acababa de componer, análogos á su situacion, y en que se vertian varias ideas religiosas, y escribió la siguiente carta y otras:

Capilla 9 de noviembre.

«Querido hermano mio: Te escribo únicamen»te para decirte *¡Adios!* pues hacer otros comen»tarios seria afligirnos: siempre he cumplido con »mi deber, y basta: dentro de media hora ya no »respiraré; pero quédete la satisfaccion de que »ningun borron ha ofuscado la conducta de tu »hermano Manuel.

»A nuestro padre no quiero escribirle, por»que nada tengo que añadir á cuanto le dije en »mi anterior; dile *¡Adios!* como á mi hermano Pe»pe; cuídalos mucho como á mis hermanas, y »hasta la eternidad.»

«Manuel de Boria.»

P. D. «Mi ensangrentada casaca te la doy para

»tí; pero no te la entregarán hasta que pase mu»cho tiempo. ¡Valor!»

«MANUEL.»

Concluida llamó á su asistente y le dijo: «Conozco que siempre me has querido, y por lo mismo te voy á hacer un encargo del mayor interés para mí, y que tú desempeñarás mejor que nadie. No dudo que te será penoso, mas es preciso; lo deseo, y en cumplirlo me darás la mejor y última prueba de tu fidelidad; fidelidad que solo puedo recompensar con este cariñoso abrazo.....» Y le abrazó arrancando copiosas lágrimas al afligido y leal soldado. «Llevo, prosiguió, un medalloncito prendido en un cordon debajo de la camisa, cuya memoria ni aun en el sepulcro deseo separar de mí; por lo mismo quiero que en la herida que me abran las balas mas inmediata al corazon me lo introduzcas: aprieta bien (riendo), seguro de que no me quejaré. Esto es lo último que te mando, y descanso en tí.» Y volviéndose con aire festivo á sus amigos al entregarle al asistente, les dijo: «Señores, no quiero que ningun profano le empañe con su aliento.» ¡Así jugaba con la muerte!

Pidió para almorzar merluza frita, y comió bastante, advirtiendo que estaba sosa; se probó, y lo estaba en efecto. Al ponerse los guantes en-

contró bastante dificultad por ser nuevos y estrechos, y recitó los versos de «Guante estrecho es de rigor» (1): observando que sus amigos se hallaban en el estado mas angustioso de tristeza, y que éste iba aumentando segun las horas avanzaban: «Amigos mios, les dijo: veo que sufrís, teneis el rostro afeminado; de nada sirve que no noteis en mí abatimiento alguno; sentís mi pérdida, y os lo agradezco; me habeis acompañado en mis últimas horas; necesitais descansar, pues no habeis dormido en toda la noche; yo tambien lo voy á hacer; pero mi sueño no será ya de nadie interrumpido. Ea, separémonos; tomad estas memorias mias, y consolaos..... ¡llorais!.... ¡ah, mis buenos amigos! Ya no os recitaré, como en otros tiempos mis versos, es verdad; tampoco tendremos rivalidades ni contiendas de amores. Marchad, pues, marchad: van á venir á buscarme; ya se aproxima la hora, y si estais aqui cuando lleguen tendreis mayor pesar. Ademas, tengo que hablar con el padre capellan que me hace señas. «Sí, padre, me quedo con vd. solo; todo cuanto vd. quiera.» Despues de decir Boria estas mismas palabras, dió el último abrazo á sus amigos; y quedándose solo con su sacerdote le condujo por

(1) De la comedia de don Manuel Breton de los Herreros, titulada *El pelo de la Dehesa*.

la mano ante un crucifijo, se arrodilló con él, hizo su última confesion, y recitó á la imágen una composicion poética de que apenas se conservan mas que estos cuatro versos:

«Invocado el auxilio soberano
»Emprendo confiado mi camino;
»Conducidme, Señor, por vuestra mano
»Cerca de vos en mi final destino.»

Ya se aproximaba la hora señalada; y Boria, aunque consagrado en momentos tan solemnes á las prácticas de la religion, no dejó olvidar las últimas promesas que habia hecho. Cogió la pluma y escribió con la mayor celeridad estos renglones entregándoselos al confesor:

Capilla 9 de noviembre.

«La casaca que llevo puesta la recogerá el pa»dre capellan, para que cuando lo crea oportuno, »cuando conozca que causará menos pena, se la »entregue á mi hermano Antonio de Boria. Esta »es mi voluntad.» «MANUEL DE BORIA.»

Despues, y cuando ya iba á salir de la capilla, puesto de nuevo delante del crucifijo con su sacerdote, improvisó la siguiente bellísima octava, llena de uncion religiosa y de cierto sabor bíblico, en la cual se demuestra la alta idea de Dios que habia acertado á concebir aquella alma noble, inocente y resignada, mártir de la revolucion española.

«El Altísimo Dios asi lo ordena ;
»Da la vida á los hombres y la quita ;
»Levanta la borrasca y la serena ;
»Hace nacer la flor y la marchita ;
»Ya descarga su ira , ya la enfrena....
»¡ Su eterna voluntad sea bendita !
»¡ El cielo , el mar , la tierra con respeto
»Esperan la señal de su decreto !»

Dada la hora fatal , salieron de la capilla los animosos jóvenes Boria y Gobernado, emprendiendo su marcha en coche , ambos con semblante sereno , con la vista tranquila y despejada, sin perder el color natural manifestando una completa indiferencia hácia la muerte , y dejando asomar mas de una vez la sonrisa á sus labios. El primero saludaba con el mayor agasajo , desde su salida del cuartel de Guardias , á cuantos conocidos veía al paso , y mas bien parecia marchar á ser coronado en triunfo , que á recibir la muerte de manos de los hijos de su misma patria. Llegados al campo de Guardias , bajaron ambos con soltura y serenidad del coche ; el defensor de Boria quiso darle el abrazo de despedida ; mas éste le dijo que aun no era tiempo , y se dirigió sin detencion con paso **sereno** al cuadro formado por la tropa. Entonces se leyó á ambos la sentencia bajo la bandera del batallon de la milicia que concurrió á aquel acto : Boria cruzó los brazos , mostrando oir con la mayor indiferencia y aun con desden las pala-

bras que en alta voz se les decian. Al acabar se abrazaron estrechamente los dos infortunados jóvenes; despues pidió Boria permiso para hablar, y habiéndosele concedido subió á un pequeño ribazo, desde el cual dijo con enérgica, sonora é nteligible voz: «Señores, las charreteras que llevo sobre mis hombros las he adquirido á costa de mi sangre. En cuantas acciones me he encontrado en todas me he conducido como militar pundonoroso: si no he hecho mas, no ha sido por falta de valor ni de voluntad, sino porque no he hallado otras ocasiones en que servir á mi patria. Muero, pues, tranquilo, al considerarme inocente por el testimonio de mi conciencia.» Hecho esto, dió dos entusiastas «*¡vivas!*» á la reina doña Isabel II y á la libertad, que fueron contestados unánimemente por la concurrencia, que presenciaba tan desastroso espectáculo: y se despidió con mirada tranquila y risueña y reposado continente de todos, diciendo: «¡HASTA LA ETERNIDAD!»

Pidió finalmente permiso á la autoridad y á su compañero Gobernado para mandar ambos piquetes; y habiéndosele concedido, sacó á un cabo dos pasos, y sobre él alineó luego la tropa con la mayor minuciosidad, y corrigiéndola con la misma entereza de carácter que si se hubiese hallado en campaña ó en ejercicios con soldados de su compañía. Llevaba el chacó de gala prestado, por haber perdido el suyo en el monte del Pardo la madru-

gada del 8 de octubre, y deseoso de que no se le deteriorase, se le dió al capellan para que se le devolviera á su dueño. Advirtió á los soldados que la voz de *fuego* seria para los dos piquetes; y colocado en su puesto, lo mismo que su compañero Gobernado, ambos con la mayor tranquilidad y sangre fria, dió las voces de *preparen* y *apunten*, se desabrochó el uniforme, presentando al frente su pecho descubierto, y dijo: «*¡fuego!*» con entonacion tan enérgica y vigorosa que la percibieron cuantos se hallaban presenciando la catástrofe; Boria dejó de existir en el instante mismo que salió la descarga; no asi Gobernado, á quien un cabo de la escolta tuvo que dirigir otro tiro á la cabeza para que acabase de espirar. Así cesó la vida de estos dos valerosos é infortunados militares.

Boria no tenia aun 23 años; su alma grande, que jamás habia temblado en los peligros ni en las desgracias, tampoco se abatió ante el espectáculo de la muerte cierta que le alcanzó en el suplicio, y de que él supo burlarse considerándola como un martirio honroso. Su genio le habia hecho siempre superior á todas las contrariedades de la vida, y le elevó en sus últimos momentos sobre la muerte misma. Sus padres perdieron un hijo querido, sus hermanas un apoyo, y la patria un jóven valiente y entusiasta, que apenas tuvo tiempo de desarrollar en su corta vida los gérmenes de virtudes heróicas que abrigaba su corazon magnánimo.

CHATEAUBRIAND.

Rugía en toda su furia el huracan de la revolucion de Francia, y como rebaño sin pastor vagaba errante su pueblo al borde de un abismo, cuando la Providencia hizo que surgieran del caos de tan contínuos desastres dos poderosos y sublimes genios, para que hubiesen término aquellas terribles horas de esterminio. Armado el uno de invencible acero iba á reconquistar el derecho por la fuerza, y á echar los cimientos de un edificio nuevo sobre los escombros de un monumento derruido: mensagero el otro de paz, de fé y de poesía, disuelto todo vínculo moral, y marchito el sentimiento de lo bello por el contacto impuro de la incredu-

lidad y del egoismo, traia el ramo de oliva, como la paloma despues del diluvio, y se aprestaba á enlazar otra vez la rota cadena de las tradiciones religiosas y literarias. Debe Francia al primero su vida social y política: merced al segundo posee la vida del corazon y los delicados goces del alma. Napoleon y Chateaubriand habian visto la luz del mundo en el mismo año: cruzáronse en su camino tan ilustres personajes: hubo entre ellos choques y desavenencias, y por último ambos se hicieron mútua justicia. Admiramos como el que mas la heróica vida del guerrero de las pirámides: con todo nuestra inclinacion nos hace ver mas encantos y grandeza mas sólida en la vida del cantor de Eudoxio y Cimodocea; y nos decidimos á trazar de ella un bosquejo tan acabado como nos lo permita nuestra pobre pluma.

Francisco Augusto de Chateaubriand nació en Saint Malo de una de las mas antiguas é ilustres familias de Bretaña, el dia 4 de octubre de 1769. Pasó los primeros años de su infancia en el castillo de Combourg, en cuyo centro se advertia la misma severidad, la propia rigidez que concebimos si nos trasladamos mentalmente á los sombríos tiempos de la edad media y á una de las moradas de las nobles familias que los ilustráran con sus nombres y con sus hechos. Austéro, impasible y orgulloso el padre de Chateaubriand poseia

una voluntad de hierro y un corazon helado como los páramos de la Siberia: asi en el fondo del hogar doméstico crecia como en la inmensidad de las soledades el insigne poeta que habia de ser mas tarde asombro de sus contemporáneos por la variedad de su instruccion, la grandeza de su génio, y el inestimable mérito de sus escritos. Recreábanle en su triste retiro las caricias de una hermana, á quien profesaba entrañable cariño, y cuya candidez y afabilidad derramáran sobre la uniformidad de sus dias solitarios ciertas tintas de melancólica dulzura, de gracia y de terneza. Y allí desde lo alto de la torre donde el niño Chateaubriand tenia su lecho, ya se deleitaban sus ojos con los centelleantes fulgores de las estrellas, y vibraba plácido en su oido el suave murmullo de las brisas, y venian á arrullar sus dorados sueños los mugidos de las olas al estrellarse en la playa, y se abria su corazon á las armoniosas sensaciones de una naturaleza salvaje. Cuanto aparecia en torno suyo comunicaba grande impulso al raudo vuelo de su fantasía, para sumergirle despues en el santo delirio de meditacion profunda. Allí comenzaba el estudio del poeta: allí iban adquiriendo animacion y vida los instintos del viajero. Destinábale su padre á la marina; su madre procuraba inspirarle vocacion á la carrera eclesiástica: para complacerla empezó sus estudios en el colegio de Dol, terminándolos en Rennes. A los

veinte años habia entrado nuestro jóven en el azaroso periodo de los dolores íntimos, de los deseos indeterminados, de las agitaciones vagas. Se estremece considerando la estrechez de la vida eclesiástica que ha de profesar bien pronto, y abriga por un momento en su cabeza la idea de suicidarse: se apresta algunos dias despues á embarcarse para las Indias: no lo efectúa; y por último se presenta en París con un despacho de subteniente de infantería del regimiento de Navarra. A la influencia de sus deudos debe los honores de la córte y la distincion de subir en las carrozas reales, despues de obtener, por uno de los infinitos abusos de la época, el grado de capitan de caballería.

Chateaubriand ha enriquecido sus obras con algunos trozos de *sus memorias de allende la tumba*; tesoro que aguarda el orbe literario y sobre el cual derramará copiosas lágrimas: su aparicion ha de coincidir con el fúnebre clamoreo de la campana que anuncie la muerte de uno de los dos grandes poetas del siglo. En un párrafo de esas memorias nos refiere como se inauguró por aquella época en la carrera literaria el que hoy figura como uno de sus primeros adalides: narrarémos este suceso con sus propias espresiones.

«Me pregutarán acaso; y en qué paró la historia de vuestra presentacion en la corte?—En nada —¿No cazasteis con el rey despues de subir en las

carrozas?—Ni mas ni menos que con el emperador de la China—¿No volvísteis mas á la corte?—Fuí dos veces hasta Sevres y regresé á París—¿No sacásteis ningun partido de vuestra posicion ni de la de vuestro hermano?—Ninguno—,¿Qué haciais pues?—Hastiarme.—¿Con que segun eso no agitaba vuestro pecho ambicion alguna?—Si por cierto: á fuerza de intrigas y desvelos y merced á la proteccion de Delisle de Sales, alcancé la gloria de que me insertasen en el *Almenaque de las Musas* un idilio titulado, *El amor del Campo*, cuyo aparicion me hizo fluctuar angustioso entre el temor y la esperanza.»

Empezaba entonces á desbordarse el torrente revolucionario: la nobleza en vez de seguir su curso ó de openerle robusto dique, abandonaba la Francia: habiendose sublevado á fines de 1790 el regimiento en que Chateaubriand servia, se creyó relevado de todo compromiso: la revolucion caminaba á paso de gigante: era adicto á los principios en ella proclamados; pero aborrecia las violencias que las deshonraban. Resolvió pues dejar tambien la Francia, no en clase de emigrado, sino como esplorador y viajero. Intentaba descubrir el paso á las Indias por el noroeste de América, decidido, segun sus palabras, á *encaminarse recto al polo como se vá desde Paris a Saint Cloud*. Animado de esta esclusiva idea se embarcó en Saint Maló á fines de

abril de 1791 y despues de residir algunos dias en las Azores, arribó á Filadelfia y pisó el modesto umbral del insigne Washington, del Cincinato de nuestros dias. Chateanbriand le dá cuenta de su proyecto: Washington lo oye con asombro y habla de las dificultades de la empresa; mas el viajero le responde con prontitud; *menos difícil es descubrir el paso del polo que crear un pueblo como vos lo habeis hecho.—Bien, bien, joven*, repuso el héroe tendiéndole la mano. A propósito de esta entrevista, dice Chateaubriand en su *viaje á América*: « *Washington descendió á la tumba antes de que mi nombre empezase á hacer algun ruido: pasé delante de sus ojos como el ser mas desconocido del mundo: él estaba en todo su apogeo, yo en toda mi oscuridad. Acaso mi nombre no permaneció un dia entero gravado en su memoria: me considero no obstante dichoso por que fijó en mi sus miradas; nunca se há apartado de mi mente tan halagadora idea, pues entiendo que hay mucha virtud en las miradas de un grande hombre*» Despues de sentarse á su mesa se despidió de Washington para proseguir su viaje: surca lagos, atraviesa rios; saluda la pasmosa catarata del Niagara: se engolfa en la inmensidad de bosques, antiguos como el mundo, y tales como salieron de manos del Artífice supremo: allí penetra la luz á traves del follaje y derrama entre sus sombras un cambiante y movible claro-oscuro que comunica á todos los

objetos fantástica grandeza: allí estorban el paso árboles caidos, y sobre ellos se alzan otras generaciones de árboles: descuellan algunas aisladas rocas sobre aquel mar de verdura, como escollos sobre la superficie de las aguas; y en el silencio de las calmas parece como si cayera un diluvio de fuego sin viento y sin lluvia, y se vé la naturaleza como á la luz de un incendio. Chateaubriand recorre estasiado aquellas vastas soledades, y en su recinto brotan de la gigantesca fantasía del poeta *Renéy los Natchez y la Atala*, esos maravillosos escritos nunca bastante ensalzados, que engendran y robustecen á un mismo tiempo la fama del hombre que tuvo la fortuna de concebir tan portentosas creaciones.

En tanto un suceso imprevisto viene á arrancarle súbito de aquel pais adecuado á sus gustos, mansion de sus delicias, manantial de sus inspiraciones y alcázar de sus futuras glorias. Abunda la vida de Chateaubriand en rasgos caballerescos, en nobles y atrevidas empresas, en situaciones difíciles é interesantes: la vida de Chateaubriand es un poema. Fatigado de vagar de selva en selva, descubre cierta tarde al márgen de un arroyo una pobre choza construida con troncos de árboles: demanda hospitalidad y se la conceden de buen grado: mientras la dueña de la estancia prepara la cena, por la mayor de todas las casualidades cáe en manos de

Chateaubriand un periódico inglés y se entretiene en hojearlo á la luz de una hoguera: *Fuga del rey* dice el epígrafe de uno de sus párrafos, y es la narracion de la fuga de Luis XVI, de su arresto en Varennes, de los progresos de la emigracion y de la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes. Chateaubriand cree oir la voz del honor, abandona sus primitivos planes, y trueca el báculo de viajero por el militar atavio. Un furioso temporal le arroja en diez y nueve dias á las costas de Francia, desembarca en el Havre, emigra con su hermano, y en recompensa de su decidida adhesion á los príncipes; adhesion que le trae del continente americano para triunfar ó morir por su causa, solo á fuerza de empeños consigue alistarse en el ejército, llegando casi hasta el punto de batirse por tener la honra de llevar á la espalda una mochila. Hace la campaña de 1792 en clase de soldado distinguido, con un fusil sin gatillo: recibe una herida en el muslo en el sitio de Thionville, y en la retirada sufre la disenteria, conocida á la sazon con el nombre de *enfermedad de los Prusianos*, complicándose estos males con unas terribles viruelas. Creyéndole muerto le abandonan en una zanja; mas como aun diese algunas señales de vida, le socorren varias gentes del príncipe de Ligne y le meten en un carro del bagaje hasta ponerle dentro de las murallas de Namur. Atraviesa la poblacion ar-

rastrandose de puerta en puerta; y en otros carros le conducen á Bruselas, donde nadie se atreve á curarle su herida del muslo por el doble contagio de sus enfermedades. A pesar de su deplorable estado resuelve pasar á Jersey para unirse con los realistas de la Bretaña. Con un poco de dinero que adquiere prestado, satisface la travesía á Ostende: allí encuentra á muchos de sus compatriotas y compañeros de armas animados de sus mismos deseos, y fletan una barca para trasladarse á Jersey. El mal tiempo, la falta de aire y de espacio, y lo rudo del balance acaban de agotar sus fuerzas: el viento y la marea obligan al piloto á buscar un asilo en Guernesey; y como Chateaubriand se hallase próximo á espirar, le sacan á tierra y arrimándole á una tapia le colocan de cara al sol para que entre sus rayos exhale el postrimer aliento. Acierta á pasar por allí la mujer de un marinero, y con el auxilio de su marido y otros camaradas se vé trasladado Chateaubriand á un mullido lecho. Vuelve á hacerse á la vela al siguiente dia en la barca de Ostende: al echar el ancla en el puerto de Jersey le abruma delirante fiebre: acógele su tio el conde de Bedeé y allí fluctua por espacio de muchos meses entre la muerte y la vida.

En la primavera de 1793 creyéndose con bastante firmeza para volver á empuñar las armas pasa Chateaubriand á Inglaterra con el fin de informarse

de la direccion de los príncipes; mas su salud en vez de restablecerse continúa declinando. Segun el dictamen de hábiles facultativos se arrastraria asi algunos meses, tal vez uno ó dos años: debia pues renunciar á toda fatiga, sin que por eso hubiese de prolongar mucho su existencia. Aquí se desarrolla ante sus ojos un sombrío cuadro de escaseces y dolores. Reducido á una miserable boardilla, sin recursos, sin amigos, deshauciado por los médicos, y en la necesidad de ganarse el sustento con el sudor de su frente, traduce para algunos libreros, dá lecciones de francés, y como por via de recreo á sus afanes, consagra las noches á la composicion de una obra, cuyo vasto plan anuncia colosal fuerza de talento. Aludimos al *Ensayo histórico, político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas*, para el que invirtiera dos largos años de estudios desde 1794 hasta 1797, año de su publicacion en Londres. El objeto de este libro es demostrar que *nada hay nuevo debajo del sol, y que en las revoluciones antiguas y modernas se encuentran los personajes y los principales rasgos de la revolucion francesa*. Semejante idea llevada al estremo produce numerosas comparaciones unas veces exactas, ridículas otras, siempre curiosas y eruditas. Su autor califica el conjunto de la obra de «un verdadero cáos «donde se vén en confusion Jacobinos y Espartanos, «la Marsellesa y los cantos de Tyrteo, el periplo

«de Hannon y un viaje á las Azores, el elogio de «Jesucristo y la crítica de los frailes, los versos «dorados de Pitágoras, y las fábulas de M. de Ni- «vernois, Luis XVI, Agis y Cárlos primero, pa- «seos solitarios, perspectivas de la naturaleza, in- «fortunio, melancolía, suicidio, política, Robes- «pierre, la Convencion, y disertaciones sobre Zenon, «Epicuro y Aristóteles.» «Pero tambien se vé, añade, á un jóven exaltado, mas bien que abatido por el infortunio, y cuyo corazon pertenece entero á su rey, á su honor y á su patria.» Ese juicio en nuestro sentir es harto severo. No cabe duda en que las páginas de esa obra respiran amargura, misantropía, escepticismo, y hasta incredulidad á veces.» Algo se ha de disimular no obstante, al escritor que cree tocar al término de su vida, y que no brindándolo la desnudez de su destierro otra mesa que la losa de su tumba, no puede pasear risueñas miradas por el mundo. Ademas aun no poseia el desvalido jóven esa fé ardorosa que alivia el peso del infortunio: la educacion cristiana que habia recibido echara en su corazon profundas raices; mas habian turbado su cabeza la lectura de varias obras y la asistencia á ciertas sociedades; se parecia á todos los hombres de su época. Sus mismas palabras nos inician en la transformacion súbita por la que se convirtió de filósofo en cristiano; es como sigue:

«Despues de haber sido encerrada mi madre á los setenta y dos años en lóbregos calabozos, espiró en la pobre estancia á que sus desdichas la habian reducido: la memoria de mis estravíos amargó horriblemente sus postreros dias. Ya moribunda recomendó á una de mis hermanas que me atrajese á la religion en que habia sido educado: cuando recibí al otro lado de los mares la carta de mi hermana, tambien esta habia exhalado el último suspiro de resultas de su encarcelamiento. Aquellas dos voces nacidas del sepulcro, aquel a muerte que servia de intérprete á otra muerte, vibraron sonoras en mi alma, y me hice cristiano: convengo en que no cedí á grandes luces sobrenaturales: del corazon brotó mi convencimiento: lloré y creí.»

En espiacion del *Ensayo sobre las revoluciones*, consagra Chateaubriand sus vigilias á escribir *el genio del Cristianismo*: termina su obra á tiempo que Napoleon abre en 1800 á los emigrados las puertas de Francia. Chateaubriand abandona á Londres: esa ciudad donde ha vivido entre dolores y miserias no volverá á verle sino despues de transcurridos veinte años: en ella se presentará colmado de honores y de glorias; y el brillante edificio Ponsomby en cuyo umbral se apoyará acaso moribundo el pobre y oscuro proscripto, se estremecerá al ruido de los espléndidos festines con que obsequie á la flor y nata de la aristocrácia inglesa el ilustre embaja-

dor de su magestad Cristianísima.

Al regresar á Francia Chateaubriand obtiene en compañía de M. de Fontanes el privilegio del *Mercurio*, en cuyas columnas se decide á publicar *la Atala*. Esa deliciosa flor del desierto, esa graciosa hija de las soledades, como la llama uno de los mejores biógrafos del esclarecido poeta, encanta desde luego á la antigua Europa, y logra un éxito prodigioso. Si en esa época es rica la historia de los hechos, la de las ideas no ofrece acontecimiento mas notable que la aparicion del *Genio del Cristianismo*. Libre Francia á la sazon del torbellino revolucionario, yacian confundidos todos los elementos sociales: la terrible mano que empezaba á separarlos aun no habia dado feliz remate á su obra: aun no habia nacido el órden público del seno del despotismo y de la gloria. Olvidado el culto, por tierra los altares, demolidos los templos, era una especie de recreo pasearse entre sus santas ruinas. Espuesto el cristianismo al escarnio y á la befa de los lectores en toda clase de escritos, se habia estinguido la antorcha de la fé en el fondo de los corazones: de la privacion de los consuelos religiosos en tan prolijos años de adversidades, provenia la ansiedad de esos mismos consuelos. Oprimidos los espíritus bajo el enorme peso de la duda, espantados del ateismo y de sus consecuencias, flotaban vacilantes en pos de un faro que guiase su

planta, de un puerto que les diese abrigo, y faro y puerto hallaron á la vez en el precioso libro del insigne varon que es objeto de estos apuntes. Su éxito fué superior á las mas lisongeras esperanzas: precipitábanse todos en la casa de Dios como se visita la casa del médico en un dia de epidemia: salvábanse al pie del ara como náufragos asidos á la roca donde aspiran á librarse del ímpetu de las olas. Chateaubriand hizo la apología de la religion cristiana hablando á los corazones de la existencia de Dios, del encanto y de la grandeza de los misterios, ofreciendo á la imaginacion y al espíritu el influjo del cristianismo sobre la poesía, las bellas artes, la elocuencia, la historia y la filosofía. Para describir las bellezas de este libro se necesitarian volúmenes enteros. Bonaparte deseaba entonces fundar su poderío sobre el primer cimiento de las sociedades: acababa de ponerse de acuerdo con la córte de Roma y no halló obstáculo alguno á la publicacion de una obra útil á la popularidad de sus designios. Se arrepintió mas tarde de su yerro, y en el momento de su caida confesó que *el Genio del cristianismo* habia sido la obra mas perjudicial á su mando. Sin embargo, amante de la gloria sintió natural simpatía hácia el nuevo Orfeo que con las mágicas pulsaciones de su lira, habia reedificado el edificio moral y religioso.

Chateaubriand dedicara su libro al primer cónsul: éste le tiende la mano, y á beneficio del esquisito tacto que le distinguia, le nombra primer secretario de embajada en la córte de Roma. No cabe duda en que el autor del Genio del Cristianismo debia hallarse en su elemento en la capital del mundo cristiano. Entre las ruinas de la ciudad eterna, bajo los pórticos del coliseo, sentado sobre los escombros del circo, regados con la sangre de los primeros fieles, concibe el plan de *los Mártires*. Desde entonces esperimenta vehementes deseos de visitar la Grecia, cuna de Roma pagana, y la Judea, cuna de la cristiana Roma, doble teatro en que debe agitarse la grande epopeya.

De regreso en París Chateaubriand es nombrado á poco ministro plenipotenciario en el Valais. Era la víspera del dia de siniestra memoria en que el duque de Enghien fué arcabuceado sin testigos, sin consuelo, en medio de su patria, en los fosos de Vincennes y á *dos pasos de la encina á cuya sombra San Luis administraba justicia á sus súbditos*. Aquella noche, cuando todos enmudecian llenos de estupor y de espanto, envia Chateaubriand su renuncia. Semejante protesta, tanto mas notable cuanto que era sola, escita el enojo de Bonaparte. Reprímelo no obstante, ya porque se arrepintiese del funesto fin de la víctima, ya porque comprendiera la nobleza de aquella censura solita-

ria: procura atraerse al tránsfuga nombrándole mas tarde sucesor de José Chenier en el 'nstituto. Todos conservan memoria en Francia del discurso leido por el agraciado: se redujo á una refutacion viva y elocuente de los principios políticos de Chenier y de la doctrina del regicidio: aquel documento, escrito en el instante en que acababa de correr sangre de reyes, cuando los jueces de Luis XVI ocupaban los primeros puestos del estado, separó para siempre á Chateaubriand y á Bonaparte.

Antes de este suceso ocurrido en 1811 se habia decidido el poeta á emprender su peregrinacion á los santos lugares. Sale de París el 13 de julio de 1806: vuelve á Italia: reside en Venecia: se lanza de nuevo á merced de los vientos y de las olas: dispierta los ecos de las ruinas de Esparta con el nombre de Leonidas: medita sobre el Agora de los atenienses: se detiene un instante en Constantinopla: pasa á Chipre y á Jaffa: cae de rodillas en el seno de la ciudad de las desolaciones: bebe las aguas del Jordan: al pié del Calvario recibe el diploma de caballero del santo sepulcro: se hace á la vela con rumbo á Egipto: cruza la ciudad de los Tholomeos: sube por el Nilo hasta el Cairo: contempla las pirámides: toma tierra en la cuarta parte del mundo: visita á Tunez y á Cartago: atraviesa el estrecho: remontándose á las esferas de lo pasado admira las grandezas de la imperial Sevilla: alaba

al Dios de los cristianos en el centro de la mezquita de Córdoba: recorre la fértil vega de Granada, los *cármenes* del Generalife, los encantados aposentos de la Alhambra; comprende todo el dolor que esperimentarian los moros al abandonar tan plácida morada; y en un delirio de amor y de infortunio brota en una lágrima *El último Abencerraje*, cual perla de espléndidos reflejos. Despues de recrear su imaginacion en los jardines de Aranjuez, en el monasterio del Escorial, en las fuentes de la Granja, en el pasmoso acueducto de Segovia y en la gótica catedral de Búrgos, vuelve á pisar el suelo de Francia el 5 de mayo de 1807. Retirado á su casa de campo, cerca de Aulnay, escribe su *itinerario de París á Jerusalem*, y solo con los apuntes de su viaje forma, segun la espresion de Lamartine, un magnífico poema; y por último coordinando toda la riqueza de sus pensamientos y de sus imágenes engendra *los Mártires*, obra en que todo es brillante, todo sublime. Pocas palabras diremos sobre libro tan selecto.

En el poema de Fenelon, Calipso y sus ninfas son airosas damas del siglo de Luis XIV: la isla de la diosa es un jardin de Versailles: Telémaco un duque de Borgoña: Mentor un arzobispo de Cambrai. En el poema de Chateaubriand se reflejan exactamente en los cuadros los lugares en que se supone la escena: el pensamiento y el estilo retra-

tan fielmente la época: puede calificarse no de una ficcion sorprendente, sino de una soberbia evocacion histórica. Como animados por la varilla de un mágico parece que vemos desfilar unos en pos de otros á los emperadores de la decadencia romana, á los altivos reyes de las hordas del norte, á las profetisas de las Galias, á las hermosas vírgenes de la Messenia, á los sofistas griegos, á los sacerdotes del paganismo, á los entusiastas confesores de la fe, todos con sus idénticos trajes, sus propias figuras y sus mismas ideas. Halla Victor Hugo que un templo gótico es un libro sublime: llama Goethe á la arquitectura música solidificada: de *los Mártires* puede decirse que son un monumento de los tiempos antiguos, exhumado en toda su frescura, como Herculano y Pompeya, de los abismos de lo pasado.

Mientras el poeta se abandonaba así á los encantos de su deliciosa musa, avanzaba la historia en torno suyo á gigantescos pasos. Los sucesos de 1814 amenazaban de cerca á la nacion francesa, y alejándose Chateaubriand de su retiro ameno vá á mezclarse en el comun conflicto.

Al bosquejar esta parte de su biografía es forzoso variar de rumbo, y seguirle por la senda mas árida y para él menos gloriosa de la política. Se inaugura en ella Chateaubriand con el folleto titulado *Bonaparte y los Borbones*: Luis XVIII se complacia en decir que le habia valido un ejército: en

buena crítica debe calificarse como un desvario del genio. Chateaubriand supo esplotar la efervescencia de los ánimos y el encono de las pasiones, conjuradas contra el capitan del siglo, y trazó un cuadro informe en que sus defectos se hallaban en relieve y sumidas en las sombras sus eminentes cualidades. Mas tarde, en 1827, la libertad le consintió rendir tributo de admiracion á la gloria en el bosquejo entre Washington y Bonaparte. Pretende Chateaubriand que *hay grande semejanza entre los dos retratos que en el transcurso de trece años hizo del cautivo de Santa Elena:* á esta observacion añade: *el uno está modelado en la vida: el otro calcado en la muerte; y la muerte es mas verdadera que la vida.* En ambos escritos ha reunido cuanto puede decirse en pró y en contra de aquel á quien llamaron los pueblos un *azote.* Y adoptando esta espresion el sublime poeta, dice para ensalzar al que fué su antagonista: *Los azotes de Dios siempre conservan algo de la eternidad y de la grandeza de esa cólera divina* de que son emanaciones; *Ossa arida.... dabo vobis spiritum et vivetis.* Tambien Napoleon se reconcilió con Chateaubriand, pues habiendo caido en sus manos un artículo en que hablaba de su fuerza: le dijo al conde de Montholon entre otras cosas: *Chateaubriand ha recibido de Dios el fuego sagrado: su estilo no es el de Racine, es el del profeta. Nadie sino él hubiera podido decir impunemente en la*

cámara de los Pares que la levita cenicienta y el sombrerillo de Napoleon, colocados en la punta de un palo en la costa de Brest, harian correr á la Europa á las armas. Napoleon no habia retenido bien en su memoria el pasaje á que aludia: *Chateaubriand* espresó un pensamiento mas grande y en el que concebia mas alta idea de la magestad y poderío del ilustre guerrero. «*Lanzado, dijo, en medio de los mares donde Camoens colocó el genio de las tormentas, Bonaparte no puede moverse sobre su roca sin que percibamos su movimiento por una sacudida. Un paso de ese hombre en el otro polo lo sentiriamos en este. Si la Providencia desencadenase todavia á ese terrible azote: si Bonaparte respirase libre en los Estados Unidos, sus miradas fijas en el Océano bastarian para turbar á los pueblos del antiguo mundo: solo su presencia en la ribera americana del Atlántico, obligaria á Europa á levantar su campamento en la opuesta orilla.*»

De buen grado nos hemos detenido en estos pormenores, referentes á las dos notabilidades, que en nuestra época se hallan á la cabeza de las armas y de las letras: por otra parte necesario era apuntar el desenlace de la idea que emitimos en el preámbulo de esta biografía.

Chateaubriand permaneció en Gante con Luis XVIII durante los cien dias en calidad de consejero de estado. Allí redactó su *Memoria sobre el esta-*

do de la Francia, en la cual habia menos exactitud que poesía. Despues de la jornada de Waterlóo rehusa formar parte del ministerio Fouché; y desde entonces comienza á desarrollarse su importancia política como individuo de la cámara de los Pares y sobre todo como publicista.

Disputábanse á la sazon el terreno tres partidos: preferian los realistas el rey á la carta: preferian los liberales la carta al rey, y los moderados eran adictos al uno y á la otra. Chateaubriand se adheria á los últimos por conviccion, instinto y simpatía; mas arrastrado por su odio al régimen imperial, por la virulencia de sus recientes escritos, y tal vez por simpatías personales se halló alistado entre los mas furibundos partidarios del altar y del trono. Sin embargo en su vida política han resplandecido como dos fúlgidas antorchas dos grandes principios, que le han granjeado una popularidad imperecedera. Siempre ha defendido con la palabra y con la pluma la integridad del gobierno representativo y la libertad de imprenta. Se impuso la árdua tarea de educar constitucionalmente á los hombres de la emigracion interesándolos en defensa de la carta: aparentaron los discípulos ceder al convencimiento; y solo el maestro procedia de buena fé como lo prueban los sucesos posteriores.

Por desgracia Chateaubriand hizo muchas concesiones con la esperanza de obtenerlas tambien de

los que se mostraban decididos adversarios de las instituciones nuevas: de aquí el cúmulo de inconsecuencias con que despues se le ha acriminado: de aquí el apoyo que prestó en nombre de las libertades públicas á aquella cámara reaccionaria de 1815, enemiga de todas las libertades; de aquí en fin ese singular mosaico de doctrinas constitucionales y de sistemas decrépitos, que se descubre en su obra de *La Monarquía segun la carta*. Una vez empeñada la lucha, Chateaubriand la sostiene con nervioso estilo: en sus manos se convierte la prensa en un arma irresistible; y el ministerio Decazes se bambolea con los rudos golpes que *El Conservador* le dirige. El asesinato del duque de Berry ocasiona al fin su caida. En el instante en que un diputado acababa de acusar al ministro desde la tribuna de complicidad en el crímen, Chateaubriand arrebatado por el ardor de su polémica se abandonó hasta el punto de estampar la famosa frase: *En la sangre resbaló su planta*. Y esto no se lo perdonó á Decazes su regio amigo.

Transmitido el poder á manos de los reaccionarios se restableció la censura, y la libertad individual quedó suspendida. Algo tarde vuelve á manifestar Chateaubriand su repugnancia instintiva, y niega su voto á sus peligrosos amigos. Al encargarse de los negocios el ministerio Villele recibe Chateaubriand sus credenciales para representar á

la Francia en Berlin y despues en Londres. En setiembre de 1822 cruza los Alpes para asistir al *Congreso de Verona*.

Por no menguar en lo mas mínimo la brillantez de la hermosa figura, cuyo contorno perfilamos, preferimos pasar por alto un suceso lamentable para España y en que figura Chateaubriand como principal personaje: uno de los motivos en que se fundaba su encono hácia Napoleon, era su injusta agresion en España: no calculamos que la invasion de 1823, invasion que tan fatales consecuencias nos trajo, tuviera mas visos de justicia. No obstante el que en 1809 admiraba los esfuerzos de los españoles y el heroismo de la inmortal Zaragoza, era ministro de negocios estranjeros, cuando el duque de Angulema descendió al Pirineo á la cabeza de cien mil combatientes para hollar nuestra independencia y arrancarnos nuestras libertades. Ocho meses despues el hombre á quien la restauracion se lo debia todo, fué arrojado de las Tullerías *como un ayuda de cámara que hubiese robado el relój del monarca de encima de la chimenea*. Hubo desavenencias entre Chateaubriand y Villele: era popular el primero, no el segundo: los reyes estranjeros le enviaban al uno condecoraciones, el otro no recibia ninguna: aquel era tenaz y orgulloso como un hijo de Bretaña: este flexible y astuto como un hijo de Gascuña. Cha-

teaubriand sucumbió en la lucha: tan intensa como la injuria fué la venganza: armado de su pluma plantó su tienda en *el Diario de los Debates*. Nadie conocia mejor que el jefe de la falanje realista de 1818 la parte flaca de sus antiguos soldados: asi sacó á la luz pública sus proyectos de reduccion de rentas, censura, ley del sacrilegio, disolucion de la guardia nacional. En vano apeló Villele á todos los recursos de su ingenioso talento. Despues de tres años de encarnizada lucha cae precipitado de las alturas del ministerio por su formidable enemigo. No habia previsto Chateaubriand las consecuencias del combate. Al romper lanzas con un ministro de la Restauracion, hacia la guerra al hombre y no á la cosa; mas sucedió que la juventud ardiente confundió en su odio á la Restauracion y al hombre. Cuando era ministro Martignac fué Chateaubriand embajador de Francia en Roma: al advenimiento al poder de Polignac envió su dimision: entablada la lucha sabido es cómo terminó en el mes de julio de 1830.

Cuando Chateaubriand supo en Dieppe la promulgacion de las fatales ordenanzas de Cárlos X se apresuró á presentarse en la córte; ya era tarde. Al cruzar las barricadas para trasladarse á la cámara de los Pares, le conocen, le rodean, y aquellos mismos hombres que acababan de destronar á la primera rama de los Borbones llevan en triunfo

á su antiguo servidor, que iba á tentar por su causa el último esfuerzo.

Desde la revolucion de julio se ha consagrado Chateaubriand á la defensa de la dinastía destronada. Ha espiado su oposicion antigua con cárceles y procesos; y se ha visto al autor de los Mártires, arrancado de su poético santuario, para sentarse entre dos gendarmes en el banco de los tribunales de justicia. Pocos meses hace que emprendiera un viaje á Londres para rendir homenaje de veneracion y respeto al duque de Burdeos, en quien cifra sus esperanzas el bando legitimista.

Ademas de sus escritos de circunstancias ha publicado Chateaubriand los *Estudios históricos*, cuya introduccion es por sí sola una obra maestra de erudicion y de estilo, un *Bosquejo sobre la literatura inglesa*, una hermosa traduccion del *Paraiso perdido* de Milton; y *el Congreso de Verona*. Afecto á la literatura dramática habia concebido el plan de tres tragedias, una calcada en el molde de la tragedia griega, *Astianax*, debia servirle de asunto: otra sacada de la escritura, y esta ha visto la luz pública con el título de Moisés. *San Luis* debia dar asunto á la tragedia sacada de la historia moderna; mas no llegó á escribir de ella ni una sola línea.

Rodeado en el dia de un espeso velo de soledad y de silencio, modula el ilustre anciano su canto de cisne. Al borde del sepulcro acaba las memorias

de su vida: ruega á la muerte que espere mientra las termina, y la muerte espera por complacerle.

De 1814 á 1825 combate Chateaubriand por el pasado contra el porvenir: de 1825 á 1830 empuña la bandera del porvenir y huella con su planta lo pasado: desde 1830 ansía enlazar con el porvenir lo pasado, poniendo en armonía la legitimidad y la democrácia. Hombres como Chateaubriand son honra y prez del partido en que se inscriben; ó para hablar con mas propiedad, se elevan sobre la esfera de los partidos y son populares bajo todos los sistemas. Por lo demas el papel que ha repecsentado en la escena política ni aumenta, ni disminuye un solo quilate de la reputacion que ha sabido granjearse unas veces como historiador, otras como viajero, y siempre como príncipe de la poesía contemporánea.

LAFAYETTE.

El dia 18 de abril de 1777, salia del puerto de Pasajes una fragata con direccion á los Estados Unidos de América. Marchaba á bordo de ella un jóven francés, que venciendo mil obstáculos y contradicciones habia logrado por fin tripular aquella embarcacion á sus espensas, deseando participar de los combates, cuyo fragor estremecia los antiguos bosques de Pensilvania. En vano sus amigos, y hasta los mismos agentes de la nueva república habian tratado de apartarle de aquella empresa, justamente reputada por temeraria, mas el jóven aventurero fijo siempre en su idea, anhelaba por unir su nombre al de la independencia americana, cuyo éxito

incierto llamaba por entonces la atencion, no solo de la política europea, sino tambien de la curiosidad general.

Ese jóven tan arrojado era el marqués de Lafayette Gilberto de Moine, nacido el 1.° de setiembre de 1757 en Chavainiac, pequeña poblacion de la Auvernia, recibiendo su orígen de una de las mas ilustres familias de Bretaña. Desde muy tierna edad perdió todos sus parientes, casándose á la aun corta de 16 años con la señorita de Noailles, hija del duque de Agen, cuya alianza hubiera podido facilitarle una brillante perspectiva en la córte de Luis XVI.

¿Qué motivo podia obligar al jóven cortesano á despedirse de los salones de Versalles y dar un adios á su esposa, aun no transcurridos cuatro años de su enlace? ¿Qué razon tan poderosa le impulsaba á surcar las ondas en busca de riesgos que no afectaban ni á sus particulares intereses ni á los generales de su patria? Tales eran las razones que hacian se mirase como una calaverada lo que un éxito feliz calificó años despues de un heroismo. Las miras ó mas bien los presentimientos del marqués de Lafayette le llamaban á ser uno de los principales actores de los dos grandes dramas que se representaban en el mundo, la emancipacion de los Estados Unidos y la revolucion de Francia.

Apenas estalló la insurreccion americana cuando

Lafayette se sintió conmovido á favor de tan noble causa. El sabio Francklin enviado por los insurgentes para defender su causa en la córte de Francia, no pudo menos de admirarse al ver el entusiasmo del jóven Lafayette y su rectitud de ideas, y aunque su mútua amistad contribuyó no poco á la resolucion del marqués, con todo es preciso confesar que el distinguido americano no le ocultó en manera alguna los riesgos y percances de tan arriesgada empresa. Mas como nunca se apresura nadie á socorrer á los débiles, y se acababan de recibir fatales noticias del estado á que se hallaban reducidos los insurgentes, esto mismo fue lo que avivó los deseos de Lafayette, y equipando á su costa una fragata, desembarcó, despues de un felicísimo viaje el 11 de abril de 1777 en Georges-tow, presentándose inmediatamente en Filadelfia, y de allí al ejército en clase de voluntario y sin retribucion alguna; pero muy pronto el grado de mayor general fue el inmediato premio que el congreso, admirado de su valor y arrogancia, concedió á su defensor, con cuya representacion se halló en la batalla de Brandywine el 11 de setiembre de aquel año.

La vida de Lafayette es tan fecunda en hechos de la mayor trascendencia, que para dar á los que lo merecen el lugar correspondiente, nos vemos obligados á pasar ligeramente por las diversas ope-

raciones militares de sus campañas de América, hasta la última que apoyada por la cooperacion de la Francia, aseguró definitivamente la independencia de los Estados Unidos.

El ejército anglo-americano habia sufrido mucho algunos meses antes, y solo su entusiasmo, y una fé ardientísima en la justicia de su causa podian sostener su intrepidez. Deseoso Lafayette de hacerse digno del grado que se le habia conferido, voló á los combates haciéndose bien pronto notable por un valor superior á sus pocos años. Habiendo salido herido en la batalla que acabamos de apuntar de Brandywine, apenas se repuso algun tanto, cuando corrió á ponerse al frente de una division con la que batió un cuerpo de ingleses y heseses muy superior en número y esperiencia, y poco despues tuvo ocasion de distinguirse en la jornada de Moumout ganada por los americanos el 27 de julio de 1778, marchando al instante con su division á cubrir la retirada de Sullipan que se veia precisado á evacuar á Rhode-Island. Deseando el congreso darle una muestra del alto aprecio que hacia de su arrojo, determinó conferirle el mando en jefe. Su orgullo no le cegó á vista de tanto honor, y despues de agradecer el favor que se queria dispensarle, protestó que su ambicion se cifraba tan solo en servir á las órdenes de Washington.

En 1779 regresó Lafayette á París. La opinion

pública se habia ya modificado en Francia, respecto de los insurgentes americanos, y el gobierno lejos de mostrarse hostil los favorecia abiertamente, con el solo fin de suscitar embarazos á la Inglaterra. Lafayette fué recibido en París con entusiasmo, sus proezas ocuparon la atencion de los salones, y hasta la corte misma se le mostró propicia. Pero la obra de la emancipacion americana aun no estaba concluida, y Lafayette no la quiso dejar incompleta. Tan luego como se proporcionó los recursos que habia venido á buscar, regresó al teatro de sus proezas. La defensa del estado de Virginia, y la capitulacion de Yorck-town, en la que se ajó el orgullo del lord Cornuallis, despues de un ataque sangriento, fueron las inmediatas consecuencias de las acertadas disposiciones de Lafayette, quien puede decirse que fue el salvador de la América y el que aseguró su independencia.

Pero aun faltaban algunos restos del ejército inglés que combatir, y para poner término á tan sangrienta lucha los Estados determinaron hacer el último esfuerzo. Lafayette marchó nuevamente á Francia en busca de recursos de todo género, y su actividad se los proporcionó no pequeños. La España íntimamente aliada con la Francia, y apoyando su política contra la Inglaterra, como era consiguiente, debia contribuir al feliz éxito de la insurreccion americana, y el estandarte español habia

ya tremolado en algunos combates al lado del de la independencia. En Cádiz se hacia un apresto considerable con semejante objeto, y Lafayette venia á reforzarle con una division escogida, cuando, estando para darse á la vela, llegó la noticia del reconocimiento estipulado por la Inglaterra y garantido por las potencias mediadoras.

A pesar de eso determinóse Lafayette á hacer su cuarto viaje á los Estados Unidos, queriendo dejar afirmada su amistad con Washington y observar el desarrollo de aquel pais por cuya libertad tanto habia trabajado. Su entrada en New-Yorck fue una verdadera ovacion, y despues de conceder la república tanto á él como á su hijo los derechos de ciudadanía, con estension á todos sus descendientes, el estado de Virginia agradecido mas particularmente mandó su busto de mármol á París para colocarlo en la municipalidad, su amigo Franklin le regaló una rica espada adornada con figuras alegóricas, y finalmente al marcharse, una comision compuesta de un diputado por cada uno de los Estados de la Union, llevando al frente á su presidente Washington fueron á despedirle al mismo puerto deseándole, en nombre de la América independiente, un porvenir venturoso y una recompensa digna de sus eminentes y desinteresados servicios.

Los deseos de Lafayette al parecer estaban cumplidos, por una parte habia contribuido á la de-

fensa de una gloriosa causa coronada con un éxito feliz, por otra su nombre se habia hecho popular, y gozaba de lleno aquella aura lisonjera por la que se mostró siempre ávido.

En busca de nuevos aplausos viajó algun tiempo por Alemania y Prusia, haciendo orgullosa ostentacion de su uniforme americano, y mereciendo de los monarcas filósofos que ocupaban por entonces aquellos tronos, la mas benévola acogida; aun cuando no la prestasen igual á sus ideas estremadamente exageradas en punto de libertad.

De regreso á París donde principiaban á fermentar aquellas mismas ideas, fué nombrado individuo de la Asamblea de los Notables el 1787. En aquella ocasion podian considerarse en Lafayette dos hombres distintos, el americano hombre de teoría é ilusiones, y el noble francés, nombre de realidad, pero irresoluto, deseoso de reformas lentas y paulatinas; mas al mismo tiempo de ninguna manera decidido á la aplicacion de los sistemas republicanos que creia de buena fé, y que cual buen americano estaba obligado á profesar. Bajo este doble carácter veremos siempre á Lafayette fluctuando en medio del torbellino revolucionario, entre su corazon y su cabeza, entre el órden y la anarquía, en una palabra, entre la realidad desnuda de un trono, y la brillante teoría de una república. Así es que sus principales acciones, como hijas de

esa lucha interior, nunca podrán ser bien comprendidas, y todas ellas prestarán iguales armas á sus parciales y adversarios.

La nobleza de Auvernia envió á Lafayette como diputado suyo á la Asamblea Constituyente. Allí principió bien pronto á emitir sus ideas, proponiendo en una de sus primeras sesiones la famosa declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano, que él miraba como el programa de la libertad universal. En vano Mirabeau y Malonet combatieron enérgicamente aquel avanzado, á la par que algun tanto ridículo pensamiento; mas á pesar de sus reflexiones fué admitido como base y piedra angular del nuevo edificio político que se pensaba levantar.

Mientras que la asamblea se ocupaba en Versalles en definir los derechos del hombre, el pueblo de París prejuzgaba la cuestion arrasando la Bastilla, y la revolucion se consumaba de hecho y de derecho, en el momento en que el sistema antiguo fue enteramente abolido y la faz del reino de todo punto cambiada. La aristocrácia huia en todas direcciones al ver rotos sus vetustos y venerandos privilegios, mientras que uno de sus hijos victoreado por el pueblo era nombrado comandante general de la guardia nacional que se improvisó en pocos dias. Desde aquel punto el republicano del Norte, desertando su nombre de la bandera

de sus padres, le ligaba al de una revolucion harto diferente de aquella otra á la que habia consagrado las primicias de su espada.

Las ideas que por tanto tiempo abrigó Lafayette habian triunfado, y muy pronto habia de combatir por los instintos de su corazon haciendo frente á la anarquía en una poblacion de 700,000 almas, sin subsistencias ni moralidad, y entregada desde entonces á la mayor agitacion. No puede negarse que Lafayette colocado en puesto tan importante, prestó inmensos servicios á la tranquilidad pública, arrancando de manos de los infames sicarios no pocas víctimas que inocentes de los crímenes que se les imputaban, hubieran sucumbido bajo el puñal de los furiosos jacobinos, á no ser por su arrojo y ascendiente sobre esa turba de foragidos. Seria injusto rehusar á Lafayette el estraordinario mérito que contrajo en aquellos dias porque no era tan fácil como se piensa dirigir y contener á un pueblo donde fermentaban todas las pasiones, y en el que estaba amenazando la mas fiera tempestad. Bajo este aspecto la historia de aquella época le ha consagrado una de sus mas brillantes páginas. Mas su posicion era en estremo difícil, y en aquella lucha tan contínua la causa del órden, á la que representaba el comandante en jefe de la milicia ciudadana, debia de quedar no pocas veces vencida.

Entretanto algunas imprudencias de la Corte suscitaron las sangrientas escenas del 5 y 6 de octubre, durante las cuales la escoria de la guardia nacional de Paris conducida por el asesino Maillard obligó á Lafayette á marchar á Versalles. Los horribles acontecimientos de que fue teatro aquella regia morada pertenecen á la historia. La conducta de Lafayette en aquel trance queda tambien á merced de las diversas opiniones, y si realmente no fué culpable de ellos, lo fue, aunque indirectamente, por haberse dejado sorprender, cuando debia estar mas sobre aviso.

Asegurado Lafayette de la buena disposicion de las tropas y de la guardia cívica de París y Versalles acababa de retirarse á descansar, fiado en sus precauciones, cuando todas estas llegaron á ser inútiles. A pretesto de una reyerta entre un paisano y un guardia de corps, el populacho invadió á mano armada el régio alcazar, penetrando furioso hasta la cámara misma de las personas reales. Los guardias de corps que se hallaban de servicio fueron inhumanamente asesinados á presencia misma de las augustas personas, cuya existencia estuvo igualmente en inminente riesgo.

Mucho se ha murmurado de este descanso de Lafayette, y muy severos han sido los cargos que sobre él le han hecho sus contemporáneos, y que tal vez le hará la historia; pero son tambien mu-

chas las escusas que merece un hombre que llevaba ya tres dias de contínua agitacion. No nos toca á nosotros juzgarle ni tenemos á la vista cuantos datos son necesarios para calificar su conducta en aquella terrible noche; pero por lo mismo que son de tanta gravedad las acusaciones y que, á ser ciertas supondrian un grado de perversidad incompatible con los antecedentes y carácter de Lafayette, nuestro deber no solo como biógrafos sino como críticos es inclinarnos al lado de su inocencia que es hácia donde nos lleva nuestra conviccion.

Lafayette aunque tarde principió á desplegar toda su energía, y sin duda alguna la familia real le debió su salvacion. Maria Antonieta, que en algun tiempo le habia dado muestras de sensible aprecio, trocado poco despues en verdadero resentimiento, no pudo menos de agradecer tamaño servicio, y madama Isabel llegó hasta el punto de abrazarle llamándole su libertador, cuyo dictado mereció mas particularmente á la mañana siguiente durante el ignominioso tránsito, desde Versalles á París, en el que Lafayette mostró efectivamente un celo heróico á favor del monarca en proporcion que los facinerosos redoblaban los ultrajes y vituperios contra su persona.

De este modo el creador entusiasta de los derechos del hombre vió á la revolucion francesa traspasar en poco tiempo los límites que en su imagi-

nacion habia trazado, y envuelto en el torbellino, fue arrastrado por su fatal corriente sin poder ya contenerla, siendo á la vez un hombre débil que sucumbia á una prueba superior á su carácter, y un fiel súbdito dispuesto en todo tiempo á sacrificarse por su monarca como lo acreditó en aquel trance.

Cuando Luis XVI, arrancado por la fuerza del palacio de Versalles dejó en pos de sí los últimos recuerdos de la monarquía de Luis XIV, instalando su residencia en las Tullerías, bajo la inmediata salvaguardia de la milicia nacional y su jefe, se vió este bien pronto colocado en una posicion embarazosa. Por una parte el monarca habia vuelto á mirarle con desconfianza, y á pesar de sus recientes servicios se renovaban en el ánimo de la reina sus antiguas prevenciones contra el hombre que en la actualidad desempeñaba el empleo de carcelero. Por otra los revolucionarios miraban ya con recelo los servicios con que procuraba aliviar la desgracia de las personas reales, y en el concepto de los mas fogosos era reputado como apóstata de la causa popular. En aquel momento Lafayette no podia menos de temer mucho mas á estos últimos que se mostraban erguidos, que no á los realistas temerosos y proscriptos. Por la misma razon dirigió contra el club de los Jacobinos todos sus conatos, apoyándose en la milicia ciudadana, cuyas armas habia depo-

sitado en manos de propietarios y hombres honrados. Firme siempre en esta conducta previsora, obtuvo un señalado triunfo el 14 de julio de 1799 en la federacion, en cuya ocasion propuso una de aquellas ideas que honrarán por siempre su memoria. Designado por la fuerza de los acontecimientos para reunir en su persona el supremo mando de toda la guardia nacional del reino, pidió con energía á la asamblea constituyente que en lo sucesivo nadie pudiera tener bajo sus órdenes mas fuerza ciudadana que la de un departamento, obstruyendo de este modo el camino á la ambicion y á las vastas conspiraciones, al paso que robustecia el orden y daba fuerza y energía á la accion del gobierno.

Mientras tanto el rey viendo á cada paso que su autoridad y hasta su misma persona eran sin cesar ultrajadas, determinó para sacudir el yugo la huida nocturna, que fue causa de su prision en Varennes. En la mañana que siguió á esta inútil evasion, Lafayette, que habia respondido con su cabeza de la persona de Luis XVI, estuvo en poco de ser inmolado por los jacobinos, que le suponian cómplice en la fuga del monarca, y para aplacarlos se vió en la triste necesidad de hacer volver al soberano á Paris, cual un simple prisionero y suspendido enteramente de sus funciones de rey. Desde aquel momento la cautividad del infortunado príncipe fue

mas rigorosa que nunca, y esto por sí solo fue suficiente para que el partido realista mirase á Lafayette como el mal genio de la corona.

En el ínterin se discutia en la asamblea si el suceso de Varennes destruia ó no la inviolabilidad soberana. La mayoría opinó á favor del rey; mas el partido republicano vencido en la tribuna, apeló á los movimientos. El 17 de julio de 1791 una turba inmensa se dirigió al campo de Marte, y comenzó sus atentados por asesinar á dos inválidos que se hallaban junto al altar de la Patria. A esta noticia Lafayette acudió con la milicia, y por la primera vez, despues de dos años de desórden, la autoridad municipal hizo respetar la ley, con esposicion del general, al que fueron dirigidos varios tiros de fusil, y que por lo mismo se vió en el trance inevitable de aplicar la ley marcial, disparando sobre el pueblo, ¡necesidad cruel para un hombre que habia proclamado en la tribuna, que la insurreccion era el mas sagrado de los derechos, cuando el soberano atentaba contra los del pueblo!

Con todo, ese mismo pueblo que insultaba á Lafayette no era el que constituia la mayoría de la poblacion de París. Esta aunque inerme hacia los mayores esfuerzos por conseguir de una vez el reposo. A la vuelta del campo de Marte una gran porcion de la guardia nacional pedia el permiso para demoler á cañonazos el club de los jacobinos,

Marat, Danton y sus compañeros se hallaban ocultos, y la ocasion era propicia para que se hundiese la anarquía; pero desgraciadamente los constituyentes se durmieron sobre los laureles, y la municipalidad se contentó con decretar varios arrestos que quedaron sin efecto.

Entre semejantes convulsiones la Constitucion fue por último acabada, admitida y sancionada por el rey el 17 de setiembre de 1791, á lo que se siguió una amnistía general, pedida por el mismo Lafayette. La constituyente dio su mision por terminada y se procedió á las elecciones de la Asamblea legislativa, en cuya primera sesion Lafayette abdicó su encargo de comandante general de la guardia nacional parisiense. La municipalidad al aceptar su renuncia votó en su honor una medalla, y la milicia ciudadana decidió que ofreceria á su jefe una espada forjada con el hierro de los cerrojos de la Bastilla y en ella grabada esta inscripcion: «*A Lafayette, la Guardia Nacional de Paris reconocida.*»

Despues de dos años y medio de fatigas, Lafayette ansioso por tomar algun descanso, emprendió un viaje hácia la Auvernia, y apenas comenzaba á disfrutar las dulzuras del reposo, cuando supo el nombramiento que la Asamblea habia hecho en su persona de comandante general de uno de los ejércitos, mandados crear para contener las hostiles demostraciones del Austria y Prusia que habian

formado su primera coalicion contra la Francia por el tratado secreto de Pilnitz. Colocado en esta nueva posicion se dirigió á Metz, ocupándose desde luego en organizar sus tropas y restablecer en ellas la disciplina mas severa. Dumouriez, que dirigia entonces el ministerio Girondino, dispuso que tanto Lafayette como los demas generales, hiciesen, de comun acuerdo, una invasion en la Bélgica. Este plan salió frustrado y la dimision de Rochambeau, puso á los tres ejércitos bajo el solo mando de Luckner y Lafayette, estableciendo el último su cuartel general en Maubeuge.

Mientras esto sucedia la anarquía caminaba en París á paso de gigante. El virtuoso Bailly habia tenido que ceder el corregimiento á Petion, y el ministerio constitucional su puesto al Girondino, que arrastrado por los jacobinos tendia directamente á la abolicion de la monarquía. Entonces fue cuando Lafayette escribió desde su campo á la Asamblea, contra la faccion demagógica, una carta, que es un modelo de firmeza y elocuencia; pero ya llegaba tarde, y semejante escrito en vez de contener escitó el mayor tumulto, y mientras que 75 departamentos mandaban espontáneamente su adhesion á los principios contenidos en el citado documento, el populacho forzando la entrada á las Tullerías colocaba el gorro republicano sobre las sienes de Luis XVI, y le preparaba de ese modo

para entregarle en seguida en las manos de un verdugo.

En el momento en que Lafayette tuvo noticia de esta escena, hizo el último esfuerzo en favor del rey y de la monarquía. Acompañado tan solo de un ayudante, se presentó el 25 de junio en la barra de la Asamblea, y protestando contra el atentado del 20, pidió de nuevo el castigo de los criminales, la destruccion de las sociedades jacobinas, y el uso de medidas fuertes y capaces de asegurar la persona del monarca, y la existencia de la misma Constitucion. El general nada consiguió del cuerpo legislativo, mucho menos de la guardia nacional, y de ese modo viendo la incapacidad de realizar sus planes, volvió otra vez á la frontera, no sin dejar escrita á la Asamblea otra nueva carta, en que la exortaba en nombre de todos los buenos ciudadanos á reprimir el desórden. Veinte dias despues, al ruido del cañon de Westermann y de la Marsellesa, los jacobinos anunciaron que ya habian concluido la Constitucion, la Monarquía y la Asamblea, que llena de terror veia ante su presencia á un rey prisionero y dispuesto á ser juzgado.

Toda la Francia sucumbió ante el poder revolucionario, á escepcion de un hombre, del republicano Lafayette, que protestó contra la República, y aun sabiendo las malas disposiciones de la corte y del rey mismo, tentó el ultimo esfuerzo por salvar

al desgraciado príncipe, proponiendo á este un plan de evasion, que ha haberlo aceptado el monarca, su éxito probablemente le hubiera sido favorable; pero Luis XVI desconfiaba del general, y sobre todo María Antonieta nunca pudo persuadirse de la sinceridad de sus intenciones, y de ese modo prolongándose la indecision, se hizo ya de todo punto imposible la realizacion del proyecto.

En cuanto supo Lafayette los últimos acontecimientos de París, declaró en presencia de las tropas que se hallaban en Sedan, que consideraba desde aquel momento á la Asamblea como un cuerpo sin libertad y tiranizado por la fuerza, y en su consecuencia puso presos á los comisarios que aquella mandó al ejército y poniéndose en contacto con las autoridades de algunos pueblos vecinos, se preparó á una resistencia abierta en nombre de la Constitucion. Por de pronto los soldados se mostraron dóciles á su voz y dispuestos á seguir al general adonde quisiese conducirles. Pero este triunfo de Lafayette fue de corta duracion. Nuevos comisarios de la Asamblea lograron, ensayando todos los medios posibles, el desunir á las tropas de sus jefes, y por otro lado la defeccion de Dumouriez y Dillon, la resistencia formal del departamento d' Aisne, y el nuevo decreto de acusacion lanzado contra él nombrándole ademas por sucesor al mismo Dumouriez, hicieron conocer á Lafayette que en vez de

poder conseguir algo, estaba espuesto á ser víctima de sus encarnizados enemigos, y mas dichoso que su compañero Bailly pudo libertarse de tan fatal destino, abandonando su campamento en la noche del 19 de agosto, acompañado de Bureaux, Latour, Mabourg y de Alejandro Lameth. La esperanza del general, reducido á la extremidad de tener que abandonar su pais, consistia en atravesar disfrazado los puestos enemigos, y poder asi llegar á Holanda, para de aquí embarcarse con direccion á los Estados Unidos; pero reconocidos los fugitivos por las avanzadas austriacas, fueron todos, á pesar de sus protestas, arrestados en Rochefort por el conde de Harnoncourt, y trasladados el 21 á Namur, donde, violando escandalosamente las leyes del derecho de gentes, fueron por espacio de 5 años retenidos y martizados por no haber cedido á la insurreccion jacobina, y no querer al mismo tiempo hacer traicion á su pais.

Durante toda esa época, separado absolutamente de la escena del mundo, sobre el que poco hacia habia representado un papel tan brillante, Lafayette, sumido en el fondo de un oscuro calabozo fue objeto de las mayores vejaciones, á que estan sujetos los prisioneros de estado en ciertos paises civilizados. Trasladado del Luxemburgo á Wesel, de allí á Magdebourgo y desde este punto á Neisse, fue por último entregado á la custodia del Austria,

que le sepultó en la fortaleza de Olmutz. Condenado en su encierro á una estrecha incomunicacion, y á las mas duras privaciones, Lafayette hizo ver al mundo que un alma, inferior en la prosperidad, puede hacerse grande en el infortunio.

Mientras que los reyes de Europa se unian para atormentar al desgraciado general, los republicanos de Francia confiscaban sus bienes, diezmaban su familia, y entregaban su nombre á la pública execracion. Devorado por una lenta fiebre, y cada vez mas inquieto por la suerte de los séres que le eran mas queridos, Lafayette conocia que su resignacion y constancia iban de todo punto acabándose, cuando ya se iba aproximando el término de tan largos padecimientos.

Todos los verdaderos amigos de la libertad se interesaron por la del ilustre prisionero. El Presidente de los Estados Unidos unió su voz á la elocuente de Fox, y á la indignada de Fitz-Patrik; pero esto no hubiera sido bastante, si Bonaparte, al dictar en Leoben la paz al Austria, y avisado por el Directorio, no hubiera puesto como una de las condiciones del tratado la absoluta libertad de los prisioneros de Olmutz, con la sola restriccion de que hasta nueva órden no pudiesen trasladarse á Francia.

Libre de sus cadenas Lafayette permaneció en Hamburgo un poco tiempo hasta la revolucion del

18 Brumaire que dió á Napoleon el consulado. Entonces se trasladó á París, escribiendo al primer cónsul que su proscripcion ya no podia convenir ni al gobierno ni á sí mismno. Bonaparte se receló algo de vuelta tan repentina; pero se desengañó bien pronto al ver que Lafayette rehusó mezclarse en cuanto tuviese relacion con la política, en términos de renunciar una plaza en el Senado.

Mr. de Lafayette siguió el mismo sistema de independencia y oscuridad, durante la época del imperio, mostrando siempre en todos sus actos una desaprobacion tácita, aunque inofensiva, de aquel sistema. Pero á la llegada de los Borbones en 1814 se presentó de nuevo en la escena política, en términos que estando á punto de entrar los coligados en la capital de la Francia, se unió con los amigos del imperio que aun opinaban porque se hiciese resistencia. Pero la restauracion estaba consumada y Lafayette se presentó al conde Artois, y tanto por escrito como de palabra le recomendó la libertad de la Francia, y sus formas constitucionales, compatibles en un todo con el principio monárquico que él nunca abandonaba.

Hasta la vuelta de Bonaparte de la isla de Elba Lafayette conservó respecto á los Borbones la misma actitud que habia guardado hasta el fin del consulado; pero cuando el conquistador del mundo volvió á tomar asiento en el palacio de las Tu-

llerías, renació en su corazon la esperanza, que poco antes tenia casi perdida, y se dispuso á unirse cordialmente á los esfuerzos desesperados del entusiasmo para rechazar á las potencias estranjeras y á los Borbones que las conducian. Esta resolucion fué verdaderamente patriótica; pero desgraciadamente los sucesos la hacian impracticable. Napoleon vencido en Waterloo, llegó á París, y pidió á las cámaras los medios necesarios para tentar el último *medio*. La mayoría de los representantes estaba por concedérselos, y Lafayette como leal, y amigo verdadero del pais donde habia nacido, se dejó seducir por el traidor Fouche que esparció la voz de que el emperador trataba de disolver las cámaras, y tomar la dictadura, á cuya noticia se encendió la discordia en los ánimos, y el odioso duque de Otranto consiguió su objeto, haciendo que Lafayette opinase por guerra pero con la abdicacion, propuesta bella en apariencia; pero que destruyó para siempre la causa de la Francia, que era entonces la del emperador.

Consiguiente á este principio, Lafayette nada concedia á los Borbones, y todo lo sacrificó al nombre de libertad. Despues de la abdicacion imperial y de la proclamacion ilusoria de Napoleon segundo, pidió la formacion de una comision ejecutiva. Pero Fouche, que se habia hecho nombrar presidente de este gobierno provisorio, del que

estaba escluido Lafayette, trató por todos medios de inutilizar la influencia del veterano de la libertad, y para desembarazarse de una vez de ese patriota incómodo, proporcionó la ocasion de entregarle á los enemigos, encargándole en compañía de otros cinco la comision de presentarse á los aliados con el ridículo fin de exigir de ellos la formal esclusion de los Borbones, ó en todo caso el que detuviesen sus armas hasta que la Francia, antes de darse un jefe, se diese igualmente una constitucion libre. Los plenipotenciarios no fueron presentados á los monarcas aliados; pero en cambio fueron astutamente entretenidos por sus ministros, y en tanto que bajo mil pretestos dilataban su regreso, el ejército anglo-prusiano se apoderaba de París, y volvia á colocar en su trono á Luis diez y ocho.

Despues de consumada la intriga, Lafayette y sus compañeros obtuvieron el permiso de volverse, y el primero tuvo el sentimiento de conocer su error y las funestas consecuencias de su dictámen, pronunciado en los bancos del senado. Pero ya era tarde y estaba en los destinos de Lafayette el caminar siempre entre la indecision y el error. El 8 de julio vió por fin el prisionero de Olmutz la última escena de aquel drama. La bandera blanca ondeaba en las Tullerías, y el héroe de ambos mundos al ir en aquel dia á los salones del cuerpo

legislativo para tratar allí de los destinos de la patria, fue recibido á su puerta por una compañía de ulanos, que poco acostumbrados á respetar *la declaracion de los derechos del hombre*, le intimaron con política que se retirase de aquel punto, donde su presencia era inútil al pais, y perjudicial á su persona.

No le quedó ya mas recurso á Lafayette que retirarse á su quinta de Lagrange para observar desde allí la marcha de los sucesos, hasta que las elecciones de 1818, en las que á pesar de los esfuerzos del ministerio fue nombrado diputado por el colegio electoral de *Sarthe*, le hicieron entrar por tercera vez en las funciones legislativas, en las que siempre apareció constantemente en las filas de la oposicion, como órgano principal de la causa popular que nunca abandonó, aun en las mas difíciles y peligrosas circunstancias.

Cansado ya de que su voz fuese desatendida en la tribuna, Lafayette, enemigo hasta entonces de los medios estra-legales, y viendo que los Borbones faltaban á sus mas solemnes juramentos, hizo parte de varias conspiraciones en union con la sociedad carbonaria de la que fue uno de sus principales miembros. El resultado de estas varias tentativas fué desgraciado para los conspiradores, los mas de ellos perecieron en un cadalso, y el mismo Lafayette se vió espuesto á sufrir una igual suerte.

El procurador general Mangin convencido de su complicidad, le quiso envolver en los procedimientos, y ya que esto no pudo, le designó claramente y por su nombre en el acta de acusacion. Esto solo bastó para causar un escándalo en la cámara.

Indignáronse los amigos del general, y sus contrarios esperaban por momentos verlo aterrado y confundido bajo el peso de su humillacion. Lafayette que solamente sabia ser grande cuando amenazaba la desgracia á su persona, subió á la tribuna con majestuoso continente, y prorumpió en estas palabras: «Se trata de formarme causa, pues «bien, eso mismo es lo que yo deseo; con eso po«dremos cierto personaje y yo decirnos sin cum«plimiento lo que al cabo de 33 años no hemos «podido todavía echarnos en cara.» Con este motivo no podemos menos de observar que Lafayette aborrecia y despreciaba á Luis XVIII por lo mismo que sus ideas eran templadas y su génio conciliador, y por un raro contraste solia elogiar al conde Artois (Cárlos X) á pesar de su realismo exajerado, siendo una prueba mas de aquel axioma español, *que los estremos se tocan*.

La córte por su parte se mostraba cada vez mas hostil á Lafayette, de quien se sabia que conservaba aun su alianza con las sociedades secretas. De ese modo, poniendo en accion todos los resor-

tes de su poder, y aprovechándose del ascendiente que gozaba, desde la destruccion del sistema representativo en España, influyó para separar á Lafayette de la cámara y lo consiguió en el año 1823.

Entonces fué, cuando deseoso de algun descanso y cediendo á las invitaciones de los representantes de los Estados-Unidos, se dirigió á aquel pais á donde llegó el 16 de agosto de 1824, donde fué recibido en triunfo, acudiendo en tropel los pueblos mas remotos á ver y á aclamar con entusiasmo al último jeneral de su independencia. Puede decirse que en todo el discurso de su vida no hubo para Lafayette época mas feliz que la de este último viaje á la América del Norte, mas no por eso mostró á su vuelta ni el menor orgullo, ni la mas ligera alteracion en su método ordinario de vida.

Su popularidad se habia repuesto algun tanto, y asi pudo volver á la Cámara el 24 de junio de 1827, enviado por los electores de Meaux. La lucha parlamentaria debia decidirse por la ira de las armas, y cuando sonó la hora del combate en julio de 1830, Lafayette se presentó de nuevo en la escena política. En la tarde del 29 del mismo mes el héroe de ambos mundos habia ya aceptado el mando de la guardia nacional, y situado en la casa de Ayuntamiento con la comision municipal, dirigió desde allí su primera alocucion al pueblo, colocándose desde

aquel momento en la misma altura que en julio de 1789. Habia con todo una inmensa diferencia en las circunstancias, y el mismo, titubeando entre la monarquía y la república, vino al fin á decidirse por aquella. Comisionado para proponer al duque de Orleans su aceptacion, bajo las condiciones redactadas en la municipalidad: reducidas á una mayor extension de las garantías otorgadas por la Carta, el general vaciló sobre la conducta que deberia observar. Conociendo que el duque no querria firmar el documento, y por otra parte, viendo los graves inconvenientes de una negativa: Lafayette ideó el medio de no manifestar el programa, diciendo tan solo al príncipe: «Que la Francia necesitaba un trono popular rodeado de instituciones republicanas» á lo que contesto Luis Felipe: «*Asi es como yo lo entiendo*» palabras que repetidas por Lafayette hicieron creer á la municipalidad que el escrito, aunque sin firmar, habia sido verbalmente aprobado.

Respecto á las consecuencias de este notable suceso, que su principal autor ha querido poner en duda en sus memorias, Lafayette fue objeto de sérias recriminaciones, tanto por parte de los republicanos, como de los realistas; pero una vez probada la autenticidad del hecho, no se puede negar el tino con que procedió el general para salir cuanto antes de aquella embarazosa posicion, de-

jando á salvo la delicadeza del duque, y asegurando al mismo tiempo la libertad del pais.

La nueva dinastía ya estaba consolidada, pero sus relaciones con Lafayette, á poco tiempo se iban entibiando sensiblemente. La necesidad de consolidarse el trono nuevamente creado, obligó á Luis Felipe á vestir por algun tiempo las enseñas de la revolucion, haciendo ver á las potencias Europeas que la tea, que habia incendiado el trono de Carlos X, lanzado en sus dominios podia surtir igual efecto. Mientras que el nuevo rey desempeñó el papel de propagandista Lafayette estuvo á su lado, pero cuando fue ya indispensable ensayar una política conservadora y amigable, el general republicano abandonó la corte, y creyéndose desembarazado de todo compromiso, entabló en la cámara una oposicion sistemática, y no pocas veces furibunda.

Mas á pesar de sus esfuerzos; sus palabras no conmovian, y á pesar suyo se le negaban los aplausos. Privado del aura popular en cuya atmòsfera habia vivido, desfallecieron rápidamente sus fuerzas, viendo por momentos aproximarse su término, cual planta que sacada repentinamente del invernadero, languidece hasta el punto de secarse.

El nombre de Lafayette en sus ultimos años estaba ya gastado, y hasta la prensa le habia hecho objeto del ridículo, todos los partidos le miraban

con prevencion, y á cualquiera parte donde dirigiese la vista no hallaba, el autor de la declaracion de los derechos del hombre, la mas pequeña simpatía.

Retirado en su quinta de Lagrange durante el postrer período de su vida, pudo gozar en el seno de su familia las dulzuras que la sociedad le reusaba, obteniendo, por medio de la beneficencia, los aplausos que le habia retirado la política. Rodeado de una numerosa familia que le amaba tiernamente, vió acercarse el fin de su existencia con la serenidad propia de un soldado que mil veces la espuso en su dilatada carrera, y falleció el 20 de mayo de 1834.

Despues de su muerte el nombre de Lafayette ha sido rehabilitado por los revolucionarios, que se han apoderado de él contándole en el catálogo de sus héroes. Lafayette con un poco mas de talento en las grandes crísis hubiera podido obtener una posicion mucho mas brillante en la Historia, y dejar un nombre de los mas esclarecidos de la época. La libertad fue siempre el gran pensamiento de su vida; mas no siempre acertó en su verdadera aplicacion. Los anarquistas de todos los paises lograron escitar sus simpatías con solo invocar esa palabra. Quizá no la hubieran obtenido tanta del ilustre general, si este hubiera igualmente comprendido lo que aquellos hombres intentaban bajo la salvaguardia de ese nombre.

D. FRANCISCO SERRANO

Y DOMINGUEZ.

Se ha dicho con repeticion, hasta el punto de reducirse el pensamiento á una reflexion casi universal y vulgar, que la última guerra produciendo en nuestro ejército un número escesivo y verdaderamente admirable de generales, no ha dejado sin embargo en pos de sí y como creacion suya muchas celebridades militares de gran cuenta, muchos caudillos de sólida y justa nombradía. Hay en este juicio bastante de verdad, y al mismo tiempo no poco de precipitacion irreflexiva. Hay verdad porque escasos, muy escasos entre nuestros generales han de-

bido los entorchados y las fajas á sus merecimientos militares aislados y desnudos de otras consideraciones ajenas de su noble profesion, que por desgracia se ha derramado mas de una vez con grave perjuicio del Estado, fuera de su severo é inflexible círculo. Hay verdad porque los hechos de armas, aunque homicidas é incesantes, aunque enriquecidos con hermosos rasgos de valor y bizarría, aunque dura piedra de toque en que han ensayado nuestros militares su lealtad, su constancia, su arrojo y el sufrimiento con que han arrostrado en todas épocas impasibles y alegres los soldados españoles, el hambre y la sed de los campamentos, la desnudez, las privaciones y las fatigas de una guerra en que apenas se puede encontrar hueco ó intervalo de una á otra campaña, no han rayado sin embargo á tal altura, ni tenido resultados tan inmediatos, tan rápidos, tan felices, tan universales que pudieran escitar la pública sorpresa, asegurando una fama indisputable y colosal. Pero hállase precipitacion irreflexiva en este juicio, segun hemos indicado, en cuanto se vuelve la vista á la índole de la lucha, al teatro de los combates, á la posicion respectiva de las fuerzas adversarias, á las revueltas y discordias políticas que han ligado las manos á los hombres de mas capacidad, lo mismo en la línea militar que en la civil, bien distrayéndolos de sus planes, bien privándolos de recursos,

ora hundiéndolos prematuramente en la oscuridad y en la desgracia, ora abrumándolos con persecuciones injustas y mezquinas.

La guerra dinástica y de principios prolongada en nuestra España por espacio de siete años, no era de aquellas en que colocados frente á frente los ejércitos y compitiendo en desahogado y ancho campo el talento y la fortuna, el triunfo de un solo dia asegura al vencedor la posesion de un vasto territorio; no podian recogerse ventajas tan decisivas y de bulto donde raras veces se encontraban las fuerzas enemigas en terrenos á propósito, y con ánimo resuelto de empeñar en un solo trance la suerte y la decision de las cuestiones agitadas; aquí peleaban los individuos, las familias, los grupos mas que los ejércitos, cada breña era un castillo, cada peñasco una fortaleza, y una ciudadela cada altura; el conocimiento del pais salvaba casi siempre á los rebeldes de una persecucion activa y fatigosa; con tal género de guerra los combates, aunque frecuentes y diarios, eran forzosamente de escasísima importancia y consecuencias bajo el punto de vista militar; se podia alcanzar la reputacion de intrépido y valiente; la reputacion de táctico consumado, de general inteligente y apto para las grandes maniobras, era imposible de alcanzarse. Aparecian, por otra parte, las fuerzas adversarias como cantidades contrapuestas que unas á otras se des-

truyen y reducen á la nada. El pretendiente carecia de medios y recursos para derribar al gobierno de Madrid, al gobierno legítimo que estendia su dominacion por la mayor porcion del territorio, y las armas leales á su vez luchaban con obstáculos dificilmente superables para sujetar á la rebelion encastillada en masa en las fragosidades de las provincias del Norte, y en las montañas de Valencia, Aragon y Cataluña. Porque seria un error contar como únicamente rebeladas algunas provincias de la Monarquía; no, todo el partido de D. Cárlos, todo el partido apostólico y fanáticamente absolutista peleaba en aquellas provincias como un solo hombre, contribuyendo con su sangre, con su influencia y con sus recursos á mantener viva la lucha. Por estas razones, y porque la division y el descontento menguaban el vigor y la energía del gobierno de Madrid, sujetándole á una instabilidad nociva en alto grado siempre, pero mortal sobre todo en las épocas de accion, porque esta instabilidad, alterando á cada paso los principios constitutivos segun la caprichosa ley de los motines lo exigia, se reflejaba en las operaciones militares vivamente, ensalzando y derrocando generales con rapidez estraordinaria, cegando el manantial de las asistencias y recursos, distrayendo los ánimos de la tienda de campaña para fijarlos en el estadio de las revoluciones políticas y en la

escena de las querellas intestinas de partidos; y finalmente, porque contribuia la fatalidad del mal ejemplo á fomentar ambiciones desapoderadas é insaciables, y lo que peor es desiguales y chocantes comparadas á méritos enanos y raquíticos; por todo esto, deciamos, las grandes reputaciones militares escasean y no podian menos de escasear mucho entre nosotros, á pesar de tantas fajas prodigadas y de tantos bordados, no diremos completamente inmerecidos, pero si afirmaremos prematuros.

Estas observaciones generales que ha dejado correr la pluma, considerado en globo nuestro ejército, no pretendemos que se apliquen de un modo especial y ceñido al personaje de que vamos á ocuparnos; cábenle ó pueden alcanzarle en parte, pero la imparcialidad, fácil en este caso para nosotros, porque ni somos amigos suyos ni nos contamos en el número de sus contrarios, nos obliga á dejar sentado que no es de seguro de los que se han hecho menos acreedores á premios y distinciones, ni de los menos dignos de una carrera rápida y brillante. Bien que sobre este punto el exámen desapasionado y cumplido de su vida militar y pública hará formar á nuestros lectores cabal y propio juicio.

D. Francisco Serrano y Dominguez vió la primera luz en la Isla de Leon, provincia de Cádiz, el dia 17 de octubre de 1810 en el seno de una fa-

milia acomodada y noble. Fueron sus padres don Francisco Serrano y Cuenca, jefe de buena reputacion que pasó por todos los grados de la milicia hasta obtener el de mariscal de campo en nuestro ejército, y Doña Isabel Dominguez de Guevara Vasconcelo, que vive en esta corte ejerciendo grande influencia entre sus relacionados, y mereciendo por su amable y fino trato el afecto y la estimacion de cuantos la conocen.

El estrépito de las armas y los gritos de indignacion y de venganza lanzados por un pueblo á quien se pretendió imponer nueva dinastía, dejando vacío el trono de la antigua que habia echado hondas raices en el amor y en la lealtad de sus nobles hijos, fueron las primeras impresiones que rodearon la cuna y la infancia de Serrano. España toda era entonces un ejército preparado á la pelea, y cada español un soldado dispuesto á derramar su sangre por su rey y por la independencia de su patria, objetos que han hallado en todas épocas un eco generoso y santo en nuestros corazones. Estas circunstancias y la de ser su padre militar tambien, hubieron sin duda de inclinarle á la brillante y generosa carrera de las armas que tantos atractivos tiene para los jóvenes de aliento en los primeros años. A los doce, aun no cumplidos, adornó por primera vez su pecho con los cordones de cadete, en el regimiento de caballería de Sagunto, si no

nos equivocamos, mandado por su padre. Corria entonces ya con escasa suerte el segundo periodo constitucional; pero de todos modos desapercibido por Serrano, ajeno por su corta edad de la política y de la triste huella de enconos y disturbios que dejaba en pos de sí. Tropezó sin embargo en los primeros pasos de su carrera con el entorpecimiento insuperable que pesó sobre la generalidad de nuestro ejército en las clases de jefes y oficiales, porque si bien obtuvo el grado de alferez en 8 de diciembre de 1825, estuvo arrinconado como indefinido hasta el año de 1828, y con posterioridad en la categoría de ilimitado hasta el dia 31 de octubre de 1830 que fué nombrado subteniente del cuerpo de carabineros de costas y fronteras, organizado militarmente por aquella época.

En este cargo comenzó á demostrar su celo y actividad infatigables, y á contraer méritos distinguiéndose en la persecucion del contrabando, haciendo presas de consideracion, y conciliándose la estimacion y benevolencia de sus jefes inmediatos. Una desgracia sin embargo, mas bien que una falta ocurrida en este periodo de su carrera militar, ha venido á dar pábulo en nuestros dias á calumniosas y atroces imputaciones, que aun siendo infundadas, hieren y lastiman vivamente á los corazones bien nacidos. La revolucion de julio en el vecino reino, aquella revolucion que hundió en solos tres dias en

el polvo una antigua y poderosa dinastía, derramó fuera de las fronteras de aquel pais gérmenes de inquietud y de agresion. Los infelices emigrados españoles, que hacía siete años lloraban su desgracia en suelo estraño, alimentaron nuevas esperanzas de regresar á su pais y establecer á fuerza de armas el sistema político que estimaban mas justo y conveniente, y que era, muchos años habia, objeto de su entusiasmo y de su culto. Inoportuno seria agitar en estos apuntes la cuestion de si sus tentativas y acometimientos en son de guerra, fueron ó no prudentes y acertados, de seguro no lo eran; pero de todos modos hubo nobleza y generosidad en arrostrar graves peligros, y los que sufren martirio por sus creencias ó se esponen á sufrirle, cualesquiera que ellas fuesen, merecen á nuestro modo de ver alto respeto.

Una de aquellas espediciones lamentables por su triste resultado, pero mas de sentir aun porque hombres leales y valientes sucumbieron á traicioneros y pérfidos engaños, fué la cometida por el general Torrijos desembarcando en las costas andaluzas. Este militar pundonoroso y arrojado, digno de mejor fortuna, fué apresado y muerto con los demas compañeros de su arriesgada empresa. Serrano muy jóven todavía, concurrió como actos del servicio á las operaciones militares que produjeron la captura de los invasores; y esta concurrencia que

era en él un deber de subordinacion y disciplina, y la circunstancia de habérsele encargado de la conduccion de un pliego que llevaba una terrible y funesta órden para que espiasen aquellos desgraciados su arrojo con la vida, han sido esplotadas por el encono político despues de muchos años, para fundar en ellas acusaciones tan odiosas y graves como apasionadas y mezquinas.

Se ha dicho de Serrano que fué el asesino del general Torrijos y de sus compañeros de infortunio; si no fuera vituperable por su orígen, seria esta calificacion necia y ridícula; el subalterno que conduce meramente las órdenes de sus jefes previniendo ejecuciones militares; aun mas, el subordinado que las ejecuta, no merecen ni han merecido jamás el nombre de asesinos; la responsabilidad, cuando la hay, pesa sobre quienes las dictaron; las víctimas mismas jamás se rebelan ni odian al instrumento que las hiere. Nosotros que tendremos que hacer al general Serrano cargos muy graves en el curso de estos apuntes, damos completamente por libre al subteniente de esa acusacion calumniosa con que la ira y la envidia pretendieron lastimarle. Pudo recomendársele entonces á un gobierno aborrecido por nosotros como militar activo y obediente, no se le recomendó como verdugo.

Pero dejando á nuestros lectores el juicio que les compete en este punto, anudaremos el hilo de

la narracion interrumpida. Avanzado ya el año 1832, obtuvo Serrano licencia para venir á la córte, alcanzando en ella por la recomendacion y relaciones de su familia alguna ventaja en su carrera. En 9 de marzo de 1834, fué nombrado porta-estandarte del regimiento de coraceros de la Guardia, y le cupo la suerte de ir escoltando con otros oficiales y tropa de su cuerpo al infante D. Cárlos, que salió de Madrid con direccion á Portugal. ¡Cuán ajeno estaria entonces el jóven militar, irreflexivo y atronado como todos los oficiales de sus años, de que amagaba á su patria una guerra sangrienta y dilatada que habia de llevar á grande altura su fortuna! ¡Hoy escoltaba con reverencia como príncipe á quien mañana estaba destinado á combatir como enemigo con denuedo y ardimiento!

Empeñábase la guerra en las provincias del Norte, y crecia diariamente en grandes dimensiones de principios en apariencia despreciables, cuando ansioso de tomar parte en los combates, obtuvo el nombramiento de ayudante de campo del general Mina, que lo era en jefe del ejército de operaciones, quedando luego en la misma clase á las órdenes de su sucesor el general Valdés. A la inmediacion de uno y otro, prestó los servicios propios de su clase, entre otros el de proteger el levantamiento del valle del Roncal en favor de nuestras armas, proveyendo de armas á sus habitantes, y escitando á los valles

comarcanos, distinguiéndose por este medio en el afecto de ambos jefes, hasta que á fines de setiembre de 1835 pasó á Zaragoza, donde estuvo á las órdenes del capitan general de Aragon, el enérgico y bizarro Palarea; el arrojo de que dió muestra en la accion que tuvo lugar sobre la Maseta de Larramean, le hizo acreedor á que se le incluyese para el grado de capitan en la lista de propuestas; y no se distinguió menos en la gloriosa accion de Molina, en la cual desempeñó el cargo de jefe de plana mayor de la columna que obtuvo la victoria.

No permaneció mucho tiempo en el ejército de Aragon; le faltaba que recorrer uno de los principales focos de la guerra, y tambien en él participó de las glorias y de las penalidades del ejército. Mediado el año 1836, le pidió el capitan general de Cataluña en concepto de ayudante, y cuando en 5 de octubre tomó el mando en jefe de aquel ejército el general su padre, siguió á sus órdenes en el mismo cargo hasta 20 de marzo de 1837. En este intervalo se halló en varias acciones, y merece entre ellas principal mencion la ocurrida á las cercanías de Caserras. Al frente de 40 caballos que componian la escolta del general, cargó bizarramente á 600 infantes y 300 caballos enemigos, introduciendo en sus filas la confusion y el desórden, y poniéndolos en fuga á pesar de la superioridad escesiva de su número. Quedaron en el campo 30 muertos, uno

de ellos el cabecilla Capdevila de Figols, vencido y derribado por Serrano en singular combate, despues de una lucha terrible que habia de poner término á la vida de uno ú otro. En premio de un hecho de armas tan honroso, le confirió el gobierno el grado de comandante de escuadron.

A fines de marzo de 1837, pasó en la clase de capitan efectivo del regimiento de coraceros de la Guardia al 2.° de línea de caballería. Continuó dando en aquella campaña brillantes muestras de su valor y arrojo personal que rayaban en ciega temeridad frecuentemente. En el mes referido se hallaba todavía al lado de su padre, que salió de Barcelona con escasas fuerzas á fin de hostilizar al enemigo, y conseguir algunas ventajas que diesen ánimo y aliento á los partidarios del gobierno; el dia 8 marchó de Igualada con 2000 infantes, 2 piezas de montaña y 70 caballos de Navarra. A pocos momentos de haber roto la marcha, recibió aviso de que desde el amanecer se percibia fuego de fusilería hácia la parte de Calaf, sucediéndose unos á otros los partes, y el lamentable entre ellos, de que desde las eminencias inmediatas á la villa se veia arder una parte de la poblacion. Forzada la marcha, llegaron antes de mediodía nuestras tropas, y al ver el triste espectáculo que ofrecia Calaf, resistiendo decididamente á los bandidos en medio del saqueo, la muerte y el incendio, se lanzaron ardiendo en ira

sobre los cobardes, que abandonando su presa, emprendieron la retirada para ampararse de la montaña y desaparecer en ella. Interpúsose entre esta y el enemigo la caballería mandada por el comandante Serrano, con tal ímpetu y celeridad que le cortó la fuga, y revolviendo sobre él le desordenó y acuchilló, lanzándole sobre los cazadores de nuestra infantería que secundaban el movimiento por el lado opuesto. Cuatro fueron los facciosos muertos por Serrano, que marchó á esta carga muchos pasos delante de la fuerza que conducia, en combate sostenido cuerpo á cuerpo, y hasta 200, los que quedaron tendidos sobre el campo de batalla, y 18 los prisioneros rescatados. Doloroso fué el cuadro que presentó Calaf á los vencedores que llegaron á tiempo de salvar de una ruina completa los restos de la poblacion y las vidas de sus honrados y leales habitantes. El feroz Tristany que habia jurado aniquilarla, puesto de inteligencia con un traidor que vivia á la inmediacion de su endeble muralla, logró introducir en ella, una hora antes de rayar el alba, hasta 50 de sus foragidos, que apoderándose del tambor que defendia la entrada de la calle principal, facilitaron la entrada á toda la faccion. Apercibidos de la traicion por las amenazas y alaridos de los invasores, se reunieron los nacionales y algunos vecinos en el fuerte y en la plaza, y se defendieron desde los portales y ventanas con

obstinacion y aliento, sin dejar avanzar un solo paso al enemigo. Exasperado este y sediento de sangre y destruccion, entregó al pillaje y al incendio toda la parte que ocupaba, compuesta de setenta casas, y dió bárbara muerte entre otras víctimas, á seis infelices mujeres inofensivas é indefensas. La Providencia quiso que no quedára impune tan horrible crímen que jamás pueden autorizar los trances mas funestos de la guerra; los cobardes asesinos le espiaron merecidamente con sus vidas. Esta honrosa victoria en que tuvo tanta parte valió á Serrano con mucha justicia la efectividad de comandante de escuadron.

Destinado con posterioridad al ejército del centro, tomó parte en el resto del año en nueve acciones. Dos son dignas entre ellas de especial mencion: una de ellas la de Arcos de la Cantera, en la cual cargó y arrolló el primero con su escuadron las numerosas masas enemigas. Al desfilar despues de este triunfo nuestra bizarra caballería por el frente del ejército desplegado en batalla y con las armas presentadas, cúpole la honra de ocupar con su escuadron la cabeza de la columna. S. M. la Reina Gobernadora se dignó premiarle ademas con el grado de teniente coronel. La otra accion de las dos á que nos hemos referido, en que contrajo Serrano particular mérito, fué la de Castellserás ocurrida el 11 de noviembre. Empeñada la refriega, acome-

tió con su escuadron á la caballería enemiga que contaba mas de triplicadas fuerzas, y reiteró carga sobre carga hasta lograr su total dispersion en la tercera, arrollando ademas, sin cesar en el ímpetu, á dos masas de infantería en que aquella se apoyaba, y quedando en su poder 140 prisioneros. Las recompensas obtenidas por este brillante hecho de armas le debieron ser muy lisonjeras. Fué nombrado caballero de justicia de segunda clase de la órden de S. Fernando, y obtuvo asimismo el empleo de teniente coronel mayor efectivo en el regimiento de su arma 4.° de ligeros.

En el transcurso del año siguiente, 1838, tomó parte casi siempre señalada en once combates y acciones de guerra, dando en todas indistintamente relevantes pruebas de denuedo y valentía. El asedio de Morella y sus preparativos ocasionaron estos choques parciales en que se dejó bien puesto el honor de nuestras armas, dado que el objeto principal se malogró por causas que no tienen en estos apuntes un lugar marcado. Fueron mas notables entre ellos el ocurrido en la Cabrida el 30 de julio, en el cual arrolló completamente Serrano las facciones de Forcadell, Rufo, Viscarró y otros, alcanzando en recompensa el grado de coronel, y el de 19 de setiembre tambien á las inmediaciones de Morella, dia en que se cubrió de gloria acuchillando al enemigo y obligándole á contenerse y cejar en su

arrojado ataque. Aunque en esta jornada recibió una herida en el brazo derecho, permaneció constantemente en accion al frente de la caballería, y recibió en premio de su distinguida conducta la efectividad de coronel con el mando del regimiento de su arma 6.° de ligeros.

Antes de pasar á este cuerpo habia prestado útiles servicios y los siguió prestando en el resto de aquella campaña y en la de 1839. En los veinte y tres dias que duró la espedicion á Tortosa, dirigida á atajar los intentos de Cabrera, que se propuso salvar el Ebro para caer sobre Falcet, dió muestras de inteligencia en el mando, de una actividad infatigable y de gran celo por la disciplina. Fue asimismo brillante su comportamiento en los campos de Segura á principios de 1839, accion por la cual obtuvo el empleo de brigadier para que habia sido propuesto hasta tres veces.

Las demas funciones de guerra á que asistió en este mismo año fueron las de Montalvan y Montes de Utrilla en 12 y 23 de mayo; el levantamiento del sitio de Montalvan en 2 de junio, y la jornada de Hoz de la Vieja en 11 del mismo. En 5 de setiembre quedó agregado como supernumerario al mismo regimiento de Cataluña que habia tenido á su inmediato mando, y pasó á la corte para desempeñar el cargo de Diputado que la provincia de Málaga le habia conferido.

Destituido de las dotes de orador, y poco versado en materias legislativas, ajenas de sus estudios y carrera, poco podia figurar en el Congreso, y figuró poco en efecto, si bien pudo conocerse por la parte que tomó en las votaciones el lado político á que se inclinaba, que fue indudablemente el democrático.

Cinco meses permaneció en Madrid, pasados los cuales fue destinado al ejército de Cataluña por el Ministerio de la Guerra, á peticion de Van-Halen, á la sazon capitan general del Principado. A principios de marzo de 1840 se le confirió el mando de una de las brigadas que componian la division espedicionaria del Norte y de toda la caballería afecta á la misma division. En este concepto asistió á varios hechos de armas, tales como el reconocimiento del puente de Alentoro, el socorro y abastecimiento de Artesa, Segre, Vivica y Solsona, y las empeñadas acciones del 24 y 28 de abril sobre las alturas de Peracamps y Casaserra. En la última, sobre todo, hizo alarde de arrojo y bizarría lanzándose con un escuadron sobre las posiciones enemigas sumamente escarpadas y de difícil acceso, aun para la misma infantería, trepando el primero hasta su cumbre, atacando vivamente la línea carlista haciéndola oscilar y á los pocos momentos emprender la fuga, apoderándose del reducto de Serra, cosa al parecer increible, atendida la naturaleza del arma que mandaba, y siguien-

do á los fugitivos y dispersos con aliento infatigable para hacer mas completa su derrota. Recompensáronle en aquella jornada los unánimes aplausos del ejército de su serenidad é intrepidez estraordinarias, y en premio de la parte distinguida que le cupo en la de Peracamps obtuvo la cruz de tercera clase de la órden militar de S. Fernando. No menguaron despues de estas acciones las fatigas de aquella laboriosa campaña, ni fue Serrano el último á participar de sus laureles: hallóse en la refriega del Coll de Nargó, en las espedíciones que operaron sobre los campos de Urgel y de la Conca de Tremp, para libertar al pais de la invasion que proyectaban los rebeldes; en el levantamiento del asedio de la última de aquellas poblaciones, salvando la guarnicion, y en otros combates, sino menores en el trabajo, mas escasos en importancia y resultados.

La campaña siguiente, que fue la última de esta guerra enconada y fratricida, se abrió en 4 de julio; Serrano prestó hasta su conclusion buenos servicios en el mismo ejército á la cabeza del regimiento de Navarra, 7.° ligero, puesto por aquella época á sus órdenes; con él asistió á la rendicion de los fuertes de Orgañá, S. Honorat, Oliana y la Baronía, y á su frente tomó asimismo parte muy activa en la persecucion que, realizado felizmente el convenio de Vergara y reunidos los ejér-

citos, lanzó del territorio español por el valle de Andorra á Cabrera y sus secuaces.

El término de la guerra civil no lo fue desgraciadamente, como se creia, de calamidades y desventuras para España; la ambicion desapoderada y la criminal ingratitud del general en jefe de los ejércitos, colmado de honores y distinciones por un trono que aspiraba á hollar, burlaron tan halagüeñas esperanzas. Habian vislumbrado ya para esta época los menos perspicaces por entre demasías dignas de censura y de castigo los funestos designios de Espartero; sus hipócritas muestras de adhesion é íntimo respeto á la augusta gobernadora del Estado, alucinaban ya á muy pocos; fuera de regio ánimo que en medio de su bondad y virtudes ejemplares ni aun imaginar podia perfidia tan villana, casi todos los afectos al trono volvian los ojos al porvenir con recelo y sobresalto. Cumpliéronse bien pronto y muy dolorosamente sus presagios. Un viaje consagrado á robustecer la salud de la reina menor, objeto para su noble madre de tiernos y solícitos desvelos, la robó impía y alevosamente su entrañable asistencia y direccion, y la devolvió á la corte en triste orfandad y desamparo de sus allegados, entregada á manos estrañas y mal avenidas con su dignidad y estirpe. Venia preparando de muy atrás el ingrato general, sino un resultado tan violento, un desenlace seme-

jante, aunque con apariencias menos duras. Habíase rodeado de militares que le debian en su carrera rápidos ascensos, y que ofuscados por una adhesion exagerada olvidaron tal vez que aquellas recompensas, quien quiera que las propusiese, venian de mas alto, emanaban del trono, único poder que á nombre de la nacion podia dispensarlas. Estos jefes ladeados por lo comun al bando progresista y dóciles á los preceptos de Espartero, constituyeron uno de los escalones principales para su escandalosa usurpacion; y sentimos sinceramente por lo mismo haber de contar entre ellos á Serrano, aun cuando actos posteriores atenuan la grave y antigua falta en gran manera. Su graduacion y carácter militar permitian ya que fuese ocupado en mandos superiores; el trono le habia elevado jóven todavía, á un puesto distinguido; la revolucion le empujó á mayor altura; ¡ejemplo funesto que ha desmoralizado y corrompido en diversas alternativas nuestro ejército!

En 12 de setiembre fue nombrado gobernador de la plaza de Gerona y comandante general de la provincia, encargo que espiró en muy pocos dias: á principios del mes siguiente se le hizo jefe de toda la caballería unida al cuartel general, gobernador interino de la plaza de Barcelona, comandante general de la provincia, y subinspector de la Milicia Nacional, destinos todos que prueban bas-

tante hasta qué punto obtenia la confianza de Espartero en aquellas azarosas circunstancias.

Poco despues las playas de Valencia presenciaron la amarga y desgarradora despedida de una reina magnánima y sublime, que burlada traicioneramente por un súbdito en quien habia depositado nobles y bondadosas confianzas, todo lo sacrificó al lustre y dignidad de la corona: gobernacion del Estado, pais adoptivo y sembrado de sus beneficios, el amor de madre, la ternura de sus hijas!

Destituida España de gobierno, merced á los desmanes de la rebelion, hecho añicos el poder en manos de las juntas revolucionarias que creó la anarquía, lo mismo en las ciudades principales que en las aldeas mas desconocidas, surgió la regencia provisional para reunir y atar de la mala manera que cabia el despedazado poder público. Esta regencia por uno de sus primeros actos nombró mariscal de campo en 9 de diciembre á don Francisco Serrano, fundando el decreto en los distinguidos servicios prestados durante la guerra en los ejércitos del centro y Cataluña.

Comenzaba el año siguiente de 1841 cuando se confió al nuevo general el destino de segundo cabo en el distrito de Valencia, que hubo de dejar en breve para asistir á las córtes reunidas en marzo como diputado elegido nuevamente por la provincia de Málaga. Estas córtes dieron cima á

la obra revolucionaria; declararon vacante la regencia y vacante la tutela, elevaron al Duque de la Victoria al primer puesto, no sin enconada y honda division, y confirieron el segundo, ¡despojo atroz y violento! á uno de los patriarcas y jefes de su bando político; todos estos actos los sancionó Serrano con su voto; cábele pues su parte en la acerba y severa censura que merecen.

Cerrrada esta legislatura siguió obteniendo las buenas gracias de Espartero; en 22 de setiembre se le encargó de nuevo la comandancia general de Gerona y el mando de la primera division del primer cuerpo de ejército. Cuando estallaron al comenzar el mes de octubre en Madrid y en las provincias del Norte sublevaciones armadas dirigidas á derrocar la usurpacion del ambicioso general que minaba lentamente el trono desde el palacio de Buena-Vista, Serrano fue de los primeros que volaron á la córte para ofrecerle el auxilio de su espada. Hallábase á la sazon en Málaga con real licencia para restablecer su salud; á la media hora de haber leido el manifiesto del Regente, pintando con negro colorido estos sucesos, tomó la posta á la ligera y apenas transcurrido un dia de su llegada á Madrid, salió mandando la primera division del ejército del Norte, llegó á Vitoria á marchas forzadas, y desde dicho punto corrió tambien en posta por disposicion del Regente á recibir sus órdenes

en Tudela de Navarra. Fueron estas las de marchar con la division de vanguardia sobre Barcelona, foco en todas épocas de alarmas é inquietudes, que á pretesto del alzamiento de octubre comenzó á renovar sus demasías, y á cebar de nuevo la ferocidad de sus instintos en el partido vencido, víctima siempre de la revolucion dentro de los muros de aquella ciudad infortunada. Pero aquellos amagos de trastorno fueron ligeramente disipados.

Nuevas condecoraciones vinieron á aumentar en este año las que adornaban el pecho de Serrano, tocóle de derecho la de caballero de S. Hermenegildo, en atencion á llevar mas de 25 años de servicio, y le confirió el Regente la grande de Isabel la Católica para recompensar la parte que tomó en los desgraciados acontecimientos de octubre que acabamos de bosquejar ligeramente, en cuanto dice relacion con nuestro objeto.

El triunfo instantáneo de la fuerza cuando no le sostiene la justicia, lejos de aquietar los ánimos los ensoberbece y exaspera; el espectáculo de la violencia, sobre todo cuando le dan poderes disputados ó ilegítimos, aterra súbitamente y por momentos, si se quiere, pero álzase luego mas vivo el encono y venga la opresion con mayor brio. El gobierno de Espartero y Espartero mismo hallaron el principio de su muerte política donde se habian embriagado cándidamente con el fin de su victo-

ria. La animadversion inveterada que los profesaba todo un partido, inícua y violentamente derrocado, encrudecida por agravios nuevos que simbolizaban las humildes, pero gloriosas tumbas de los mártires de octubre, comenzó á cruzarse con las rivalidades, rencillas y conspiraciones que abrasaron é hicieron pedazos las entrañas del mismo partido vencedor. El pais maldecia al ministerio valiéndose de la polémica tenaz y apasionada de la prensa; la oposicion numerosa del Congreso le esperaba con avidez para herirle de muerte del modo menos disfrazado y mas sensible. En vano quisieron luchar con su destino los íntimos amigos, los esclusivos consejeros del Regente, aquellos hombres que participaron en alto grado de la aversion que la generalidad del pueblo español le profesaba; sus inútiles esfuerzos alargaron penosamente los trances de su agonía; pero alargándolos la hicieron tan terrible y vergonzosa, como pudieran apetecer sus mas encarnizados enemigos. El 28 de mayo una sesion acaloradísima, quizá la mas fuerte que ha producido nuestro parlamento, una sesion que se prolongó hasta las altas horas de la noche, los dió el golpe de gracia por medio de un voto de censura que no admitia dudas ni interpretaciones; á este voto de censura unió su nombre el general Serrano.

Lo verificó sin embargo, cumpliendo de antemano con un deber de delicadeza que no podemos

menos de citar con elogio; el 25 de abril, un mes antes de aquella grave derrota parlamentaria, hizo dejacion del mando militar que conservaba, oficiando al ministro de la Guerra en estos términos.

«Excmo. Sr.: No estando en armonía con mis principios hacer la oposicion al ministerio y desempeñar un destino amovible, y en vista de la sesion del Congreso de 22 del actual en que tomé parte, renuncio el mando de la tercera division del ejército de Cataluña.»

Este fué el primer acto que aflojó ostensiblemente los vínculos que unian al general Serrano con el Regente, su antiguo y generoso protector; algunas muestras de recíproca deferencia se cruzaron despues entre ambos personajes, pero nunca desapareció la herida profunda que habia de convertirlos en crudos adversarios. ¡Asi alteran y trastornan los intereses y las pasiones de la revolucion los corazones de los hombres!

Al ministerio Gonzalez sucedió el ministerio Rodil, diverso en los nombres de las personas; pero en la esencia el mismo, y aun peor si cabe, como que era del anterior un eco fiel, y un pálido reflejo. Fueron recibidos en el Congreso los nuevos ministros, cual no podia menos, con despego y frialdad, y como los ataques continuasen mas ó menos embozadamente en el parlamento, y en la prensa de todos colores sin reserva alguna, se prorroga-

ron las córtes en noviembre, y en 3 de enero de 1843 fueron disueltas. Pero importa volver la vista atrás, para recorrer sucesos de importancia, en que Serrano, aunque mas ó menos directa, tuvo alguna parte.

A fines de 1842, fué erigida Barcelona por la centésima vez en teatro de sublevaciones y trastornos. Alzóse entonces la gente inquieta y ambiciosa para disputar á Espartero la sancion revolucionaria de sus títulos al mando, como arrepentida y pesarosa de haberle elevado á tanta altura. A pesar de los desvíos anteriores, el gobierno del Regente llamó entonces en su auxilio á la espada de Serrano, ya porque le inspirase todavía plena confianza, ya porque imaginára que teniéndole presente, dispensándole finezas, arrancando su docilidad á la influencia de sus adversarios, se libraba de uno mas y le aseguraba á su servicio. Por eso, aun cuando el 21 de noviembre le habia concedido el Regente ocho meses de licencia, varió súbitamente de dictámen, y le hizo prevenir de oficio el 22 desde Algora, donde á la sazon se hallaba, que se restituyese á la mayor brevedad á su cuartel para ser empleado segun su clase en el servicio de campaña. Obedeció el general, tomó sin dilacion la vuelta de Barcelona, y Van-Halen, jefe de las fuerzas sitiadoras, le dió á reconocer en la orden del 3 de diciembre como jefe de Estado mayor del ejército que se estaba reuniendo en el distrito. A los

dos dias recibió otra muestra de aprecio en la negativa del Regente á admitirle la renuncia de la gran cruz de Isabel la Católica que tenia hecha de antemano. Pero sea lo que quiera de la sinceridad ó reserva con que estos obsequios se daban y aceptaban, es lo cierto que obligaron á nuestro personaje á ser actor y testigo del durísimo escarmiento que lanzó sobre la desgraciada Barcelona un soldado rencoroso y sin entrañas, arruinando sus edificios y sus fábricas, y dejando marcado con hierro y fuego en la cuna de su usurpacion el sello devastador de su venganza. Espartero castigaba providencialmente á Barcelona: no habia de pasarse mucho tiempo sin que la Providencia preparase tambien la expiacion del ambicioso jeneral. Expiacion terrible, porque habian de llevarla á cabo manos que á fuerza de premios, de distinciones y de ascensos, presumia encadenar á su devocion y á su servicio. Jamás aplaudiremos nosotros la ingratitud, cualquiera que sea el antifaz con que se cubra; pero no por eso es menos cierto que no tienen derecho á exigir agradecimiento los ingratos, y tal vez sea este su castigo mas triste y mas severo en los dias de abatimiento y de desgracia.

Sometida Barcelona momentáneamente al yugo pesado de aquel mismo Regente, que en un dia de embriaguez democrática alzó sobre sus hombros, y reducido el ejército sitiador al pie de paz, se con-

cedió á Serrano que volviese á su cuartel y disfrutase de la licencia que le estaba concedida.

El dia 3 de abril se abrieron nuevas córtes, y en ellas tomó asiento representando á la provincia de Málaga, y mezclado con los mas notables de la oposicion. Esperábase con ansiedad este momento para poner en claro si el ministerio alcanzaba mayoría en el Congreso, bien que fuese muy seguro que en el pais y en la opinion general no la tenia. El resultado fué satisfactorio, la oposicion era mas fuerte en habilidad y en votos, y una encarnizada lucha librada con motivo de las actas de Badajoz, que comprendian á los mas íntimos y predilectos amigos del Regente, dió al parecer resuelta la cuestion, produciendo una crísis ministerial solapada y engañosa. Retiróse el gabinete autómata, presidido por Rodil; creyeron los amigos del Regente inutilizar y fatigar uno por uno á los jefes de la oposicion, llamándoles sucesivamente á formar nuevo ministerio, y oponiéndoles con mas ó menos maña, una barrera de condiciones imposibles; pero la brúsca decision de Lopez burló su mal deseo y los hizo aparecer á la luz del dia con toda la fealdad de sus mezquinos planes. Formó un ministerio en que cupo el departamento de la guerra al general Serrano, ministerio aceptado con disgusto por el Regente y sus amigos, y que se vió tan pronto nacido como muerto. Valerosa y enérgica-

mente, aunque sin fruto, lucharon los individuos que le componian contra influencias bastardas é ilegítimas; á nuestro personaje le cupo la suerte de poner á la firma del Regente los decretos de separacion de dos jefes militares que entorpecian la accion del gobierno, y eran odiados justamente con el ódio unánime de todos los partidos; la negativa provocadora y absoluta del habitador de Buena-Vista hizo que el gabinete se retirase sin vacilar de un puesto que no podia llenar, no obstante el decidido apoyo del Parlamento, con asomos siquiera de dignidad y de decoro. El que le sucedió fué recibido dentro y fuera de las cámaras en medio de una indignacion general que no se contuvo en meras demostraciones de palabra: exasperados los ánimos con tan singulares acontecimientos, perdida toda esperanza de un desenlace pacífico y prudente, roto el freno del temor y del respeto, se pasaron los lindes de lo lícito; los nuevos ministros fueron públicamente escarnecidos y silbados; la multitud apedreó sus coches, no en virtud de instrucciones meditadas, sino por un movimiento propio y espontáneo.

Este fué el anuncio positivo de que la cuestion entre el Regente y sus adversarios de todos colores iba á decidirse en terreno menos pacífico y con todos los trances de una lucha armada. Los partidos que se habian coligado en la prensa para contener

las demasías y la iniquidad de su gobierno, reservándose sus opiniones respectivas en política y su peculiar derecho al mando, se coligaron despues en el campo de batalla, para derrocar un poder que se burlaba de todos y á todos oprimia. Solo acontecimientos semejantes y una idea comun arraigada en lo mas hondo de los ánimos, pudieron producir el fenómeno de que luchasen hoy indistintamente en unas mismas filas los que eran ayer mortales y enconados adversarios. De todas las provincias de la monarquía se alzaba un solo grito proclamando al ministerio Lopez que habia pronunciado el primero en pleno parlamento palabras de justicia, de conciliacion y de concordia. La España entera se alzaba en armas, para hacer añicos los unos la usurpacion de un ingrato, para derrocar los otros el ídolo revolucionario que se les habia convertido en tirano empapado en su sangre y sediento de su ruina.

La timidez y apatía del Regente que obraba como herido de la fatalidad de su destino, aceleró el tremendo y ejemplar castigo; ni aun supo sucumbir dignamente, no buscó como soldado la victoria ó la muerte en el combate, no luchó por conservar un poder que habia ejercido sin nobleza y sin acierto; huyó como un cobarde, murió políticamente del peor modo que pueden morir los hombres osados que escalan el poder furtivamen-

te, murió cubierto de ignominia; su descenso de la regencia fué digno de su elevacion á ella.

Serrano fué uno de los que tomaron parte en la contienda, y á placer de todos y por la necesidad de los tiempos, reasumió el mando universal en Barcelona, como individuo del gabinete Lopez que simbolizaba en aquellos momentos todas las esperanzas y todos los deseos. En pocas ocasiones habrá recaido en solo un hombre poder tan ilimitado y facultades tan vastas. ¿Hizo de aquel y de estas un uso prudente y acertado? Difícil es contestar á esta pregunta de un modo directo: puede decirse sin embargo que anduvo tan circunspecto y cuerdo como lo permitian las exigencias de los tiempos y los medios que necesariamente habian de conducirle al deseado término. Entonces y despues, desempeñando aisladamente el ramo de la guerra, prodigó los ascensos hasta un punto censurable, y acaso esta falta, nacida de un corazon bueno y generoso, á la par que de un ánimo imprevisor y ligero, es el mayor capítulo de culpa que podrá formularse contra él, culpa que en su posicion no deja de encontrar bajo mas de un aspecto circuntancias atenuantes.

Pero sea de esto lo que quiera, la lucha que amagaba sangrienta y dilatada, fué rápida sobremanera, y apenas arrancó lágrimas fuera de algunas de despecho y de vergüenza que debieron aso-

mar á los ojos de los íntimos amigos del Regente; el acierto, el arrojo y la fortuna estuvieron de parte de sus nobles é ilustres adversarios. Inactivo primero en la córte, y encerrado despues en Albacete, acabó Espartero de perder su prestigio si alguno le quedaba, y hasta la reputacion de valiente, disputada antes por algunos; pero concedida por los mas, se hundió para siempre en aquellos dias aciagos á su estrella, que antes habia sido tan loca y soberbiamente afortunada.

Fascináronle la energía, la celeridad y la trascendencia militar de las disposiciones de Narvaez, desembarcando en buen hora en las playas de Valencia, desfalleció su corazon al ver la monarquía casi en peso, tendiendo una mano agradecida á sus contrarios, ya no pudo contar suyos mas que algunos trozos de provincias mal reprimidas por los Van-halen y Zurbanos, y tomó la vuelta de Andalucía mas que para sostener su dominacion, para granjear medios de fuga al amparo de la costa. Abandonó la córte, acaso el punto de España donde tenia secuaces mas ardientes, lanzáronse sobre ella Azpiroz y Narvaez, y aun cuando Seoane y Zurbano se precipitaron á su vez á socorrerla con fuerzas respetables, el genio superior del último de aquellos generales, los dejó en Torrejon de Ardoz sin gloria y sin ejército, á pesar de sus medios mas escasos. Las nuevas de este acon-

tecimiento decisivo arrancaron al Regente de Sevilla, donde cebaba su impotente saña, y perseguido muy de cerca, libró su salvacion con mengua de su honor, á el ancho foso de los mares.

Seguia Serrano muy de cerca con todas las fuerzas que habia podido reunir en Cataluña á las mandadas por Seoane, ganoso de contribuir á su derrota; pero el instantáneo y feliz desenlace de aquella célebre jornada, solo le permitió asistir á ajenas glorias. Por lo demas, en la parte política á Serrano esclusivamente le incumbia obrar y obró con decision. El invocó el auxilio de los demas individuos del gabinete de mayo, él decretó bajo su firma (¡y tal vez se estremeció su mano al estamparla, recordando las distinciones, los honores, la proteccion especial de que le fué deudor en épocas recientes!) él decretó, decíamos, bajo su firma la destitucion del Regente, conocido y odiado ya de todos los partidos; él dirigió su voz á la nacion para infundirla brio y sostener su aliento en aquellas azarosas circunstancias: grandes servicios que merecen ser apreciados noblemente y que deben tenerse siempre muy en cuenta tratándose de este jóven general, por mas que hayan variado las circunstancias y por mas que puedan variar con el transcurso de los tiempos.

Reconstituido el gabinete de mayo, escepto

uno de sus individuos, el ministro de estado, que renunció su cargo, la accion de nuestro personaje, inferior en conocimientos é influencia política á la mayor parte de sus colegas, quedó mas limitada, si bien en su ramo especial se le debe la justicia de dejar consignado en este sitio que cumplió lealmente los compromisos de honor que habia contraido con los dignos generales que en union con él habian contribuido de un modo poderoso á precipitar la fuga de Espartero.

La union estrecha que habia confundido á los partidos en la arena del combate, no podia ser, derrotado el enemigo, firme y duradera. Es condicion del triunfo que los vencedores se desunan, aun cuando se hallen dentro del círculo de unas mismas opiniones; no es pues estraño que el vínculo que unia á ideas incompatibles y diversas se fuese aflojando paulatinamente hasta deshacerse del todo en breve tiempo. El ministerio de mayo, despues de una conducta dejada y vacilante que se reflejaba, por decirlo asi, en los diversos caractéres de las personas que le componian, no tenia fuerza suficiente para gobernar, ni podia prolongar su existencia mucho tiempo; la declaracion de la mayor edad de nuestra jóven reina, propuesta por aquel gabinete, deseada por todas las provincias de la monarquía, sancionada por el voto y el juramento de las cortes, era y debia ser pre-

cisamente el término de su vida política, de su vida revolucionaria. Así sucedió, en efecto, atropellando la crisis ministerial la franca antipatía que ha manifestado en mas de una ocasion el Sr. Lopez, ya como ministro, ya como tribuno, á las sillas del poder.

La constancia y eficaz empeño con que habia contribuido el general Serrano á llevar la nueva situacion á tamaña altura, le hacian acreedor á una demostracion honrosa emanada del mismo trono de que se mostraba servidor leal y decidido, no obstante que habia tropezado en su camino con gravísimos escollos públicos y personales, y la obtuvo en efecto; entre los primeros actos de Isabel II como reina, fué uno el de conferirle el honroso y alto grado de teniente general del ejército español. Muchos han encontrado harto jóven á nuestro personaje para este puesto, el segundo entre los reservados á nuestros mas distinguidos militares; pero es preciso tener en cuenta, que los premios y ascensos obtenidos anteriormente en su rápida carrera, no daban ya lugar á conferirle otro.

Quiso Serrano, á lo que de público se dijo, retirarse á la vida privada con los demas individuos del gobierno provisional sus compañeros, y aun llegáronse á notar en él algunos visos de enojo y descontento; pero al fin hubo de ceder á consideraciones é instancias respetables, y continuó

desempeñando en el nuevo gabinete el ministerio de la Guerra.

Todavía está reciente la odiosa y tristísima memoria que el presidente de aquel consejo de ministros, D. Salustiano de Olózaga, dejó en pos de una conducta que no es menester calificar en este sitio, y que fue bosquejada en su biografía, con el imparcial y severo colorido de la verdad y la justicia. Ninguna parte de la terrible responsabilidad que de ella se deriva, pudo alcanzar á los demas individuos del gabinete, ni trascender mas allá de la persona culpable; la única falta del general Serrano, pero falta considerable que no debe dejarse sin censura, fue la de no haberse mostrado tan esplícito, tan franco, tan ajeno de parcialidad en los debates que se suscitaron en el parlamento sobre aquellos sucesos inauditos, como lo exigian de un lado el interés de la verdad y de otro los hidalgos sentimientos de amparo y gratitud que debia inspirar á su corazon el ultrajado trono de una huérfana.

Con la súbita y estraordinaria disolucion de aquel abortado ministerio volvió el general Serrano al descanso que sinceramente apetecia, y desde entonces para continuar en él ha esquivado cargos importantes que le fueron ofrecidos, bien que no sepamos si cierto desvio y mal humor, presumido con mas ó menos fundamento por algunos, habrá

tenido parte en sus reiteradas negativas.

Hemos delineado rápidamente la historia pública de nuestro personaje; le hemos seguido sin odio ni parcialidad en su carrera militar y en su vida política; gloriosa y distinguida aquella, importante y animada esta, aunque breve y pasajera, le colocan sino al nivel de los mas elevados personajes, mas alto de lo que suelen rayar las honrosas medianías. Soldado valiente y jefe acreditado; de nobles y pundonorosos sentimientos; de instruccion no muy profunda y apenas iniciado en las artes del estadista y del político, sobresaldrá mas en los cargos que exijan serenidad, arrojo y valentía, que en los destinos que reclamen honda meditacion y detenido exámen. Tal vez el haber crecido tanto en breves años, merced á su buena suerte, le impida brillar, como ha brillado hasta ahora, en adelante.

GUIZOT.

Acaba su Majestad la Reina de España de dar al señor Guizot, presidente del consejo de ministros en Francia, uno de esos testimonios de distincion que, en tiempos bonancibles y naciones regidas por sistemas de equidad, parecen premio sobrado á servicios eminentes, y galardon de los mas acrisolados merecimientos. Como, por los trastornos de la época, no siempre el gobierno español, instable en su basa y supeditado á influjo estraño, ha condecorado con el collar de la insigne órden del Toison á personajes adornados de las cualidades requeridas, deber es nuestro manifestar, y empezar con esta solemne aclaracion nuestros apun-

tes, que si con señal tan codiciada ha sido agraciado el ilustre señor Guizot, en premio tan solo de sus merecimientos personales, á pesar del pequeño obstáculo de su creencia protestante, no podemos menos de opinar que es acreedor á la gracia que le ha sido conferida. Su larga carrera política y literaria, su posicion, no en la gerarquía gubernamental solamente, sino en la constante y sólida cumbre á que su carácter y profundidad le han elevado, y mas que todo esto el respeto con que sus propios enemigos confiesan y aplauden su superioridad, sus virtudes y rígidas costumbres, son partes suficientes para que la soberana de un pais donde tanto es necesario el ejemplo de estas dotes, las cubra con el manto de su proteccion.

La vida de este distinguido hombre de estado ha sido una constante pelea contra la hueste, testigo desde su infancia, de los trastornos, desórdenes y revoluciones que han aquejado á la veleidosa patria desde los últimos años del siglo último. Si la suerte le depara la fortuna que le deseamos, de ver quieta y sosegada la nacion francesa, en los postreros años de su vida, de cierto el señor Guizot podrá en su vejez, recapitulando los azares del siglo en que ha vivido, recoger lecciones provechosas que, trasmitidas á la posteridad, servirian de interesante é instructiva enseñanza.

En 4 de octubre de 1787, nació en Nimes, ciudad del mediodia de Francia, de padres protestantes, y por lo mismo con una mancha: anatema que la revolucion borró mas tarde, *Francisco Pedro Guillermo Guizot*.

Pocos años mas tarde, el 8 de abril de 1794, algunos dias despues que, en mengua de la Francia, venció Robespierre á los que invocaban por protectora de su patria la *clemencia*, murió en el patíbulo un abogado de Nimes, distinguido entonces por su elocuencia como abogado, y como adversario del terrible triunvirato, y ahora por haber dado el sér al ilustre Guizot. La viuda de esta víctima de un furor sanguinario, y sus dos huérfanos hijos, abandonaron la ciudad que tan tristes memorias habia de ofrecerles, y trasladaron su residencia á Ginebra, donde su culto protestante tenia templos, su corazon amigos, y su miseria parientes. Francisco, que era el mayor de estos dos abandonados, aunque tan jóven, comprendia ya su infortunio, mostrando en su rostro taciturno, evidentes señales de una razon desarrollada en edad harto temprana. Empezó su educacion en el Gimnasio de Ginebra en donde, tal era la intensidad de su deseo y la fuerza de sus facultades, que al cabo de cuatro años conocia cuanto era dable, las obras de los autores clásicos latinos, griegos, alemanes, ingleses y franceses, poseyendo con estraña facilidad

estos varios idiomas. Dos años mas permaneció en el colegio, dedicando tan aprovechado tiempo al estudio de las ciencias filosóficas é históricas. Acrecentóse su ardor juvenil con la importancia del estudio, y su entendimiento cuyo principio mas vehemente era la fuerza lógica y la meditacion escudriñadora, adquirió completo desarrollo, siendo el encanto de esa estraña república que Juan Calvino dotó con su inflexibilidad y sabiduría.

En 1805, concluidos ya los estudios preliminares, llevóle á París el deseo de estudiar leyes, ignorando acaso cuán escasa de elementos se hallaba entonces la capital de Francia para darle tan deseada instruccion. El torbellino revolucionario habia arrancado hasta los cimientos de las cátedras públicas de leyes; las lecciones dadas privadamente por algunos abogados distinguidos eran insuficientes; razones que movieron al jóven Guizot á suplir tamaña falta, buscando en las meditaciones de a soledad y en el imperio de su voluntad, la educacion que apetecia. Su pobreza y austeridad, su orgullo y rectitud lo tenian desviado de aquel foco de inmoralidad, desórden y confusion que creó, sostuvo y derribó el Directorio. ¡Epoca fatal, agitada por el choque de ideas caducas é ideas increadas, transicion de unos dias de revueltas revolucionarias á otros de gloria despótica, de la tiranía de muchos á la de uno solo, de la sangre del

cadalso al humo del cañon, de la anarquía desmayada al despotismo lozano!

El señor Guizot huyó del contagio general, reflejando sus facultades dentro del alma, aislado, y sumido en esa profunda meditacion que se parece al desaliento, y tanto fortifica á las naturalezas privilegiadas que, faltas de espacio para desplegar las alas, esperan sin luchar. Asi es que, si los primeros tiempos de su permanencia en París, ofrecian pábulo á su curiosidad, tristísimos y desconsoladores fueron los que le siguieron.

Vino á interrumpir esta monotonia una feliz casualidad. Sus relaciones de familia le proporcionaron una colocacion de preceptor en casa del señor Stpfer, ministro de Suiza en París, al lado de quien halló una proteccion paternal y en cuyo trato adquiriò vastísima instruccion y desarrollo mayor de sus facultades intelectuales. Este diplomático poseia profundos conocimientos filosóficos y una observacion histórica tan rara como preciosa.

El célebre académico Suard, traductor distinguido de Robertson y uno de los hombres mas instruidos de su siglo; recibia diariamente en su casa á las personas mas notables que tenia París por aquellos tiempos. Guizot, que era uno de los mas asiduos concurrentes á estas reuniones, conoció allí á la mujer singular que mas tarde fué su esposa, influyendo de un modo tan benéfico y poderoso

en su carrera. Son tan estrañas y romancescas las circunstancias de estas relaciones y enlace, que no podemos resistir al deseo de referirlas.

La jóven Paulina de Meulan que, por pertenecer á una familia muy distinguida y vivir en tiempos de estragos revolucionarios, se hallaba en el abandono mayor, sostenia á su familia con el producto de algunos artículos que escribia para el *Publicista*, diario notable de la época. Su variada y sólida instruccion, adquirida sin determinado objeto, era una rica mina cuyos productos le daban alivio en su desventura. Sobrevínole, por entonces, creyendo ella que era castigo y vió luego que como premio, una enfermedad tenaz que la obligó á interrumpir sus productivas ocupaciones. Su desesperacion, al ver á su querida familia próxima á una profunda miseria, aumentaba sus dolencias; un dia, que estas tocaban á su término, recibió una carta anónima en la cual le suplicaban que se tranquilizase y ofreciéndole escribir por ella, ínterin durase su penosa enfermedad. Acompañaba esta carta un artículo escrito con suma correccion y gusto, tan apropiado al estilo é ideas de Paulina que esta, sin titubear, y dominada por un feliz presagio, firmó el artículo y lo envió á la redaccion, deshaciéndose en alabanzas de su desconocido bienhechor. Hasta el término de su convalecencia, diariamente recibió la jóven periodista un artículo, con

iguales condiciones de bondad, firmándolo siempre y agradeciéndolo profundamente.

Tan luego como hubo recobrado la salud, Paulina contó este suceso y manifestó su gratitud en las reuniones de Suard, empleando cuantos medios le sugirió su talento para descubrir al autor de tan delicada atencion; pero, varias fueron sus indagaciones y las de sus amigos, sin embargo de que el que con tanto afan buscaban, pálido, taciturno, y casi desconocido ó poco considerado de todos, allí se hallaba escuchando las espresiones de reconocimiento de su favorecida. *El Publicista* contó este caso y la jóven escritora suplicó, por medio de su diario, á su anónimo bienhechor completase el favor, presentándose en su casa á recibir la manifestacion de su profunda gratitud. Guizot, acosado por tan vehementes ruegos y sin duda por una pasion oculta, descubrió su secreto á Paulina de Meulan, que cinco años mas tarde se unió á él con los vínculos del matrimonio.

No desperdició Guizot estos cinco años, ni quitó nada á las letras la pasion. Publicó en 1809 su primer obra, que tiene por título *Diccionario de los Sinónimos*, á la cual precede una introduccion escrita con esmero y en la cual se descubre ya ese espíritu de concision y método que le ha guiado en toda su carrera literaria. No habia cumplido todavia 25 años, cuando habia ya publicado, ademas de la

obra citada, las *Vidas de los poetas franceses*, la traduccion de Gibbon, y otra de una obra de Rehfus, cuyo título es: *España en 1808*.

Larga tarea seria analizar estas obras que no participan de la celebridad que ha sabido su autor dar á las que mas tarde ha publicado. Aunque conocido ya entonces ventajosamente en la república literaria, no son por cierto los ensayos que hemos citado, títulos bastantes para la fama póstuma. En 1812 fué nombrado sustituto en la enseñanza de historia, y poco tiempo despues adquirió la propiedad de esta cátedra que, con el nombre de *historia moderna*, tanta celebridad ha alcanzado.

La vida de Guizot, en este período, ha sido meramente literaria sin embargo de que no falta quien piense que por entonces el jóven catedrático, empleaba su talento é influjo en favor de la destronada casa de Borbon, conspirando y prestando apoyo á los que en sentido del regreso de tan ilustre familia conspiraban. Es la verdad, segun la opinion mas válida, que tanto por su mujer cuyas tradiciones eran legitimistas, como por sus propios gustos, Guizot gustaba ya entonces del trato aristocrático, huyendo de la aspereza militar de la corte de Napoleon.

Existia, por aquellos dias, un círculo de pensadores que el Emperador, enemigo de cuanto no podia subyugar, llama por mofa de *ideólogos*, el

cual en efecto se ocupaba de ideologia, pero rara vez de política, hasta que la voz sublime del *cantor de los Mártires* reanimó el dormido recuerdo de la raza de los Borbones, olvidada y desconocida en nuevo siglo y generacion nueva.

Cuando sobrevinieron los fueros memorables de 1814, hallábase el señor Guizot en Nimes, á donde, tras larga ausencia, habia vuelto con designio de ver á su anciana madre. De regreso á París, debió á la activa amistad del célebre Royer Collard, que el abate Montesquieu, entonces ministro de lo Interior, lo escogiese para el importante cargo de secretario general, destino equivalente al de *mayor* en nuestras secretarías del Despacho.

Es indudable que en este su primer empleo político, aunque secundario en apariencia, un hombre de la capacidad de Guizot no podia menos de ejercer mucho influjo. Asi es que no pocos le creian responsable de los actos de aquel ministro, echándole en cara, sobre todo los amigos de la causa liberal, que haya redactado la ley severa contra la prensa que en el mismo año de 1814 presentó á las Cámaras Montesquieu, y formase parte del consejo de censura, sentándose al lado de los mas encarnizados enemigos de la libertad y de la publicidad.

Los aristócratas, por el contrario, se indigna-

ban al ver á un plebeo, á un protestante, elevado al poder y dominando á un ministro, abate cortesano, en especial cuando notaron que Guizot trataba de conciliar los principios monárquicos con los intereses que habia creado la revolucion. Motejábanle unos por poco liberal, otros por poco monárquico; sin el regreso de la isla de Elba, no es fácil adivinar cómo hubiera podido el señor Guizot hacer frente á tan encontradas exigencias. Pero apenas salieron los Borbones de París, que volvió á su cátedra de historia.

Durante esta época que comunmente se llama de los cien dias, hizo un viaje á Gante. Desde que el señor Guizot ha llegado á la cumbre del poder, ha sido objeto de muchos ataques y defensas este viaje, cuyo verdadero motivo cada cual interpreta á su modo. Los enemigos de este personaje atribúyenlo á mezquina adulacion y servidumbre á los contrarios de Francia; sus amigos dicen que fué enviado por los realistas constitucionales para defender, ante Luis XVIII, la causa de la libertad, é insistir en la necesidad de alejar del poder al ministro Blacas, jefe del partido del absolutismo. Apóyanse para probar esto último que en efecto Luis XVIII no depositó su confianza en Blacas y publicó el manifiesto de Cambrai en que lamentaba las faltas de su gobierno, y daba mayores garantías á los liberales, á mas de las con-

signadas anteriormente en la Carta.

La legislatura de 1815 fué notable en Francia, especialmente en la cámara de Diputados. Compuesta esta de elementos heterogéneos, dominada por una mayoría mas realista que el rey, fué rémora constante para el gobierno que deseaba las prácticas constitucionales. El señor Guizot era entonces secretario general del ministerio de justicia, y unido con su jefe el señor Barbé Marbois, trató, por cuantos medios pudo, de poner trabas á las desmedidas exigencias del partido que pedia á gritos y sin tregua la monarquía absoluta. Publicó con este objeto su primer folleto político, titulado: *Del gobierno representativo y del estado actual de Francia*, el cual llamó bastante la atencion pública, permitiendo á su autor tomar un lugar distinguido en las filas de la minoría constitucional que tenia en el Parlamento notables defensores.

Fué disuelta esta cámara, y por aquel tiempo cuando subió al poder el ministerio Decazes, introdújose en el lenguaje político una palabra conocida ya en todos los idiomas, y cuya verdadera definicion es poco conocida. Antes de 1789 llamábanse *doctrinarios* los congregantes de una corporacion de pública enseñanza; Royer Collard habia sido educado en una sociedad de doctrinarios, y en los debates de la cámara su espíritu lógico y sistemático daban generalmente á sus discursos cierta

forma metódica y uniforme, repitiendo con harta frecuencia la palabra *doctrina*. Ocasionó esta particularidad que un individuo de la mayoría realista, por mofa y sin saber que creaba una palabra, esclamó: «*esosson los doctrinarios.*» Fué del gusto de la mayoría el dicho, y quedó adoptada esta voz para designar á los diputados, reducidos en número, que componian la fraccion política presidida por Royer Collard.

En cuanto á la significacion política de la palabra *doctrinario*, cada cual se esmera en darla segun sus creencias. Unos la traducen: virtud, sabiduría; otros corrupcion, locura; asi, pues, para quien lejos esté de ambos estremos, ni una ni otra definicion parecen razonables y equitativas.

El asesinato del duque de Berri, hijo segundo de Cárlos X, produjo en 1820 una reaccion violenta contra el partido constitucional. Cayó el ministerio Decazes; fueron alejados del poder todos los que prestaban apoyo á esta opinion, contándose en este número el señor Guizot quien no teniendo todavía, á causa de su falta de edad, entrada en la cámara de diputados, sostenia la causa liberal por medio de su pluma. Esta fué su ocupacion hasta que en 1828 el ministerio Martignac destruyó algun tanto las tendencias retrógradas del gabinete que presidia el célebre Villéle. Larga es la lista de las obras de oportunidad que de 1820

á 1822 publicó Guizot; defiende en unos el sistema del ministerio Decazes que, segun su opinion, combatia la revolucion y la anarquía, y en otros trata de descubrir la causa de las conspiraciones que daban cada dia ocasion á mayor severidad por parte del gobierno, suponiendo que este fraguaba tan diabólicos planes con el fin de tener asi pretesto para perseguir é intimidar á sus adversarios. Por aquellos tiempos dió á luz el folleto que trata de *la pena de muerte en materias políticas*, en el cual, sin pedir la abolicion de esta terrible pena, ni siquiera en materias políticas, manifiesta en estilo severo y elevado, cuán contrario es á la moralidad y á la causa del mismo gobierno, el abusar de tan terrible azote de la humanidad, probando que el pueblo convierte en mártires á los oprimidos injustamente.

Pero de todos estos escritos que leia el público con ansia, y olvidaba con presteza, triste condicion de las obras de interés momentáneo, uno hay que ha sido luego citado con repeticion, por descubrir mejor que ninguno otro la naturaleza de la razon fria, severa é imparcial del señor Guizot. Titúlase: *De los medios de oposicion y gobierno en el estado actual de Francia*, y en este opúsculo muestra de un modo evidente, atacando al gobierno y no adulando á sus compañeros de oposicion, que el afan de su vida era ya entonces el que se ha-

llase el poder revestido de la mayor fuerza legal posible para poder gobernar desembarazadamente y proteger á la sociedad, siendo á sus ojos, crímen el mayor que un hombre público pudiese cometer, el no tratar de evitar que corriese riesgo el principio de autoridad que reside en todo gobierno. Guizot, en este escrito, no hace meramente oposicion al poder, sin tratar de darle fuerza, sino que intenta establecer todo el posible equilibrio entre los derechos del pueblo y los deberes del poder; á todo daño indica remedio. Puede decirse que, desde entonces, apenas ha modificado sus creencias, siendo aquel el programa de su sistema político; en él maravilla la destreza y habilidad con que, al tratar de *la soberanía del pueblo y la igualdad*, examina estos principios, los compara, los esplica, los define, los descompone y diseca hasta el punto de quitarles la crudeza que tenian durante la revolucion francesa, y dejarlos tan insignificantes é inofensivos que no pueden, segun su teoría, asustar al trono mas asustadizo. Así; desviándose ya de las creencias meramente liberales, trató desde entonces de aplicarlas á un sistema de gobierno y precaverse contra exigencias populares que, por otra parte, siguiendo las teorías del autor, se limitan siempre á pedir la sancion de estos principios de inconcusa verdad.

No se contentaba Guizot con atacar, por medio

de la prensa, al ministerio; en sus lecciones de historia moderna, á que asistia un auditorio numeroso y escogido, jóven y entusiasta, se complacia en esplicar, con detenimiento sumo y exactitud minuciosa, los principios del gobierno representativo en Europa, lo cual era un ataque mas al gabinete. Este lo comprendió asi, temió aquella tea que amenazaba incendiar el edificio de sus planes, y en 1825 suprimió y prohibió las lecciones del señor Guizot.

Como el distinguido profesor no habia recibido mas dones de la fortuna que los de su talento superior, la supresion de su cátedra influyó penosamente en su posicion. Los recursos que le proporcionaban sus folletos políticos eran insuficientes, y la madurez de su talento, por otra parte, no se contentaba ya con esta ocupacion, provechosa por cierto, en el instante; pero impropia para conquistar lauros de escritor.

Emprendió, con sumo afan, grandes trabajos históricos que le han dado fama merecida entre amigos y adversarios, sin que las grandes dotes de que como historiador ha hecho alarde, sean desconocidas y negadas por los que combaten su sistema político. Vieron la luz pública por aquel tiempo, la *Coleccion de memorias relativas á la revolucion de Inglaterra*; los dos primeros volúmenes de la *Historia de esta revolucion; la Coleccion de memorias*

relativas á la antigua historia de Francia, y por último, *los Ensayos de la historia de Francia*, obra notable en que el señor Guizot dió pruebas de su infatigable estudio por descubrir y esplicar los primeros tiempos de la monarquía francesa, envueltos en densas tinieblas. Su infatigable pluma trasladó igualmente las obras dramáticas de Shakspeare, enriqueciéndolas con la vida del autor y notas interesantes; escribió ademas la biografía detallada de Calvino y un número crecido de artículos de política que vieron la luz pública en la *Revista francesa*.

En medio de tan continuado estudio y trabajo, sorprendió la muerte la casa del ilustre escritor en 1827, arrebatando á este la compañera querida de sus afanes, mujer sublime, cuya elevada razon y fuerza moral le sostenian en medio de las agitaciones de su carrera. En su postrer momento, esta esposa y madre tierna, cediendo al fanatismo de la creencia esterior, se olvidó de su bautismo de católica y para presentarse en la eternidad revestida de la misma fé de su marido y de sus hijos, adoptó los principios protestantes. Si este cambio de culto no puede hallar disculpa á los ojos de los timoratos, ciertamente es digna de alguna disculpa la débil mujer que pide á Dios, con fé ardiente, que no la separe en la otra vida de los que tanto ha amado en esta.

Existia en París algun tiempo despues una sociedad ó club cuya divisa era *ayúdate, el cielo te ayudará*. Tenia entonces por único objeto defender por todos los medios legales la independencia de las elecciones contra el influjo del gobierno.

El ministerio Martignac, sucesor del presidido por el señor de Villéle, devolvió á Guizot su cátedra, y ávida de enseñanza, se apresuró la juventud á recibir de nuevo la saludable instruccion á que estaba acostumbrada.

En 1830 empezó el señor Guizot su carrera parlamentaria y la empezó de un modo notable, siendo uno de los 221 que elevaron al trono el célebre mensaje. Fueron sus palabras, en esta ocasion, solemnes y graves, queriendo evitará su patria la revolucion que la amenazaba. Insistió en que fuese enérgica la esposicion que de las quejas públicas se hiciese al gobierno, y redactada con tal templanza que no pudieran ponerse en duda los sentimientos de lealtad de los representantes del pueblo. ¡Célebre mensaje que el trono calificó de sedicion y el pueblo de tímido!...

El 29 de julio de 1830, en la memorable reunion habida en casa de Laffitte, cuando el gozo del triunfo tenia embargados todos los ánimos, Guizot se levantó el primero, y sin entregarse á las demostraciones del general júbilo, pidió que se crease una junta municipal ocupada de la conservacion

del órden. Esta misma junta le nombró el 30 ministro provisional de instruccion pública, y el 31 fue él quien leyó ante la Cámara la proclama que conferia al duque de Orleans la lugar-tenencia del reino. Pocos dias despues fué nombrado ministro de lo Interior, el mas difícil de todos los despachos en tan críticos momentos. Ocupóse con mucha actividad en el arreglo del cuerpo administrativo, reemplazando, con prodigiosa facilidad, á 76 prefectos, 176 subprefectos y 38 secretarios generales. Contribuyó activamente á la formacion del proyecto de la nueva Carta, sin haber, no obstante, podido conseguir como deseaba, que se bajase hasta 25 años la edad requerida para ser diputado. Fué uno de los mas ardientes abogados de la instalacion del nuevo trono.

El gabinete de que formaba parte el señor Guizot fué producto del entusiasmo popular, y como tal heterogéneo y efímero. Los hombres que componian el gobierno se dividieron, desde que entre ellos se entabló la primer cuestion de administracion pública, por la natural razon de que ningun pensamiento homogéneo habia presidido á su eleccion. El impulso popular era todavía fuerte, y oponerse á él era suicidarse. La lucha era entre la libertad y el gobierno; venció la libertad, y el señor Guizot se retiró del ministerio.

Tras de este gabinete vencedor vino el presi-

dido por Casimiro Perier, jefe en la cámara de diputados de una mayoría compacta, resuelta y tenaz que empezaba á disciplinarse. El fogoso ministro la dividió en tres grupos organizados con jefes que acataban su voz y seguian sus instrucciones.

El ala izquierda, ya que el estilo militar ha pasado del campamento al recinto parlamentario, se componia de una fraccion notable de la antigua oposicion liberal de la restauracion sumisa á la nueva monarquía; mandábala el infatigable Thiers, nuevo en aquellas filas á las que vino desde los bancos de la democracia. El ala derecha formada de los que ya eran monárquicos constitucionales antes de julio, la mandaba Guizot cuya voluntad conservadora era inflexible; el centro, asilo, como todos los centros, de los indecisos y resueltos de todas las creencias, tenia por jefe á Dupin, el mas estravagante y ardiente de los hombres, pero el mas obediente y fogoso en la pelea.

Durante la vida del admirable Perier, estas tres falanjes caminaron sumisas y organizadas, con cuyo apoyo resistió el gobierno á la oposicion en la Cámara y en la calle, entró en Ancona y consolidó no solo el trono sino el sistema del nuevo reinado; pero, á la muerte del ilustre jefe, disputáronse el mando sus tenientes, hasta que una coalicion entre ambas alas, izquierda y derecha, dió por

producto el ministerio de 11 de octubre de 1832, en que figuraron Thiers y Guizot.

Aunque este último se encargó tan solo del despacho de la instruccion pública, su influjo se estendió á todos los actos de aquel gabinete, cuyo exámen no compete á estos apuntes. Lo que mas renombre le adquiriò en el desempeño especial que le fué confiado, es la ley de 28 de junio de 1833 relativa á instruccion primaria, ideada, redactada, defendida y ejecutada por el señor Guizot, ley basada en el principio de la educacion popular, reconocido por la revolucion de 1789, pero cuyo curso tenia obstruido una revolucion de cincuenta años. Creó esta disposicion benéfica mas de once mil escuelas, que si todavía son insuficientes para el elevado número de cuarenta y cuatro feligresías que tiene Francia, son basa de una educacion bienhechora que poco á poco va estendiendo sus fecundas raices. Inmenso es el número de instrucciones que el señor Guizot, con este motivo, envió á todos los encargados de la ejecucion de la ley, reglamentos llenos de claridad y concision; distinguiéndose, entre todos estos documentos, la circular que el ilustrado ministro dirigió á los maestros de las aldeas de Francia. Conserva esta célebre circular autoridad entre los hombres que gustan ver unidas las galas de la diccion á la claridad de las ideas y á la bondad del mandato. El mí-

sero maestro desdeñado halla en esta obra una recompensa provechosa á sus trabajos, considerando la modestia del ministro que no tiene á mengua departir con él acerca de los deberes del magisterio, mas bien que darle órdenes imperiosas; que le convence de la necesidad de educar á los niños lejos de todo influjo de secta ó partido, desviándolos de los debates momentáneos de la sociedad. «La fé en la Providencia, dice, la santidad del deber, la sumision á la autoridad paterna, el respeto á las leyes, al príncipe, á los derechos de todos, tales deben de ser los sentimientos que necesitan preferente desarrollo.»

No podemos renunciar al deseo de verter á nuestro idioma algunas frases de esta circular, en que el señor Guizot, elevando al magisterio á su verdadero sacerdocio, pinta con tanta maestría el foco de todo consuelo.

«Ni riquezas, ni fama se adquieren en el desempeño de los deberes penosos que ejerce el maestro. Destinado á contemplar cuál su vida se desliza entre faenas monótonas; á veces á recibir, en pago de esmero, el fruto que dá la injusticia ó la ingratitud de la enseñanza, entristeciérase forzosamente y sucumbiria tal vez, si se buscase su fuerza y su valor en otro punto que en la esperanza de un interés inmediato y meramente personal. Necesario es que le sostenga y anime una conviccion profun-

da de la importancia de sus deberes; que halle en su conciencia suficiente retribucion por el austero goce de haber servido á los hombres y contribuido modesta y secretamente al bien público. Su gloria consiste en no aspirar á premio que lo eleve de su oscura y laboriosa condicion, en afanarse en esfuerzos que apenas agradece el que los recibe y en trabajar para los hombres esperando hallar solo en Dios la recompensa»

Estas notables palabras y el exámen de la rigidez de Guizot ha inspirado á uno de sus mas entusiastas admiradores, una serie de comparaciones que, por exageradas que nos parezcan, no podemos omitir. Guizot, dice el escritor á que aludimos, reune la fogosidad de Lutero, la dulzura profética de Melachton, el estoicismo de Epicteto, la bondad de Fenelon y la severidad inflexible de Richelieu.

Cuatro años duró el ministerio en que tan útiles servicios prestó á su patria el señor Guizot, al cabo de cuyo tiempo fué disuelto, subiendo al poder el conde Molé, cuya política ha juzgado con harta dureza el ministro de quien vamos hablando.

El ministro de mayo lo nombró embajador en Londres, en lugar del mariscal Sebastiani y el de 1° de marzo, que presidia el señor Huers, lo conservó en su puesto. El primer periodo de la embajada del señor Guizot fué brillante; el brillo de su

nombre, la severidad de sus costumbres, su conocimiento del idioma inglés y hasta su creencia religiosa le abrieron las puertas del trato íntimo de esa altiva aristocracia británica, no siendo menores sus triunfos en el despacho de los ministros. Pero, tan luego como acaeció la insurreccion de Siria, para llevar á cabo sus planes secretos, burlóse el gabinete inglés del embajador de Francia, sabiendo cuán profundo es el respeto de la moderna diplomacia al principio de los *hechos consumados*. Y á tal punto fué punzante la burla, que el 14, víspera del célebre 15 de julio de 1840; en que fué firmado el tratado que tanto humilló á la Francia, todavía escribia á su costo el señor Guizot dando esperanzas.

Los hombres públicos de Francia se dividieron entonces en dos bandos; querian unos la guerra y al frente de estos se hallaba el señor Thiers, otros pedian paz y dirigia á estos el señor Guizot. Siendo este vencedor en el ánimo del rey, fué encargado de formar el ministerio que todavía rige los destinos de Francia y que subsiste, en breve hará cuatro años.

En suma como hombre privado, es Guizot uno de los hombres públicos mas respetados en Europa por su moralidad y rigidez.

Como historiador, sus obras son leidas de todos por su concision y exactitud, siendo uno de los

modernos que han mostrado con mas acierto el compás que es fuerza emplear para medir á los hombres de pasados tiempos.

Como orador, su influjo es poderoso para con los hombres que buscan razones, mas bien que palabras; su voz no es grata, su estilo no seduce, su lenguaje no encanta, pero sus discursos persuaden.

Como hombre de estado, su sistema es la resistencia al capricho popular. Sin amar el despotismo, lo prefiere á la licencia: no le intimida la impopularidad, ni retrocede ante la rebelion. A despecho de la mayoría de los franceses, ha cercado á París de fortificaciones, sin que haya desechado tan violenta medida por ser idea de su antagonista Thiers. Nada tuerce la pauta de su conducta: no mira jamás á los lados, sino adelante; ministro que hubiera sido sublime en Inglaterra, que es bueno en Francia y seria detestable en España.

Esta última palabra debiera llevarnos á emitir nuestra opinion respecto de la política del señor Guizot en los negocios de nuestra patria. Un miramiento de respeto sella nuestro lábio, pues conocedores como somos de la buena fé de este hombre eminente, no queremos confundir en manera alguna la necesidad con el error. Una necesidad imperiosa obliga á la Francia de estos tiempos, débil á los ojos de las naciones estrañas, á quererse

mostrar como altamente influyente en España. En nuestra humilde creencia, hay mas vanidad que verdadero error en este deseo. Saben sobrado los hombres de estado, y no puede ignorarlo el señor Guizot, que no son diplomáticos estranjeros, cualquiera que sea su capacidad, los que pueden dominar un pueblo donde el influjo no reside en una ni en reducido número de personas, sino donde el poder es siempre invisible. Ese afan, empero, que las dos naciones rivales muestran por aparentar ser las directoras de nuestra conducta, estorba á nuestra felicidad que estriba, segun opinion de muchos, en la libertad de comercio y en el abandono de las cuestiones meramente políticas.

Abrigamos la esperanza de que el señor Guizot, que no evita medio de saber la verdad, y tiene ahora á su lado al ilustrado jóven duque de Gluksbers, que tan gratos recuerdos ha dejado en Madrid, modificará sus creencias, y sin desatender las necesidades de su patria, se convencerá de la urgencia de poner tregua á tan despiadada lucha.

Los españoles le enviarán entonces no un nuevo toison, no su gratitud, sino lo que en mas tienen su amistad.

LAMENNAIS.

Si alguna vez os condujese vuestra estrella á uno de esos edificios tirados á cordel, que forman la calle de Rívoli, y os fuese dado hallaros en frente de un hombre de corta estatura, perdido en una inmensa bata de cuadros azules; si viérais á este personaje de contestura endeble, rostro pálido y enjuto, en el cual se descubren las señales de la resignacion y del sufrimiento; si le viérais casi turbado en vuestra presencia, fijando en vos de tiempo en tiempo sus tímidos ojos, hablando con voz tan débil que apenas la percibiria vuestro oido, inclinándose á veces como sumido en una meditacion profunda, *mirando hácia dentro*, calzándose y descalzándose

sus zapatos como para aparentar presencia de ánimo, ó tomando polvo á polvo puñados de rapé de una enorme caja, os costaria trabajo reconocer bajo tan engañosas apariencias á uno de los mas grandes agitadores de nuestra época, á un sacerdote que conmueve las masas sin otra palanca que su pluma, sin otro punto de apoyo que su alma ardiente, y cuyas páginas esparcidas por el mundo levantan tantas tempestades como en otro tiempo las bulas fulminantes de Gregorio VII, y las tésis facciosas de Lutero, ó como las descabelladas arengas de O' Conell en nuestros dias.

Nunca nos ha parecido tan árdua la tarea de biógrafos como al escribir este nombre, en torno del cual batallan apasionadas admiraciones y enemistades fogosas. Cuando no tiene uno posibilidad de ser conciso sin amor y sin odio, y por consecuencia con la perspectiva de desagradar á todo el mundo. ¿Cómo trazar en pocas palabras las rudas metamorfosis de esa estraña figura de cenobita y de tribuno? ¿Cómo soldar á Lamennais el absolutista y á Lamennais el republicano; al que escribia en 1808; *La política que somete el soberano al pueblo, y el poder al súbdito es absurda y culpable;* y al que escribia en 1835; *En una sociedad libre el simple ejecutor de la voluntad nacional no manda, sino que obedece*? ¿Habrá que atribuir esta radical trasformacion á consideraciones mezquinas del

orgullo ajado, de la ambicion fallida, de cólera ó de venganza? A los que conocen la sencillez del hombre, su desprendimiento de las cosas terrestres y la pureza de su vida; á los que saben que el autor de *El ensayo sobre la indiferencia* rehusó cambiar en otro tiempo su sotana de sacerdote por el capelo, una solucion de esta clase les pareceria á la vez una mentira y una injuria. Forzoso es pues buscar en mas altas regiones la causa de esta trasformacion radical, odiosa apostasía para unos, sublime conversion para otros, y que no es en nuestro dictámen mas que una demostracion grave y profunda de la incesante accion de los grandes hechos esteriores sobre las ideas antes concebidas.

Bajo el punto de vista psicológico se presenta la personalidad de Lamennais bajo tres faces distintas, filosófica, religiosa y política. Este triple pensamiento comienza á manifestarse al mundo bajo tres símbolos: en filosofía es el dogma de la razon general, la autoridad del género humano: en religion la teocracia católica, la infalibilidad de la iglesia: en política, la dignidad real de derecho divino, la legitimidad. Entre estos tres símbolos, comprendidos desde luego por un pensamiento poderoso en un vínculo forzado, se suscita tenaz, tempestuosa y complicada lucha de influencias esternas; lucha que se prolonga por espacio de diez y siete años, desde *el Ensayo sobre la indiferencia*

hasta *las Palabras de un creyente*. Al fin queda triunfante el dogma filosófico, absorbe sucesivamente en sí á los otros dos y los trasforma en un todo. Bórrase la dignidad real del derecho divino ante la soberanía del pueblo: la inmovilidad católica cede el puesto á la progresion cristiana, y sobre estos dos dogmas se alza como una bandera el gran principio de perfectibilidad humana, que, segun la hermosa espresion de Chateaubriand «crece, »crece de contínuo, y cuya frente alzándose á las »nubes no ha de pararse hasta que se remonte á la »altura del trono del Eterno.»

Materia habria para deducir grandes doctrinas del análisis de esos combates interiores, del cuadro de ese choque de ideas, cuyo campo de batalla es una vasta inteligencia doliente del malestar que agita al mundo social; mas un trabajo de esta especie, ademas de ser superior á nuestras fuerzas, traspasaria los límites que nos hemos propuesto; nos contentaremos pues en el curso de esta biografía sacando á luz los puntos principales, y dejando al lector, en cuanto posible sea, el cuidado de deducir la sentencia moral y de resolver por sí mismo la cuestion del bien ó del mal, de la verdad ó del error.

Roberto de Lamennais nació en Saint Maló, patria del cantor de los mártires en junio de 1782, de una familia de armadores, ennoblecida por eje-

cutoria de Luis XIV. Perdió á su madre siendo aun niño; absorbido su padre en los cuidados del comercio y en el mal estado de sus negocios, le abandonó desde su mas tierna edad casi á sus propias fuerzas. Educado en la soledad, privado de esas caricias y de esas solicitudes maternales, que dulcifican el corazon y refrigeran el alma, se anunció desde luego el jóven Lamennais con un ardor instintivo por la ciencia, una petulancia escesiva de carácter y una índole indomable. Despues de ensayos infructuosos no fué posible reducirle á que aceptase otro maestro de escuela que un aya anciana que hacia con él veces de madre y logró enseñarle á leer á fuerza de paciencia. A los nueve años adquirió con su hermano mayor las primeras nociones de la lengua latina; mas fastidiado en breve del preceptor se le puso en la cabeza al testarudo estudiante acabar por sí solo su educacion con el auxilio del diccionario. Este método espeditivo le sirvió de mucho, pues á los doce años leia ya á Plutarco y á Tito Livio. Por esta época fué confiado á la solicitud de un tio suyo que vivia en el campo: el buen señor no sabia cómo hacer carrera del mancebo; le encerraba por castigo dias enteros en su biblioteca; y el escolar se aficionó á su prision de tal modo que nunca queria salir de ella. La biblioteca tenia dos divisiones: se hallaban en una los libros peligrosos, heterodoxos,

filosóficos y otros, y tenia por nombre, *infierno*: le fué prohibido al jóven Lamennais acercarse á aquel departamento, y escitado por esta misma prohibicion se lanzaba al infierno á ciegas, leyendo todo cuanto habia á las manos, devorando con avidez á Juan Jacobo Roussean en la edad en que se juega al trompo, y olvidando su almuerzo por seguir á Malebranche, llevado en las alas de su imaginacion, en sus escursiones místicas. En un alma de comun temple esta lectura indigesta hubiera producido fatales consecuencias: en Lamennais al contrario, aquel flujo de sistemas y de pensamientos contrarios no sirvió sino para afirmar la madurez precoz de su juicio y para desarrollar poderosamente una predisposicion instintiva á los fervores religiosos, á las piadosas efusiones. Ciertos entendimientos á la vez concentrados y espansivos tienen el privilegio de subir á los quince años por la escala de las deducciones que conduce desde las cosas visibles á las cosas invisibles, desde las mas maravillas de la naturaleza á la grandeza de Dios. Mas tarde, cuando llegó la edad crítica, la edad de las pasiones, todo induce á creer que aquella organizacion impresionable hubo de sufrir borrascosas sacudidas. En lo concerniente á este género de emociones de que no podria librarse sino con suma dificultad un alma tan ardiente y tan tierna, podemos decir con Sainte-Beuve, que á través del

tupido velo del pudor y del silencio, que oculta, á los ojos de sus mas allegados, sus años trascurridos en oscuro retiro, podrian columbrarse á fuerza de perseverancia grandes dolores, profundos combates, y por último un infortunio decisivo que de un solo golpe quebrantó aquel alma, arrastrándola á la viva práctica cristiana de que nunca se ha apartado.

Despues de este fugitivo entorpecimiento se dispertó la fé religiosa de Lamennais mas viva y ferviente: se retiró del mundo, se sepultó en el estudio con nuevo ardor para apurar en él alimentos que sustentasen su creencia; y cuando comulgó por la vez primera á la edad de veinte y dos años, ya estaba decidida su vocacion al sacerdocio. En vano se esforzó su padre, alcanzado en su fortuna, por inspirarle aficion á las operaciones mercantiles; mientras aguardaba á que le fuese lícito seguir sus instintos religiosos se resignó el jóven á entrar en el colegio de Saint-Maló en calidad de profesor de matemáticas. Por esta época (corria el año de 1807) publicó una traduccion llena de gracia y de dulzura de la *Guia espiritual*, libro ascético de Luis de Blois. Al año siguiente, 1808, dió á luz las *Reflexiones sobre el estado de la iglesia*. Este libro, primer grito de guerra, lanzado por Lamennais contra la indiferencia religiosa, se distingue por una disposicion de frases y una lozanía de ideas, que

rayan en lo exagerado. En él trata con vigoroso ímpetu de desden y de cólera al materialismo religioso del último siglo. Aun cuando el color político de este libro fuese la glorificacion y la apología del despotismo, la policía imperial se alarmó y recogió la obra á causa de algunas ideas atrevidas espresadas en ella, sobre la renovacion del clero en Francia. Poco despues, en 1811, tomó Lamennais la tonsura y entró en el seminario de Saint-Maló. De acuerdo con su hermano, el superior del establecimiento, comenzó allí la obra titulada *Tradicion de la iglesia sobre la institucion de los obispos*, que apareció en 1812, habiéndola terminado bajo las florestas de La Chenaie, pequeño territorio situado junto á un bosque entre Dinan y Rennes, y á donde Lamennais ha ido mas tarde y con alguna frecuencia á forjar nuevas armas para combatir lo que entonces defendiera. La obra en cuestion es recomendable por su mucha erudicion teológica, y su objeto es refutar la opinion de los abates de Pradt, Gregoire y Tabaraud, quienes pretendian que la eleccion de obispos no habia necesitado ser revalidada por la sancion del pontífice.

Despues de la publicacion de esta obra se dirigió Lamennais á París á principios de 1814: palidecia á la sazon el astro del imperio. Encerrado el oscuro diácono en una mala vivienda de la calle de Santiago, parecia como si adivinase que iba á

tomar grande vuelo su importancia. Se disponia á saludar á los Borbones con un viva y á Napoleon con un anatema. El alegato que publicó entonces contra el *hombre adulterado de crímenes*, verdadero en el fondo en lo concerniente á la organizacion de la universidad imperial, que era lo que atacaba con preferencia, si bien injusto en cuanto al emperador, merece ser colocado entre aquellos sañudos opúsculos, que vió nacer una época de turbulencia y de pasiones, en la que se ponia mas esmero en herir con fuerza que en herir con tino. Durante los cien dias, la repentina llegada del hombre á quien acababa de ultrajar, le inspiró sérios temores, por lo que juzgó prudente pasar á Inglaterra. A su arribo á Lóndres carecia de todo recurso: nacido en la misma calle que Chateaubriand, acaso en su destierro se refugió al mismo barrio, donde se ocultaba diez y seis años antes el autor de Atala.

Provisto el futuro tribuno sacerdotal de una carta de recomendacion para lady Jerningham, hermana de lord Stafford, se redujo á solicitar humildemente una plaza de preceptor. Despues de medirle de pies á cabeza la noble dama le rechazó rotundamente, fundándose en que *tenia traza de bruto*. Complácese Lamennais en referir esta anécdota; y es lícito creer que si lady Jerningham vive en la actualidad reconoce sin duda su profundo engaño.

Despedido de tan brúsca manera, tuvo Lamennais la fortuna de encontrar asilo en la benevolencia del abate Caron, de Rennes, quien dirigia á la sazon cerca de Lóndres un colegio de jóvenes emigrados. Allí permaneció siete meses desempeñando las altas funciones de maestro. A su regreso á París entró de capellan en un convento de monjas de la órden de los Fuldenses, pasando poco despues al seminario de San Sulpicio; incapaz de plegarse á la rigidez de la regla, desertó de aquel asilo para trasladarse otra vez al ya citado convento. Por último, en 1816, á los 34 años de edad, fue a Rennes á ordenarse de sacerdote y volvió á su antiguo albergue para terminar su *Ensayo sobre la indiferencia*, que vió la luz pública en 1817. Hemos llegado al primero y al mas luminoso punto de esta borrascosa carrera. Lamennais cruzaba con paso de gigante ese abismo de dolorosas alternativas que separa la oscuridad de la gloria. Ese poderoso génio, como desparramado hasta entonces, acababa de reconcentrar todos sus rayos, y en solo un dia, segun el dicho de un discípulo suyo (Lacordaire) se hallaba investido el humilde sacerdote con todo el poderío de Bossuet.

Cuando apareció el *Ensayo sobre la indiferencia*, ya habian contribuido poderosamente las deliciosas páginas del *Genio del cristianismo* á purgar el cuerpo social, estirpando la incredulidad de las

regiones del corazon; mas la serpiente se habia refugiado en el cerebro, y rodeada allí de un enorme baluarte de erudicion, resistia toda acometida. Lamennais tentó á hostigarla en su guarida: armado con un estilo nervioso y una lógica de hierro, tardó poco en derruir aquella andamiada de erudicion, hiriendo mortalmente al enemigo. Su libro fué como la detonacion de un horrísono trueno. Se agitó de gozo sobre su base el antiguo Vaticano: se conmovió la Europa: el *Constitucional* tembló de susto. No obstante, el primer tomo esclusivamente polémico, despues de haber sacado á luz los argumentos de la incredulidad, dejaba aun sin solucion el gran problema de la fé: ¿dónde estaba su orígen? Cómo llegar á discernirla? Ya aliado con las eminencias monárquicas de la época, ya colocado en la arena política, Lamennais, que defendia en el *Conservador* de entonces la alianza del altar y del trono, hizo aguardar dos años la continuacion de su obra: apareció al fin el segundo tomo y dividió violentamente las opiniones. Como innovador atrevido intentaba conciliar dos poderes, hasta entonces enemigos, la religion y la filosofía. Rechazando el sistema de Descartes, basado sobre la evidencia y la razon individual, se remontaba al curso de las edades, seguia paso á paso la trasmision de la verdad á través de los siglos, y fundaba la certidumbre sobre la autoridad del género humano. Despues

de esto analizaba la tradicion humana, la referia al dogma católico, establecia su perfecta concordancia, y venia á concluir de todo que la verdad católica se deduce no solo de la revelacion, sino tambien de la autoridad tradicional del género humano.

Este sistema nuevo que Lamennais llamaba filosofía del sentido comun, encontró vivas antipatías especialmente en el alto clero. Calcar asi la filosofía en el catolicismo, cuando el catolicismo rechaza la filosofía, y cuando la filosofía pretende absorber al catolicismo, era una empresa atrevida y sembrada de peligros: era de temer que la inflexibilidad del dogma revelado no se sublevase contra este auxiliar sospechoso que intentaban agregarle, y que Lamennais se viese en la necesidad de optar entre dos sistemas rivales. Depositaria la Sorbona de las tradiciones antiguas, pensó en combatir esta nueva invasion del racionalismo, y mientras disponia sus armas, M. de Bonalel escribia al autor del Ensayo: «*Dejad que canten todas esas ranas.*» La parte vivaz del clero acogia con trasportes de júbilo esa teoría brillante, que parecia destinada á rejuvenecer un dogma envejecido. Lamennais publicó sucesivamente una defensa de su sistema, y otros dos tomos para corroborarlo. En estos dos últimos libros hizo alarde de una erudicion prodigiosa: como infatigable esplorador acumuló testos, pasó revista

á todas las edades, á todos los pueblos, á todos los lugares, y reuniendo las tradiciones esparcidas entre las diversas fracciones de la humanidad, formó de ellas el colosal conjunto de la tradicion humana. Terminada tan árdua tarea en 1824 se dirigió á Roma el sacerdote católico para depositarla á los pies del santo padre. Recibido con bastante frialdad por los miembros del sacro colegio, halló en el Papa Leon XII un admirador y un apoyo: ya tenia en su oratorio el retrato de aquel á quien llamaba *el último padre de la iglesia*, y le ofreció entonces el capelo. Lamennais, presintiendo sin duda las tempestades del porvenir, rehusó tan alta dignidad, y no se valió de su crédito sino para alcanzar que nombrasen nuncio de Francia al cardenal Lambruschini, que ha venido á ser con el tiempo uno de sus mas encarnizados enemigos.

De regreso á Francia, despues de haber publicado Lamennais una traduccion fresca y sencilla de la Imitacion de Jesucristo, llegó á la primera faz de esa revolucion interior de que ya hemos hablado. Perdia en estimacion á sus ojos el ministerio Villele, á cuya elevacion habia contribuido con todas sus fuerzas. Su alma, que no puede posesionarse moderadamente de un sistema, repugnaba las sutilezas y argucias del gobierno: las mezquinas exigencias de los círculos políticos iban á estrellarse contra aquella naturaleza indómita. La-

mennais creyó oir la voz de Dios, comenzó por despojarse de la fé monárquica, y se lanzó violentamente al ultramontanismo. Su obra de la *Religion considerada en sus relaciones con el órden civil y político* fué una declaracion de guerra á las libertades de la iglesia anglicana. Atacaba vivamente la declaracion de 1682 que las consagra; y se esforzaba por de pronto en establecer la supremacía absoluta del papa en el orden espiritual. Citado por este libro ante la policía correccional fué defendido por Berryer y condenado á 36 francos de multa. Con motivo de este proceso pronunció aquella famosa frase: «Ya sabreis lo que es un sacerdote.» En 1829 publicó su obra del *Progreso de la revolucion y de la guerra contra la Iglesia*, y cuando estalló la revolucion de julio la saludó como la aurora de una república universal que ya columbraba, pero con la supremacía social y por las vias católicas. No contento Lamennais con soñar, se afanó en la realizacion de su sueño: se rodeó de una falanje de discípulos jóvenes, ardientes y decididos: el abate Gerbit le consagró su pluma llena de uncion evangélica; el abate Lacordaire su elocuencia de grandiosas imágenes y brillante colorido; M. de Montalebert su talento de escelente gusto y su posicion influyente: todos emprendieron con intrepidez la obra de la reconstruccion social, fundando el *Porvenir* en los primeros dias de setiembre de 1830

para servir de órgano á los intereses católicos, unidos con los intereses liberales. «Vuestro pode»río decae y con él la fé, decia el porvenir al pa»pazgo. ¿Quereis salvar el uno y la otra? Unidlos »ambos á la humanidad, tal como lo han hecho diez »y ocho siglos de cristianismo. Nada hay que sea »estacionario en el mundo; habeis reinado sobre »los reyes, y despues los reyes os han subyugado· »Separaos de los reyes, tended la mano á los pue»blos, y os sostendrán con su robusto brazo y con »su amor que es aun mas apetecible. Abandonad »los terrestres vestigios de vuestra antigua grande»za hoy caida; rechazadlos con el pié como in»dignos de vosotros.»

Este modo original y atrevido de dar al catolicismo una popularidad ya algun tanto disminuida, logró un éxito completo entre el clero de no elevada esfera y entre las clases inferiores. Por primera vez oia el pueblo á jóvenes levitas hablarle de libertad y de progreso social: les veia tomar la iniciativa en cuestiones las mas trascendentales y apurarlas sin temor hasta en su última consecuencia: veia á dos sacerdotes y á un par de Francia constituirse en maestros por autoridad privada y alzar la libertad por enseña en la barra del tribunal mas alto del reino. El pueblo veia todo esto: no comprendia mucho la intervencion del papa en este negocio; mas como era originalísimo lo aplaudia.

Por la misma razon las altas dignidades de la Iglesia de Francia fulminaban pastorales contra esta democrácia en sotana, y solicitaban con empeño cerca de la santa Sede la espedicion de una bula de censura. En Roma no se sabia cómo tapar la boca á sus fogosos adictos que querian revestir á todo trance al papa con un poder formidable. Ocho siglos antes hubiera saltado al cuello de los redactores del *Porvenir* el ambicioso Hildebrando; mas Gregorio XVI no hacia gran caso del papel borrascoso del dictador republicano; y á pesar de su poca simpatía hácia aquellas audaces doctrinas, retrocedia ante una condena. Para poner término á toda incertidumbre, anunció Lamennais que suspendia la publicacion de su periódico y se dirigia á Roma para obtener en persona una sancion ó una censura. Este viaje no tuvo al principio resultado alguno. Despues de muchas tentativas inútiles para alcanzar una resolucion definitiva, se habia decidido Lamennais á volver á Francia, anunciando que estaba resuelto á emprender de nuevo sus trabajos, cuando á su paso por Munich recibió la famosa enciclica del 15 de agosto de 1832, en la que el papa condenaba del modo mas esplícito y terminante las doctrinas del *Porvenir*, sin designar cuáles fuesen. De vuelta á París se apresto Lamennais á someterse, declarando que ya no apareceria mas el periódico y que se considerase como disuelta la

Agencia general para la defensa de la libertad religiosa.

Despues de esto salió el vigoroso atleta del palenque por un instante; mas para entrar en él de nuevo antes de mucho. Poco satisfecho el papa de la precedente declaracion exigia ademas una adhesion absoluta á la encíclica: en ella se calificaba la libertad de conciencia *de máxima absurda y de delirio*, la libertad de imprenta, de *libertad funesta* que inspiraba horror, la resistencia al príncipe de *crimen*. Poco convencido de la equidad de las calificaciones pontificales eludia sancionarlas con su firma. Por último, despues de muchas entrevistas y correspondencias, cuya narracion fuera harto prolija; despues de la primera adhesion, que se juzgó incompleta, y de la segunda que se juzgó llena de perversidad por sus reservas, Lamennais se decidió á adherirse á la encíclica pura y sencillamente. Convencido, segun le decia al arzobispo de Paris, de que firmando aquella declaracion firmaba implícitamente que el papa era Dios, hallándose pronto á firmarlo esplícitamente porque le dejaran en paz. Una contestacion tan seca ocultaba rebeldía.

Sometido Lamennais en la apariencia, restauraba misteriosamente sus fuerzas en la soledad de la Chenaie, y se preparaba á lanzar ese terrible grito de guerra que resonó en todos los ángulos de Eu-

ropa. Publicáronse *Las palabras de un Creyente* en mayo de 1834. A la aparicion de este manifiesto arrojado brúscamente en nombre de Dios al rostro de las potencias en la tierra, hubo en el mundo igual esplosion de entusiasmo y de anatemas. Al mismo tiempo que Gregorio XVI, por otra encíclica del 7 de julio, reprobaba y condenaba este libro, *pequeño por su volúmen y grande por su perversidad*, el partido revolucionario tendia sus brazos al desertor de la Iglesia y le proclamaba *Valeroso, original, grande, sublime, el único sacerdote de Europa*. No pensamos decidirnos aquí ni sobre la equidad mas ó menos problemática de la crítica ó del elogio, ni sobre el mérito intrínseco de esta *Marsellesa bíblica*: como obra de estilo y de poesía es sin contradiccion un libro escelente, como obra de verdad y de razon varía mucho el caso.

Despues de haber sido católico, ultramontano y ultramonárquico, Lamennais no podia ser demócrata á medias. Si hay hombres que son dueños de su pensamiento y lo dirigen, otros hay que se ven por él dominados y arrastrados. Lamennais pertenece á esta última clase; una vez despojado de sus vestiduras de sacerdote, una vez sumergido en el cenagoso rio de las pasiones políticas se ha entregado á merced de la corriente. Siendo hombre de meditacion y de soledad, se ha creado una vida de agitacion y de combate: siendo hombre de dul-

zura y de paz, ha lanzado gritos de odio y de guerra: como otro Pedro el Ermitaño se ha ido por el mundo predicando donde quiera la gran cruzada de los pueblos contra los reyes. No obstante, á medida que Lamennais avanza en la difícil senda que ha elegido, parece que su mente empieza á perder algo del ímpetu furioso y arrebatado del punto de partida. Bajo este aspecto la obra titulada *Asuntos de Roma*, y publicada dos años despues de las *Palabras de un Creyente*, es digna de atencion profunda. En este libro hay mucha amargura: tambien se halla en él mucha tristeza, mucha dulzura, mucho sufrimiento y algo parecido á pesadumbre. Parece que fatigado de su carrera impetuosa, ha querido Lamennais detenerse un instante entre su pasado y su porvenir, para lanzar una postrera melancólica mirada hácia sus antiguas creencias muertas en el dia y sepultadas. En medio de Roma, de aquella inmensa ruina, en el fondo del convento de los Teatinos, soñó el atleta mas de una vez la felicidad de una vida apacible á la sombra de un claustro, y bajo el amparo de Dios.

El Libro del pueblo, publicado posteriormente, es una especie de catecismo popular en que Lamennais se esfuerza por elevar al pueblo á la altura de la mision que en su dictámen está llamado á llenar en el mundo. Al lado de algunas páginas rencorosas hay otras en que se reviste de agradables

formas la moral mas consoladora y pura. En su última produccion titulada la *Esclavitud moderna*, violentando Lamennais la historia, se afaña por sentar que el proletario del dia vive con mas trabas, mas tormentos y mas miseria que el esclavo antiguo y el siervo de la edad media. La primera mitad del libro es furibunda: «Pueblo, pueblo, despiértate en fin!» «Esclavos, levantaos, romped vuestras cadenas, no sufrais por mas tiempo que se degrade en vuestras personas la dignidad del hombre.» Antes de correr á las armas tómese el pueblo la molestia de volver la hoja, y en lo que sigue hallará por fortuna la refutacion radical y absoluta de lo que precede.

«Grabad bien en vuestra mente ante todo, dice »Lamennais, y no olvideis jamás, que en ninguna »época hay nada posible que no esté maduro en los »ánimos, y que haya venido á ser objeto de una es»pera y de un deseo general á fuerza de prepararlo »poco á poco; que toda reforma que se presenta co»mo *una perturbacion radical de las cosas existentes*, »como el trastorno de lo que influye todavía en »las ideas, en los hábitos, en las costumbres, en la »opinion *verdadera* ó *falsa* de las masas, aborta siem»pre; que de *consiguiente nada hay mas pernicioso »que los puros sistemas del espíritu*, principalmente »si ofrecen un enojoso carácter de rigidez absoluta »que las teorías rebatidas, aunque la refutacion sea

»errónea, las teorías que repugnan al mayor núme-»ro, las especulaciones económicas y filosóficas son »inaplicables en la actualidad. *Esas teorías no pro-»ducen otro efecto que el de espantar y detener desde »entonces en una deplorable inercia á los hombres mas »dispuestos y decididos, cuya concurrencia seria la »mas útil y á veces la mas indispensable.*» Recomendamos estas líneas llenas de criterio práctico, de elevado raciocinio, á todos aquellos cuyo cerebro haya podido alterarse con la poesía frenética y opaca de las *palabras de un creyente*. El genio es como la lanza de Aquiles; nadie como él puede curar las heridas que causa.

Los escritos de Lamennais, especialmente los de la última parte de su vida, abundan en contradicciones de esta especie: por lo demas esas mismas contradicciones bastarian á dar cumplido testimonio de la buena fé con que procede. Estamos convencidos de que cuando Lamennais toma la pluma para hacer el zafarrancho general del combate, se suscita en su interior una penosa lucha, en que su organizacion tierna y mística, pelea contra el influjo de su voluntad fogosa: la cabeza afirma, el corazon niega, mas la cabeza se lleva la victoria: el apóstol vacila, el tribuno triunfa del apóstol: en esa alma hay arranques propios de San Agustin y de Bruto: Bruto domina; y Lamennais, sacerdote demócrata, tiene bastantes puntos de semejanza con

el prelado belicoso de la edad media que en la batalla de Bouvines no queria otra arma que una clava, porque su religion le prohibia derramar sangre, y que en lo mas rudo de la pelea bendecia con una mano á los numerosos enemigos que habia derribado por el suelo con la otra.

Falta determinar cuál es en suma el pensamiento de Lamennais en religion y en política. Despues de haber solicitado al principio la separacion absoluta de la iglesia y del estado, y luego la dominacion de aquella sobre este, nos parece que Lamennais aspira en el dia á la fusion del estado y de la iglesia. Ha roto definitivamente con el dogma católico y declara: «que el cristianismo sepultado »en la actualidad en el manto material que le cu»bre como un sudario, aparecerá de nuevo en el »esplendor de su vida perpétuamente jóven, y que »el mundo no formará mas que una ciudad única »que saludará á Cristo su legislador supremo y úl»timo.» Esta es la misma idea formulada por Lamartine en otros términos, bajo el nombre de *Cristianismo* legislado.

En política es Lamennais tal vez el mas avanzado de los radicales modernos, pues llama en alta é inteligible voz al pueblo á ejercer directa é inmediatamente su soberanía, y á constituirse con la igualdad absoluta por dogma, y por forma gubernamental la república.

Fácil es de comprender que no pretendemos discutir en cuatro páginas una cuestion tan grave. Creemos no obstante oportuno reasumir en pocas palabras, y con todo el respeto que profesamos á la persona y al talento de Lamennais, las impresiones que ha engendrado en nuestra alma un concienzudo estudio de su sistema.

Que el movimiento ascensional de las cosas humanas, que el desarrollo siempre en aumento de la industria y de las luces, que la esperiencia del pasado y las agitaciones del presente sean seguro présago de una transformacion social; que una suma mayor de individualidades inteligentes dé naturalmente por resultado una reparticion mas igual de los derechos políticos; que la clase media, la cual es en el dia mas especialmente depositaria de los intereses generales, deba un dia abrir sus filas al pueblo y fundirse con él en una grande y hermosa unidad social; que en una palabra, el advenimiento de la democrácia pura al poder esté en el porvenir, es un pensamiento lógico y comun á casi todos los hombres eminentes de la época desde Saint-Simon hasta Chateaubriand, desde Beranger hasta Lamartine.

Mas que el pueblo tal como es en el dia, ó mas bien tal como Lamennais lo entiende, es decir todo lo que no posee y todo lo que es ignorante, sea llamado súbito á poseer y á ejercer si-

multáneamente una accion gubernamental; que la soberanía del pueblo que no podia ser sino una soberanía *teniendo conciencia de si misma*, se transforme en la soberanía de la fuerza brutal y del número, este es un sistema que nos parece tan falso en principio como fecundo en resultados funestos.

Y no se diga que creamos fantasmas para tener el gusto de destruirlas, pues si no es este el pensamiento primordial de Lamennais, es innegable que no es otra la consecuencia precisa de su polémica.

Leed una vez y otra esos cuadros que traza Lamennais del mundo esterior, cuadros lúgubres que parecen trazados bajo la influencia de una pesadilla, y vereis allí dividida siempre la sociedad en dos clases de hombres; víctimas en masa, y algunos verdugos: por un lado una imperceptible minoría soberbia, insolente, sanguinaria, viviendo holgadamente entre el placer y la indolencia; y por otro una inmensa mayoría *pálida, enfermiza, estenuada, tiranizada, martirizada y muriéndose de hambre.* El Infierno del Dante es un paraiso si se compara con ciertas páginas de los folletos de Lamennais. Si hay en esto poesía, ¿puede decirse del mismo modo que hay verdad? En cuanto á nosotros declaramos en nuestra alma y conciencia no haber hallado jamás un solo proletario dispuesto á dejarse atenacear ó dividir en cuatro por el capricho de

otro: nos parece, gracias á la Providencia, que de dia en dia va reduciéndose el número de los que se mueren de hambre. Sin duda hay todavía bajo el cielo muchas deplorables miserias: sin duda se halla aun el pueblo bastante lejano de esa prosperidad que se reserva el porvenir; ¿mas debe buscarla en el ejercicio prematuro y peligroso de los derechos políticos que no comprende, ó en el desarrollo pacífico de la industria que ha de redundar en su provecho? La cuestion no nos parece dudosa: dadle antes al pueblo su bienestar, saber y moralidad; no le deis pasion; pues no solo no la necesita sino que la tiene de sobra; por lo que atañe á la iniciativa política ya vendrá por sí misma el dia en que el pueblo se encuentre en situacion de ejercerla.

Ademas esa clase media, á quien Lamennais acusa de monopolizar todos los derechos sociales, no se recluta de contínuo en las filas del pueblo? No se vé todos los dias al jornalero convertido en amo y al artesano en rentista? El orígen de los altos blasones de escritorio se pierde en la noche de los tiempos, y la igualdad absoluta, que Lamennais reclama, nunca puede ser otra cosa que la concurrencia de todos á todo, y la facultad concedida á cada uno de ser todo aquello de que sean capaces sus fuerzas. No sostenemos nosotros que esta facultad reconocida en derecho, exista de hecho en toda su

plenitud: no desconocemos tampoco los obstáculos de toda especie que aun se oponen al movimiento de ascension de las superioridades; mas al fin el palenque está abierto para todos, y entre lo difícil del dia y lo imposible de otros tiempos hay un abismo inmenrusable.

En resúmen, nos parece que Lamennais ha errado en la manera de presentar su doctrina, traspasando los límites que se ha propuesto. El pueblo no es solo la estremada miseria, la última ignorancia; el pueblo es el agricultor, es el artesano, es el soldado, es el vecino de las aldeas, es el industrial, es el abogado, es el médico, es el artista, lo es todo. Llámese un gobierno *monarquía ó república*, la soberanía del pueblo no será nunca la soberania ejercida por todos sobre todos, sino la soberanía delegada por una mayoría *competente* á uno ó á muchos para que la ejerzan en beneficio de todos. La supremacia social no es asunto de guarismos, no se computa, se manifiesta, se siente, está en el órden, y la peor de todas las tiranías fuera la de una mayoría ininteligente, á ser esta posible. Asi pues cuando Lamennais, arrebatado por un sentimiento laudable en el fondo, grita á los preletarios: «Levantaos! Contad el número de vuestros opresores! Sois mil contra uno, y el gobierno os pertenece», cree el ilustre escritor que blasona de democrácia mientras á nosotros nos parece que

hace simplemente ostentacion de demagógico.

De todos modos á pesar de la exageracion de sus deseos, de sus tristezas y de sus iras, no deja de ser Lamennais una de las mas altas notabilidades y uno de los mas nobles corazones de la época presente. Cuando la indiferencia reside en todas las almas; cuando las individualidades se aislan y se envuelven en un odioso manto de egoismo; cuando la innoble máxima de *cada uno para si* está á la órden del dia, consuela ver á un hombre que padece los sufrimientos de sus semejantes; empaparse en los dolores del pobre; engrandecerlos con la imaginacion hasta el colmo del infortunio, como para someterse á mas angustiosa amargura; esforzarse por proporcionarles remedio, hasta engañándose á si propio, y por conservar, casi sin compañía y en medio de la apatía general, el celo de la caridad, la energía de la voluntad y los tesoros de la fé. Lamennais se ha puesto á vanguardia en la penosa y lenta marcha de la humanidad hácia el porvenir. Impetuoso, infatigable, con los ojos fijos en el punto luminoso á que ansía llegar, galopa sin tregua, hostigando los sistemas que le conducen hasta que decaen de influjo: y entonces cambiando de sistema, sin variar de rumbo prosigue su rápida carrera. ¡Qué le importan al caballero anhelante por tocar el término de su viaje los corceles que han quedado muertos en el camino!

LAMARTINE.

Si fijamos la vista en los últimos años del siglo diez y ocho en Francia, inútil será que busquemos verdaderos poetas en medio de aquella gloriosa falanje de oradores fogosos y elocuentes, de sabios ilustres, de intrépidos soldados que servian como de cortejo al espirante siglo. Esceptuando á Andrés Chenier, cuya voz sofocó implacable el verdugo, no se halla en esa época ni un solo poeta; y á pesar de todo, ninguna hubo mas copiosa y palpitante de poesía en el género que encanta y en el género que descorazona. Es lo interior inagotable manantial de sangrientos y descabellados dramas con un trono el mas brillante del mundo, que des-

aparece como herido del rayo, una nacion entera sublevada, terrible y rugiente, que arrasa con sus ojos de fuego las instituciones de diez siglos, y el antiguo mundo, que lucha entre las angustiosas convulsiones de la agonía. Ofrece lo esterior sublimes inspiraciones á la epopeya con Moreau, que trasforma en héroes andrajosos aldeanos; con Pichegru que toma escuadras á paso de ataque, y con Napoleon heredero de la grandeza de los Aníbales y de los Césares.

Aturdida con tal estruendo de caballos, de artillería, de naciones que ruedan sobre otras naciones, de edificios que se derrumban bajo la mina de sus demoledores, envuelta en el vapor de sangre que se alza del suelo y la sofoca, permanece muda la poesía, porque tiene necesidad de espacio, de recogimiento y de silencio, porque no es el reflejo del presente, sino la evocacion del pasado ó la divinacion del porvenir; porque no es la campana que toca á rebato mientras dura la tormenta, sino la paviota que la anuncia con sus lastimeros gritos, ó el arco iris que la sucede con sus mágicos tornasoles.

Oscuro é ignorado en un rincon de la populosa Lóndres, escribe á la sazon Chateaubriand, primogénito y príncipe de los poetas contemporáneos, un *Ensayo sobre las revoluciones*, mientras ruge la mas formidable de todas; y Mad. Staël, cisne via-

jero, arrojado por la tempestad lejos de las playas natales, busca con anhelo un albergue solitario donde engendrar á *Corina*.

Hasta las naciones estranjeras heridas de estupor dejan sin concluir la parte de surco que les corresponde en el campo de la inteligencia, para contemplar con ojos de espanto el asolador torrente que arrastra en sus espumantes ondas todos los vestigios de lo pasado. Alfieri, ese antiguo romano de la Italia degenerada, da al viento por intervalos su voz sonora; mas esta voz muere aislada y sin eco. Walter Scott, todavía niño, juega descuidado entre los matorrales de Escocia, y Byron, á la sazon en la cuna, sostiene un frívolo juguete en la mano con que ha de trazar mas tarde sus portentosos cantos. En el fondo de la Sajonia, en un rincon de Alemania protegen con su sombra las encinas Weimar un albergue de poetas; mas el ruido de los combates vibra en torno de su melodiosa enramada, y la Europa olvida á Goëthe, á Schiller, á Wieland y á Herder, para seguir con la vista á Moreau y al archiduque Cárlos que miden á orillas del Rhin sus fuerzas, y á Napoleon y á Wurmser que se disputan la Italia.

Está pues muda la poesía, mas no muerta, porque la poesía no muere nunca; emanada del cielo es como Dios imperecedera. Dejad que pase la borrasca y percibireis como sube al empíreo un coro

de armoniosas voces, y encantará vuestro oido la poesía de la imaginacion, la poesía de los sentidos, la poesía del alma, Wenther y Corina, don Juan y los Mártires, y formará vuestras delicias el inmortal Beranger con sus canciones. Despues surgirá la poesía del corazon, pálida y triste, pero hermosa, como una flor que brota entre ruinas. En el momento en que el dulce Chenier deja caer su lira, crece un noble niño de rubia melena á las orillas del Saona: este niño recogerá la lira griega de Chenier añadiéndola una cuerda cristiana, y sorprendido el mundo, asombrado de tan estraña melodía, repetirá con amor el nombre de Lamartine.

Alfonso de Lamartine nació en Magon el 21 de octubre de 1790. Su padre era coronel de un regimiento de caballería bajo el reinado de Luis diez y seis, y su madre era nieta del aya de los duques de Orleans; ligada asi al antiguo órden de cosas, la familia de Lamartine fue maltratada por la revolucion, y los mas remotos recuerdos del poeta se refieren á una casa de detencion donde le llevaban á ver á su padre. Transcurridos los azarosos dias del terror, se retiró la familia de Lamartine á un oscuro rincon de Milly, donde resbalaron apacibles sus juveniles años. Jamás se ha borrado de su alma la memoria de aquella tranquilidad doméstica de sus primeros años; y mil veces en su vida

de viajero y de poeta se ha complacido en evocar las suaves imágenes de la humilde morada de Milly con sus *siete tilos*, sus corpulentos árboles ricos de sombra, sus campos, sus valles, sus montañas, mudos testigos de una infancia libre y venturosa.

Mi madre, dice Lamartine, en uno de sus escritos, habia recibido de su madre en lecho de muerte una hermosa Biblia de Royaumont, en la que me enseñaba á leer, siendo aun muy niño. Aquella Biblia tenia en todas sus páginas estampas que representaban diversos asuntos sagrados. Despues de haber recitado mi leccion, y de haber leido casi sin tropiezo media página de la Historia Santa, descubria mi madre la estampa, y con el libro abierto sobre sus rodillas me la esplicaba en recompensa. El sonido argentino, afectuoso, solemne y apasionado de su voz añadió á cuanto pronunciaba un acento de fuerza, de amor y de encanto, que aun resuena en mi oido; ¡ay de mi! despues de seis años de silencio. ¿No os representais á Lamartine inclinado sobre las rodillas de su madre, pendiente de sus palabras, abriendo su alma infantil á todas las armonías de la naturaleza oriental, y bebiendo en el libro de los libros sus primeros instintos de poeta?

Pronto hubo de abandonar Lamartine el hogar paterno para dirigirse á Belley á completar su educacion del colegio de los Padres de la Fé. Desarro-

llóse en el melancólico retiro del claustro el gérmen religioso que en el corazon del niño habia sembrado su piadosa madre: el escelente episodio de Jocelyn está lleno de reminiscencias de aquella vida austera y solitaria.

Despues de su salida del colegio residió Lamartine en Lyon algun tiempo, hizo un corto viaje á Italia y se dirigió á París en los últimos dias del imperio. Educado en el odio contra aquel régimen entró en el mundo sin saber á punto fijo hácia donde encaminaria sus pasos. Lejos de las miradas maternales, olvidándose á veces de los severos preceptos inculcados en su alma, es fama que cedia el jóven algun tanto á las imitaciones de la vida, dividiendo sus horas entre las distracciones de su edad y el estudio, solazándose con Jussieu en el bosque de Vincennes, soñando ya con la gloria literaria, y bien quisto de Talma que se complacia en oirle recitar con su voz vibrante y melancólica algunos versos del *Saúl*, tragedia inédita.

Volvió á Italia el poeta en el año de 1813; bajo aquel hermoso cielo concibió la mayor parte de sus *Meditaciones*, y esa deliciosa página de las *Armonías* titulada el *Primer Amor* haria creer en el dulce y primordial misterio de un corazon sepultado bajo la losa de una tumba.

A la caida del imperio acudió el jóven hidalgo á ofrecer sus servicios á la antigua raza, á la que

sus mayores habian consagrado su amor y su sangre, y entró en una compañía de guardias de la real persona. Despues de los Cien dias se retiró del servicio: le absorbia una pasion esclusiva, y esta pasion hizo su gloria. Vino el amor á agitar la copiosa fuente de poesía que abrigaba su pecho, y fué necesario abrir cauce á sus palpitantes ondas. Era Elvira amante y amada, objeto de una pasion misteriosa, arrancada de sus brazos por su muerte, revivirá en sus versos; cantará Lamartine para eternizar su nombre; y Francia le será deudora de su poeta.

Corria el año de 1820: los versificadores mitológicos y descriptivos de la escuela voltairiana habian dejado la poesía tan mal parada que todos la desdeñaban. Un jóven, restablecido apenas de una enfermedad, pálido el rostro por las dolencias y cubierto con un velo de tristeza, en la que se podia leer la reciente pérdida de un sér adorado, iba llevando de librería en librería un cuaderno de versos empapado en lágrimas. En todas partes despedian con urbanidad á la poesía y al poeta; hasta que al fin un mercader de libros mejor aconsejado, ó seducido tal vez por el infinito donaire del jóven, aceptó el manuscrito tan rechazado. Llamábase Nicolle este librero: sin su benevolencia acaso el poeta poseido de desaliento hubiera arrojado á las llamas su inapreciable tesoro, y el nombre de

Lamartine hubiera sido desconocido del mundo.

Fué impreso el libro y lanzado sin nombre, sin apoyo sobre ese mar tempestuoso que en todos tiempos se traga tantos millares de volúmenes. ¿Recordais aquel pequeño tomo que tal vez cayó por casualidad en vuestras manos cuando teniais quince abriles, amor en el corazon y esperanza en el alma? No tenia nombre, ni prólogo, ni idilio: nada de bucólico, nada de hinchazon, nada de belicoso; *Meditaciones poéticas* decia simplemente: le abririais al descuido: leeriais los dos primeros versos;

A veces en la cumbre de una encina á la sombra
me siento tristemente cuando desciende el sol:

No os pareceria mal principio: proseguísteis sin duda y llegásteis á la última estrofa;

¡Cuando la hoja del árbol cae y se precipita,
Arràncala los vientos del valle en que nació:
Como la hoja del árbol mi vida está marchita
¡Arrástrame como á ella borrascoso aquilon!

Entonces se conmoveria vuestra alma: habreis avanzado mas y vuestra emocion creceria gradualmente: llegariais hasta el fin y de cierto lanzásteis un grito de asombro y llorásteis y escondísteis el libro bajo la cabecera del lecho para leerle de

nuevo; porque aquel amor casto, melancólico y misterioso era el que vos mismo esperimentabais: porque aquel delirio dulce y suave era el mismo que os arrebataba; porque aquella roedora duda era la misma que os consumia; porque aquel pensamiento ya risueño ya fúnebre, pasando de la desesperacion á la esperanza, del abatimiento al entusiasmo, del Criador á la criatura; pensamiento vago, incierto y flotante era el pensamiento vuestro y el de todos; era el pensamiento del siglo que habia encontrado al fin un lenguaje escogido y una forma admirable en una versificacion de celeste melodía, flexible y cadenciosa que vibra como un harpa cólica estremeciéndose al impulso de la brisa de la tarde.

Nada queda por decir de esta primera obra del poeta: en Francia no hay quien no sepa de memoria *La oda à Byron*, *El Lago*, *el Otoño* y otras no menos selectas. En cuatro años se derramaron por el mundo cuarenta y cinco mil ejemplares de las *Meditaciones*. A los cuatro lustros hallaba la voz de Bené un armonioso eco: y de un salto se plantaba Lamartine sobre el mismo pedestal y al lado de Byron, de Goëthe y de Chateaubriand, semidioses de la época presente.

Este triunfo literario, el mas brillante que ha canzado un poeta desde la publicacion del *Genio del cristianismo*, abrió á Lamartine la carrera di-

plomática. En clase de agregado de la legacion de Florencia se dirigió á Toscana y bajo aquel sol vivificador, en medio de los esplendores de un festin italiano es fama que una voz estraña, tierna y amorosa murmuró á su oido estos versos de las *Meditaciones*.

Por marchita que duerma mi esperanza
Tal vez me brinde el porvenir ventura.
Y resbalen mis horas en bonanza
Si comprende mi anhelo un alma pura.

Era comprendida el alma del poeta: hallaba otra nueva Elvira: pocos meses despues se llamaba esposo de una inglesa rica de belleza y de fortuna, igualmente prendada de su persona y de su gloria.

Desde esta época hasta 1825 residió Lamartine sucesivamente en Nápoles y en Londres como secretario de embajada, hasta que volvió á Toscana en calidad de encargado de negocios. En este intervalo su fortuna, ya considerable por su matrimonio, vino á aumentarse con la herencia de un tio opulento. Ni la diplomacia, ni el brillo de una existencia aristocrática pudieron arrebatar á Lamartine su culto hácia la poesía.

Publicáronse las *Segundas Meditaciones* en 1823 se advirtió en esta coleccion una poesía mas cor-

recta, mas cuidada, mas precisa: el poeta habia salido del dominio del alma: brindáronle nobles inspiraciones los grandes hechos históricos: causaron admiracion la *Oda á Bonaparte*, *Safo*, *los Preludios y el Poeta moribundo*. Al poco tiempo salian tambien á la luz pública algunos fragmentos de un poema á *Sócrates y el último canto de la peregrinacion de Childe Harold*. En aquellos versos, destinados á completar la epopeya de Byron, terminaba el poeta de este modo una elocuente estancia sobre el envilecimiento de Italia.

Lejos de ti hallaré, sombra romana,
Hombres que alienten, no ceniza humana.

Pareciendo ofensivo este apóstrofe á un coronel napolitano, exigió una satisfaccion á Lamartine en nombre de su patria. Defendió el poeta con el acero su poesía y recibió una herida que puso por mucho espacio su existencia en peligro. Apenas se halló restablecido interpuso sus ruegos cerca del gran duque en favor de su adversario.

Publicó en 1825 el *Canto de la Consagracion*, y ya de regreso en Francia aparecieron en mayo de 1829 las *Armonías* poéticas y religiosas. En esta obra, revelacion íntima de sus cotidianas ideas, ostenta Lamartine lo poderoso de su númen, desde el himno suave del *primer amor* hasta la evo-

cacion gigantesca de todos los dolores humanos: *verba novissima* recorrió el poeta todo el diapason que comienza en el delirio para descender á la desesperacion ó para remontarse hasta el entusiasmo.

Menos accesibles las *Armonias* al vulgo á causa de su entonacion elevada, y lanzadas á través de una gran conmocion política, vinieron á ser la lectura de las almas escogidas; libro que se complace uno en repasar en las horas silenciosas.

Acababa de ser recibido Lamartine en la Academia é iba á dirigirse á Grecia en calidad de ministro plenipotenciario, cuando acaeció la revolucion de Julio. Ofrecíale el nuevo gobierno conservar su título: lo rehusó el poeta, quedándose para saludar con el último adios á aquellas tres generaciones de reyes arrastradas por la fatalidad hácia un nuevo destierro. Tambien deliraba como Chateaubriand, despues de los tres dias, en la alianza del pasado y del porvenir sobre la cabeza de un niño: el destino lo dispuso de otro modo.

Una vez pagado aquel tributo de simpatía hácia un grande infortunio, se lanzó Lamartine con franqueza por el nuevo camino abierto á los talentos por la revolucion de Julio.

«Lo pasado no es mas que un sueño, dijo: pue»de uno recordarlo con pena, mas no hay por qué »pasar el dia en llorarlo inútilmente. Siempre es lí-

»cito y honroso tomar parte en la desdicha de otro, »mas no es justo hacerse uno gratuitamente cóm- »plice de una falta que no ha cometido. Conviene »alinearse de nuevo en las filas de los ciudadanos, »pensar, hablar, obrar con el pais, con la familia »de las familias.»

Aqui comienza Lamartine á revelar en su mente una tendencia hasta entonces desconocida.—*Amar, orar, cantar, hé aquí mi vida*—decia el venturoso amante de Elvira; y despues de habernos conducido en pos de su huella al misterioso santuario del corazon, cuyos secretos conoce, se enamora Lamartine de la vida esterior; aspira á las tempestades de la tribuna, desciende de las alturas del imperio para entrar en el foro, y vá á vestirse la toga parlamentaria sobre su túnica de poeta.

Señaló un revés sus primeras pasos en esta nueva carrera: los electores de Tolon y de Dunkerque le negaron sus votos. No se han olvidado los versos que el poeta Barthelemy le dirigió con este motivo. Ganó en ello el público una epístola abundante en bellezas, en la que Lamartine desde la cumbre de su gloria anonadó al autor de la *Némesis*.

Algun tiempo despues se decidió á realizar una idea que era el sueño de su vida; por eso el 20 de mayo de 1832 se hallaba en Marsella pronto á hacerse á la vela para el Asia. Parece estraño sin duda ese irresistible impulso que conduce á Oriente

á todos los genios de nuestra época: á Napoleon, Chateaubriand, Byron y Lamartine. Goëthe no pisó las playas de Oriente, mas los que hayan leido el *Divan* saben con cuánta delicia le miraba y cómo le adivinaba en sus poéticos ensueños. Estará por ventura destinada esa magnífica cuna de la humanidad á ser el asilo de sus postreros dias? Está escrito que el gran ejército de la civilizacion forme su campamento bajo la tienda del árabe? Figuraria acaso Lamartine como uno de esos misioneros del porvenir enviados por la Providencia para esplorar el desierto y preparar sus caminos?

Despues de un viaje de diez y seis meses trajo Lamartine de Oriente grandes ideas; y un hermoso libro; tesoro adquirido á mucha costa por haber perdido en la espedicion á su única hija, á la blonda Julia, á quien ese noble corazon de padre y de poeta llora como Raquel *que no queria ser consolada*. No alcanzó el libro de Lamartine un éxito ruidoso: parece que la crítica y el público tomaron al pié de la letra las modestas líneas con que el autor forma el prólogo de su escrito: con perdon del público, de la crítica y de Lamartine, diremos que esas páginas no nos parecen tan descuidadas como él presume y algunos creen. Si la riqueza de estilo, la elevacion de ideas, la frescura de imágenes, y con especialidad la sucesion rápida y variada de las mas animadas escenas constituyen una

obra de mérito, el viaje á Oriente es un libro de duradera fama. Se encuentran en sus páginas religion, historia, filosofía, política y drama. Procuremos analizarle ligeramente. Y ante todo ved á un hombre feliz por la gloria, por el corazon, por la opulencia, por las santas afecciones del hogar doméstico, por las simpatías y la admiracion de la muchedumbre, el cual se despide de cuanto ama, toma de la mano á su esposa y á su hija, fleta un buque y confia á las olas *aquellos dos pedazos de su corazon*; y todo porque de niño leia la Biblia sobre las rodillas de su madre y una voz imperiosa le gritaba de contínuo «Vé á dormir bajo la palmera donde durmió Jacob; vé á llorar sobre la montaña donde lloró Cristo.» Y despues cuando se leva el ancla, cuando el viento hincha las velas ¡cómo se sigue con ansiedad el barco que lleva en su seno una noble dama, una graciosa niña, y la fortuna poética de la Francia! ¡Con cuánto interés se leen todos los pormenores dispuestos por la solicitud de un esposo y de un padre, aquella tripulacion de diez y seis hombres, que pertenecen al poeta en cuerpo y alma, aquella biblioteca de quinientos volúmenes, aquella tienda erigida al pie del palo mayor, aquel arsenal de fusiles, pistolas y sables, y aquellos cuatro cañones cargados de metralla! «Tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia propia» dice Lamartine con una espresion que

participa de solicitud y de orgullo. En la travesía de Marsella á Beyruth escribe el viajero su libro dia por dia, mecido por las olas en el fondo de su cámara ó sobre cubierta. Es un mosaico variado, confuso, pero atractivo por sus reflexiones morales, sus recuerdos de lo pasado, sus observaciones sobre lo presente, y sus ideas lanzadas al porvenir, mezclado todo el conjunto con paisajes cuyo colorido envidiaria el mas hábil de los pintores. No hace el poeta sino pasar de largo, la nave vuela, huyen las playas y los valles, los hombres, las colinas, el mar y el cielo están contemplados á vuelo de ave y descritos con inesplicable encanto. Crece el interés de contínuo, se amontonan los episodios de la vida oriental y de la vida marítima, nada le falta al drama, ni aun la catástrofe. Cada vez que el nombre ó la imágen de Julia se halla bajo la pluma del poeta se esperimenta opresion en el alma, se estremece uno al sentir el apasionado acento de un padre que cobija con una mirada á su hermoso vástago y lo describe con ternura, destacándose en medio de aquellos rostros varoniles y severos con sus cabellos sueltos y flotantes sobre sus ropas blancas como el ampo de la nieve, con su rosado, angelical é inefable rostro.

Ya está al frente de la costa de Asia, ya se descubre á lo lejos el monte Líbano, ya se halla al pie de Beyruth, de la ciudad funesta, de la ciudad

donde morirá Julia. Desembarca el viajero, compra cinco casas para su mujer y su hija; y despues de proporcionarlas todas las riquezas de la vida oriental, parte para Jerusalen con veinte ginetes suyos, montados sobre veinte caballos de su pertenencia: salen á recibirle los jefes de las tribus por donde transita: ábrenle sus puertas todas las poblaciones, y los gobernadores responden de su seguridad con la cabeza, pues tal ha sido la voluntad de Ibrahim-Pachá. Lady Stanoppe, esa Semíramis en miniatura, medio sublime y medio loca, le predice maravillosos destinos, y los árabes asombrados de la hermosa é imponente figura y de las resplandecientes armas de aquel hombre que con una escolta de veinte hombres cruza al galope las arenas del desierto, inclinan la cabeza cuando pasa y le apellidan el *emir franco*. Ahora bien, el tal emir no era sino el pobre poeta que pocos dias antes habia rogado en vano á unos cuantos mercaderes de aceite y fabricantes de azúcar de remolacha, que tuviesen á bien de abrirle con sus votos las puertas de la cámara de diputados.

Nunca acabariamos si tratásemos de detenernos en esas hermosas páginas, de las que cada una por sí sola forma un cuadro aparte. No hay en el mundo escena mas pintoresca, mas graciosa, ni mas original que la que vamos á apuntar, cediendo á un irresistible deseo. Se halla Lamartine sentado

en las embalsamadas pendientes del Carmelo, en medio de la vegetacion mas rica del mundo, al lado de Lilla, «de esa hermosa hija de la Arabia con »su seno desnudo, sus largos y rubios cabellos ten»didos en trenzas por la fresca espalda, mostrán»dose entre una confusa mezcla de flores, de ze»quines de oro y de perlas, sembradas al acaso so»bre su juvenil cabeza.» De repente vé acercarse montado en una veloz yegua, á uno de los mas célebres poetas de la Arabia: ha sabido que pasaba por allí un hermano de Occidente, y para justar con él sale á su encuentro: nuestro poeta acepta el desafío. El hijo del Asia y el hijo de Europa se recogen y rivalizan por ver quién celebra á Lilla en cantos mas armoniosos. La lengua mezquina y endeble de Francia desciende á la liza con esa lengua flexible y armoniosa que hablaban Job y Antar; y no obstante, gracias á Lamartine, Francia no llevó lo peor en el combate.

En medio de encantos semejantes, se arrastra Lamartine en pos de su huella á través de la Grecia, la Siria, la Judea, la Turquía y la Servia: se desvanece la vista ante esos ilusorios paisajes, ante las escenas de guerra, de paz, de tristeza, de alegría, de amor y de reposo que os ofrece en ameno panorama y pasan ante sus ojos. El *Itinerario* de Chateaubriand es á la vez el libro de un poeta, de un historiador y de un filósofo que á revolver

los escombros de los siglos, y á consultar á sus cenizas los misterios de tiempos que ya no existen. En el libro de Lamartine, á pesar suyo, resalta en relieve el poeta: su obra es especialmente la obra de un artista religioso y apasionado, esplorando lo bello bajo todas sus formas, demandando á la vida todas sus sensaciones, á la naturaleza todos sus esplendores, al arte todos sus hechizos.

A poco tuvo que pensar el viajero en volver á su patria: los dunquerqueses le habian enviado allende los mares un mandato legislativo: se preparó á partir triste y con el corazon desgarrado, porque el mismo barco que habia visto á su amada Julia correr por la cubierta alegre y juguetona, iba á pasar de nuevo el Océano conduciendo á la pobre niña helada y tendida en un féretro. Para evitar á su esposa la ocasion de tan amargo contraste, y para evitársela á sí mismo, regresó á Francia Lamartine en otro buque. El 4 de enero de 1834 se presentaba por primera vez en la tribuna al discutirse la contestacion al discurso de la corona. Todo se volvia conjeturas sobre si Lamartine seria radical ó legitimista, del centro izquierdo ó del centro derecho, del tercer partido ó del justo medio. Lo cierto es que no fue nada de eso. Apartándose de toda clasificacion política, habló de justicia, de moral, de tolerancia, de humanidad, con ese idioma especialísimo que Dios ha concedido á

los poetas. Los abogados de la cámara le tacharon de vago en las ideas: los *especiales* le calificaron de difuso en estremo: los hombres de estado le declararon impalpable; y á pesar de eso todos le escucharon con esa emocion que engendra siempre nobles y armoniosas frases, cuando emanan del corazon de un hombre de bien.

No por ser miembro de la cámara de diputados ha renunciado Lamartine al culto de sus primeros y sus mas gloriosos años. Ha tentado hacer que marchen de frente las inspiraciones del poeta y los deberes del representante del pueblo. En 1835 publicó el poema de *Jocelyn*, magnífico cuadro de la pasion sacrificada en aras del deber. Por la primera vez llamó en su socorro á los recursos dramáticos y á la historia moderna; poderosos ausiliares de que ha sabido valerse con sumo acierto. La crítica le ha reconvenido por incorrecciones de estilo y por descuido en la contestura de la obra; pero el público ha visto á su poeta en cuerpo y alma en las hermosas páginas donde se refleja la naturaleza áspera y salvaje del Delfinado. Despues de *Jocelyn* dió Lamartine á la luz pública *La caida de un ángel*, segundo episodio de la vasta epopeya que le inspirára el Oriente. Este poema fue acogido con frialdad, á pesar de sus innumerables bellezas: el lector se ha perdido en medio de esa poesía gigantesca á veces hasta rayar en ampulosa, á través de

ese caos de escenas calcadas sobre lo horrible, y no ha podido menos de traer á su memoria aquel verso límpido y melodioso, aquel presentimiento rasparente y puro de las *Meditaciones* y *de las Armonías*.

Con posterioridad publicó Lamartine sus *Recogimientos poéticos*, y esperimentaron la misma suerte: una admirable epístola dirigida á un poeta holandés sobre la muerte de su hija, se destaca en medio de las poesías que la rodean como se *destacaba el hermoso y suave rostro de Julia entre los tostados semblantes de los marineros de la Provenza*.

Todo el mundo ha leido el ingenioso prólogo, inserto en forma de carta, á la cabeza de estos *Recogimientos poéticos*. Allí trata Lamartine con harto poco miramiento á la poesía, que ha formado su gloria y nuestra ventura, declarando que jamás fue sino el recurso de sus horas perdidas; que en principio la tiene por humilde vasalla de la política, y que compadece á los que quieren reducirle á su inaccion poética, porque la tarea social es el trabajo cotidiano y obligatorio de todo hombre que participa de los riesgos y de los beneficios de la sociedad. Formulado de este modo el pensamiento de Lamartine, ha suscitado graves cuestiones en el mundo literario sobre la mision del poeta en las sociedades modernas. El exámen de

estas cuestiones nos apartaria del plan que nos hemos propuesto, haciéndonos traspasar los límites convenidos. Solo nos contentaremos con apuntar aquí la opinion de otro gran poeta, diametralmente opuesto á Lamartine.

Supo un dia Goëthe que Uhland, el Beranger de Alemania, acababa de ser elegido miembro de la cámara de Wurtemberg; «Que se vaya con cuidado, dijo el patriarca de la poesía alemana: esa existencia de agitaciones y de agitacion y de cotidianos disgustos, no se armoniza con la naturaleza tierna y delicada de un poeta. Se ha hundido su canto, y en verdad que es lástima, porque la Suavia tiene muchos hombres profundamente instruidos, distinguidos y elocuentes para figurar como miembros de su cámara, y como Uhland no tiene mas que un poeta.»

Muchos han dicho con Goëthe á Lamartine: «Francia no carece de hombres políticos, pero solo tiene un poeta como el autor de las *Meditaciones*.»

Al mismo tiempo que hallaba Lamartine en el mundo literario repugnancias desusadas hasta entonces se engrandecian en la tribuna. La cuestion de oriente le proporcionó la ocasion de desarrollar sus ideas sobre las bases de un nuevo sistema europeo. Un elocuente discurso contra la pena de muerte: generosas palabras en favor de los niños

de la Inclusa, una lucida improvisacion por los estudios clásicos en la cual luchó contra un adalid tan poderoso como M. Arago, que combatia por la ciencia, elevaron en breve á Lamartine á la categoría de jefe de columna: vino á agruparse en torno suyo una corta falanje de personas escogidas, la que fué revestida con el título de *partido social*.

¿Cuál es el partido social? ó mejor dicho, ¿cuál es el pensamiento político de Lamartine? Colocado el sistema político del poeta fuera de los tiempos, de los lugares y de los hombres del dia, difícilmente se presta á un análisis sucinto y comenzado. A los ojos de Lamartine en las diversas conmociones que han agitado á la Francia desde 1789 no se trata solamente de una revolucion local y política, sino de una revolucion social y universal: esos trastornos parciales no son mas que preludios de una trasformacion general, y el mundo se parece próximamente llamado á una revolucion completa en las ideas, en las costumbres y en las leyes. Bajo este punto de vista la doctrina de Lamartine se asemeja bastante á la de Founier y Saint-Simon; y no repudia el autor de las Armonías este parentesco; antes bien lo proclama.

«El sistema sansimoniano, dice, encierra en sí »algo de verdadero, grande y fecundo, la aplica»cion del cristianismo á la sociedad política, y la

»legislacion de la fraternidad humana: bajo este »punto de vista soy sansimoniano: lo que le ha fal»tado á esta secta eclipsada no ha sido ni idea, ni »discípulos, sino un jefe, un regulador, un maes»tro.

«Los organizadores del sistema sansimoniano se »han engañado al declarar desde luego guerra á »muerte á la religion, á la propiedad, á la familia. »Nunca se conquista el mundo por la fuerza de »una palabra, se le convierte, se le trastorna, se »le mina ó se le cambia: no es *presentable* al mundo »social una idea mientras no sea práctica.»

Resta saber ahora cuál es el sistema *práctico* que Lamartine *presenta* al mundo social. Hé aqui su sistema:

«Decís que todo muere: que no existen fé ni »creencia: hay una fé y esta la razon general, la »palabra es su órgano, su apóstol la prensa; aspi»ra á rehacer á imágen suya las religiones, las ci»vilizaciones, las sociedades y las legislaciones. En »religion aclama á Dios uno y perfecto por dog»ma, á la moral eterna por símbolo, á la adora»cion y á la caridad por culto: en política sanciona »que la humanidad es superior á todas las perso»nalidades; en legislacion que el hombre es igual »al hombre, que todos somos hermanos; tal es el »*cristianismo legislativo.*»

No es otro el sistema de Lamartine en política.

Como se advierte desde luego lo que anhela el poético publicista, esto es la fraternidad universal y el paraiso terrestre, lo apetecemos todos: la cuestion es conocer el medio *práctico* por donde el mundo debe encumbrarse á esa felicidad suprema. Sentimos anunciar que Lamartine no pasa mas adelante y nos deja con la boca abierta y con los brazos tendidos hácia ese eden social, confusamente entrevisto en lontananza sobre el horizonte.

En lo relativo á la política esterior el pensamiento de Lamartine es mas practicable y tambien se halla espresada de un modo mas claro y conciso: se reduce á los términos siguientes.

Europa superabunda en fuerzas y en capacidades que exigen imperiosamente un empleo social; en el momento mismo en que se desborda entre nosotros el esceso de vida, se opera en oriente una crisis en órden inverso: allí se ofrece un gran vacío al sobrante de poblaciones y de facultades europeas. se trata pues de esparcir en Asia el sobrante de Europa. ¿Cómo realizar este pensamiento? Es necesario, dice Lamartine, reunir un congreso europeo, y decretar que inmediatamente despues de la caida del imperio otomano (y Lamartine le vé ya por tierra) cada potencia se apoderará de una parte de oriente bajo el título de protectorado, fundará en las costas ciudades modelos, destinadas á aliviar á Europa del peso de su poblacion exube-

rante, á atraer á los indígenas con el aliciente de una organizacion bienhechora, regular y equitativa, y á llamar insensiblemente á su centro por via de conversion á el Asia entera.

«Al cabo de veinte años, añade Lamartine, la »medida que propongo habia creado naciones »prósperas y millones de hombres que caminen »bajo la egida de Europa hácia una civilizacion »nueva.»

Conviene advertir ahora que esta teoría, presentada aquí en esqueleto, la reviste Lamartine con una mágia de estilo tan seductora que el espíritu se deja arrastrar muellemente en pos de ese ensueño angélico, de un alma cándida de poeta: casi se olvida que, para realizar este sistema, que se desarrolla en veinte páginas, se necesitaria nada menos que trasformar como por ensalmo los espíritus y los hombres, remover imperios, acercar continentes y unir con vínculos de mútua y duradera simpatía á razas habituadas hace siglos á mortales enemistades. Pues bien, Lamartine consuma todas estas cosas en veinte años y con un solo rasgo de pluma.

Dentro de tres ó cuatro siglos acaso se realice esta atrevida utopia. ¡Asi vá el mundo¡ Mientras que la muchedumbre se afana por ensanchar el carril abierto por las pasadas generaciones, aguardando que legue á las generaciones futuras la pro-

secucion de su obra, el poeta, esplorador intrépido, infatigable, se eleva sobre las alturas y grita á la muchedumbre--¡Ven á mi!--Y la muchedumbre responde--No tengo tus alas--Y el poeta, no comprendido, vuelve á encumbrar su vuelo y la muchedumbre, que no comprende, torna á su faena.

En último análisis se advierte en la posicion escepcional de Lamartine y en medio de los partidos y de las ambiciones, que dividen á su pais y á la cámara de diputados, cierto carácter de dignidad y de grandeza, que cuadra perfectamente á un poeta. Todo lo que sus discursos tienen de vagos, difusos é indecisos en las cuestiones estrechas y efímeras, que en cada sesion nacen y espiran, tienen de elevados, armoniosos, importantes y brillantes de colorido, cuando se trata de vindicar los derechos de la inteligencia, ó de defender los principios eternos de honor y de moral y de caridad, sobre los que reposan todas las sociedades humanas.

Aun se hace memoria de aquel dia tempestuoso en que el ministerio de 1839 tenia que resistir casi por sí solo á los esfuerzos reunidos de los mas poderosos oradores de la Cámara. El ministerio sucumbia: Lamartine creyó columbrar en la energía del ataque un espíritu de hostilidad sistemática, de rencor ó de codicia: indignado su corazon de poeta

descendió al palenque, restableció el combate y fue necesario apelar al pueblo para decidir la victoria.

Lamartine debe la influencia que ejerce á veces en los debates de la cámara no tanto á sus eminentes facultades oratorias como á la moralidad de su vida, á los instintos elevados de su naturaleza, y especialmente á la actitud desinteresada, noble é independiente que ha sabido conservar de contínuo desde su entrada en la carrera política.

En el conjunto de la persona del cantor de Elvira se advierte algo que recuerda á Byron. Hay la misma belleza en su rostro y en su mirada, los mismos hábitos de elegancia y de buen tono, la misma apostura, un poco adusta, tal vez algo *anglesada*, pero noble y distinguida en un todo. Si para completar la semejanza agregais á todo esto un fausto de príncipe, una morada suntuosa, caballos de pura raza, y una magnífica quinta, sacareis en consecuencia que, despues de haberse hecho inmortales Cervantes, Camoens, y el Tasso, han cambiado bastante los tiempos, y que en el dia es posible ser gran poeta, sin morir en un hospital ó en el seno de todas las escaseces.

Ya no existe el *partido social*: aquella escasa falanje de personas escogidas se ha refundido en un ejército mas considerable: Lamartine se ha alistado por último en el partido puramente conservador,

y es uno de los que lo dirigen en union del conde Molé. Data este suceso desde la coalicion á que se opuso con todas sus fuerzas: los sucesos de Oriente le hicieron empeñarse bien pronto en el combate. No pudiendo conseguir que prevaleciese en esta cuestion su política personal, la mas atrevida de todas, se declaró por la política anglo-turca-rusa, que es la de la *integridad*, muy semejante á la suya en el fondo por el objeto á que se encamina. Miró con malos ojos el advenimiento del ministerio de primero de marzo de 1840, encargado entonces por toda la cámara de declararse protector de Egipto. Y cuando despues del tratado de 15 de julio se trató de averiguar si Francia habia hablado ó no en vano, Lamartine fulminó contra el gabinete una fogosa requisitoria, acusándole de comprometer la salud de la Francia, en lo que tuvo sobre algunos de sus cólegas, que le imitaron, la inmensa ventaja de no verse como ellos en la necesidad de quemar el ídolo que antes habian incensado.

Los hechos consumados por lord Palmerston y las vacilaciones de M. Thiers, añadieron muchos quilates de precio á la razon de Lamartine, por exagerados que fuesen sus temores, pues creia á la nacion en vísperas de un *diez de agosto* y á la monarquía constitucional en peligro de muerte. A fin cayó el gabinete de 1.° de marzo legando á su sucesores una gran medida definitiva, que atacó,

Lamartine con estremada violencia. A quien no participe de sus temores y resentimientos, le parecerá mas elocuente que lógico su discurso sobre la fortificaciones; lo cual no obsta para reconocer lo firme y valeroso de la actitud nueva en que se ha colocado. No cabe duda en que inspiran sumo interés los hombres que no temen arrostrar de frente la impopularidad, y esta clase de impavidez seduce tanto mas en la persona que es objeto de estos apuntes, por ser poco comun á los poetas.

Visto Lamartine de cerca se parece hoy mas al diputado de Saona y Loira, que al autor de las Meditaciones.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

BIOGRAFI
300